

SOLDADOS DE LOS TERCIOS

CUADERNOS DE HISTORIA MILITAR

2

SOLDADOS DE LOS TERCIOS

Cuadernos de la Historia nº 2

Julio Albi de la Cuesta I Antonio José Rodríguez Hernández

Aitor Díaz Paredes I Miguel Martínez

Raymond Fagel I Álex Claramunt

Lisa Kattenberg I Idan Sherer

Enriqueta Zafra I Mateo Ballester Rodríguez

Carlos Valenzuela Cordero I Agustín Jiménez Moreno

Autores

Julio Albi de la Cuesta tras licenciarse en Derecho, ingresó en 1973 en la carrera diplomática. Ha sido subdirector general de la Oficina de Información Diplomática y embajador de España en Honduras, Perú y Siria. También ha sido cónsul general de España en Nueva Orleans y director general de Relaciones Informativas y Sociales del Ministerio de Defensa. Como historiador, desde 2009 es académico correspondiente de la Real Academia de la Historia. Es autor de numerosos libros de historia militar, como *De Pavía a Rocroi* y *El Ejército carlista del Norte* (ambos editados por Desperta Ferro Ediciones); y *En torno a Annual* (Ministerio de Defensa).

Antonio José Rodríguez Hernández es doctor en Historia Moderna por la Universidad de Valladolid. En su etapa postdoctoral ha trabajado en las universidades de Almería y la UNED, donde ejerce actualmente. Sus investigaciones se han centrado fundamentalmente en el estudio del ejército de la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI-XVII En 2006 fue galardonado con el Premio Ejército en Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales. Su último libro se titula *Breve Historia de los Ejércitos: Los Tercios de Flandes* (Nowtilus, 2015).

Aitor Díaz Paredes es graduado en Historia por la Universidad de Navarra. En la actualidad es investigador en el programa de doctorado en Artes y Humanidades de la Universidad de Navarra y becario FPI en el marco del

proyecto de investigación "Los nervios de la guerra. Movilización de recursos militares y construcción de la monarquía imperial hispánica en los siglos XVII y XVIII".

Miguel Martínez (PhD, The Gradúate Center, The City University of New York) es profesor de Literaturas y Culturas Hispánicas en la University of Chicago. Es autor de *Front Lines. Soldiers' Writing In the Early Modern Hispanic World* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2016), que documenta las prácticas literarias de la soldadesca común en los ejércitos imperiales de los Austrias. Ha publicado otros trabajos sobre historia del libro, traducción, cultura colonial, poesía del Siglo de Oro y cultura popular.

Raymond Fagel es profesor titular de Historia Moderna en la Universiteit Leiden. Sus investigaciones se centran principalmente en las relaciones entre España y los Países Bajos en el siglo XVI, sobre todo las comerciales y políticas y la emigración desde los Países Bajos durante el Renacimiento (1480-1560). En 1996 defendió su tesis doctoral sobre las relaciones hispano-flamencas en la época de Felipe el Hermoso y Carlos V (1496-1555). En la actualidad dirige el proyecto de investigación "Facing the Enemy. The Spanish army commanders during the first decade of the Dutch Revolt (1567-1577)".

Álex Claramunt es director de Desperta Ferro Historia Moderna, graduado en Periodismo y doctor en Medios, Comunicación y Cultura por la Universidad Autónoma de Barcelona. Es autor de dos libros, *Rocroi y la pérdida del Rosellón* (HRM Ediciones, 2012), y *Farnesio, la ocasión perdida de los Tercios* (HRM Ediciones, 2014), además de diversas colaboraciones en obras colectivas.

Lisa Kattenberg es investigadora del Gonville y Caius College, University of Cambridge. Doctorada *cum laude* por la Universiteit van Amsterdam en 2018, su tesis "El poder de la necesidad: razón de Estado en la monarquía española, 1590-1650" recibió el premio Keetje Hodshon. Ha recibido becas de investigación en el Real Instituto Holandés de Roma, la Casa de Velázquez (Madrid) y la Biblioteca Newberry (Chicago). Sus áreas de investigación incluyen la historia intelectual y cultural del Imperio español global y el Mediterráneo, y ha publicado sobre narrativas del cautiverio en periodo moderno y el pensamiento político español en la revuelta holandesa.

Idan Sherer es profesor del Departamento de Historia General de la University Ben Gurion del Negev. Recibió su doctorado en la Hebrew University of Jerusalem en 2015 bajo la dirección del profesor Yuval Noah Harari y durante la última década, incluido un año en Berkeley como becario postdoctoral Fulbright, ha estado investigando la historia militar europea medieval y moderna en general, y la despañola en particular. Ha publicado un libro titulado *Warriors for a Living: The Experience of the Spanish Infantry in the Italian Wars, 1494-1559* (BRILL, 2017).

Enriqueta Zafra es profesora asociada en el Departamento de Lenguas, Literaturas y Culturas de Ryerson University, Toronto (Canadá). Sus áreas de investigación incluyen la cultura y la literatura de la España de los siglos XVI y XVII. En la actualidad está trabajando en una novela gráfica sobre el *Lazarillo de Tormes*. También está investigando la literatura sobre mujeres viajeras del XVI y XVII, como soldados, prostitutas itinerantes y otras aventureras. Y ha

creado este web-documental sobre el tema: http://ryerson.ca/piedrarodadera

Mateo Ballester Rodríguez es doctor y profesor en el Departamento de Historia, Teorías y Geografía Políticas en la Universidad Complutense de Madrid. Sus áreas principales de investigación son la etnicidad, la identidad nacional y el nacionalismo, así como las mentalidades y el pensamiento político en España en la Edad Moderna. Ha publicado recientemente, en la editorial Tecnos, su libro *La identidad española en la Edad Moderna (1556-1665). Discursos, símbolos y mitos*.

Carlos Valenzuela Cordero es autor del blog sobre historia militar ejercitodeflandes. blogspot.com. Centrado especialmente en los reinados de Carlos V y Felipe II, estudia diversos aspectos de los ejércitos de la época, como organización, armamento, tácticas y sus hombres. Comenzó su labor como divulgador en 2008 a partir de limitado material impreso; recientemente ha ampliado sus fuentes trabajando con material manuscrito y material de archivo inédito. También ha sido premiado por obras de ensayo social y ficción.

Agustín Jiménez Moreno es doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid (2010) con la tesis *Nobleza, guerra y servicio a la Corona*. *Los caballeros de hábito en el siglo XVII*. Sus principales líneas de investigación son las relaciones entre la nobleza y el poder real durante el reinado de los Austrias, y más concretamente en el de sus dos últimos representantes; la vinculación del segundo estamento con la guerra en el siglo *XVII*, las órdenes militares y su contribución a la defensa de la monarquía de España durante el Seiscientos, el servicio a la Corona como

vía de promoción social y el ejército de la Monarquía Hispánica durante el siglo del Barroco.



Sinopsis

Tras las grandes campañas de los tercios en los siglos XVI y XVII se esconden las historias vitales de los miles de soldados cuyo sacrificio hizo posible la hegemonía europea de los Austrias españoles. El segundo volumen de la colección *Cuadernos de Historia Militar* aproxima al lector a la vertiente humana de la historia de los ejércitos de la Monarquía Hispánica y traza un recorrido meticuloso a través de la vida de los soldados del rey, desde su alistamiento en las banderas de los tercios hasta su retiro, pasando por una azarosa vida diaria jalonada por ocasionales momentos de ocio, las experiencias que podían vivir en combate, los motines y las expectativas de ascenso y promoción social aparejadas a la profesión militar, sin descuidar aspectos clave como la impronta de la religión en su mentalidad, la imagen de bravuconería que la literatura nos ha transmitido acerca de estos hombres y las trayectorias no menos fascinantes de las mujeres que marcharon junto a los ejércitos a través del "teatro de Marte" europeo. El resultado es un fresco completo y diverso que revela con viveza y calado el rostro humano de la guerra en un periodo histórico fascinante.



www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-121053-1-5

ISSN: 2695-8163

D.L.: M-23131-2020

Dirección: Álex Claramunt

Cartografía: © Desperta Ferro Ediciones / Carlos de la Rocha

Ilustraciones: © José Luis García Morán

Fotografías: Albertina Museum, Alte Pinakothek, Biblioteca Nacional de España, Bibliothéque nationale de France, Birmingham Museum of Art, British Royal Collection, Brown University, Groeningemuseum, Mauritshuis, Metropolitan Museum of Art, Minneapolis Institute of Art, Musée du Louvre, Museo del Prado, Museo di Palazzo Vecchio, Museum Hofvan Busleyden, Peace Palace Library, Rijksmuseum Amsterdam, Rubenshuis, Scheepvaartmuseum, Stedelijke Museum Alkmaar, Universitat de Barcelona, Universitátsbibliothek Heidelberg, Victoria and Albert Museum, Weiss Gallery, Zeeuws Museum

Primera edición: octubre 2020



Prólogo

La muy ilustre y valerosa infantería española

Julio Albi de la Cuesta

El mariscal Montgomery, sin duda gran conocedor en materia de hombres de guerra, escribió que "hasta, por lo menos, 1600, la infantería española demostró ser la mejor de Europa; su confianza en sí misma y su pericia en las tácticas convencionales de la época eran extraordinarias". Se puede cuestionar la fecha que menciona, que seguramente habría que ampliar en varios decenios, pero las breves líneas tienen la virtud de resumir las claves de la excelencia de esas tropas.

De un lado, su superioridad moral, anclada en una abrumadora conciencia de su propia valía. De otro, su utilización de elementos y técnicas muy adelantados para aquellos tiempos.

Era tal la sensación que tenían de su propia importancia que, con asombroso desparpajo, se atrevían a creer, según Núñez Alba, que Carlos v era "digno de tales soldados, y tales soldados de tal rey"; de esa forma, una pica seca —el puesto más humilde en las filas de un tercio— se comparaba con el hombre más poderoso de Occidente. Por otro lado, eran conscientes de que constituían "el nervio, fuerza y seguridad de todos los reinos, autoridad y reputación de Su Majestad". En estas condiciones, nada extraña que les

pareciera normal que Escalante hablara de ellos como “los muy ilustres señores de la infantería española”.

Claro está que la mayoría, por su origen, no tenía derecho a tantas ínfulas, porque “por dos cosas sale el hombre de su patria para ser soldado, las cuales son o por natural inclinación a las armas o por ser pobre y no tener patrimonio de que qué vivir”.

De ahí que en aquellas unidades se distinguían, como en cualquier colectividad, tres tipos humanos: “los maltrapillos o picaros, los ordinarios y los particulares”. Estos últimos, “que honran a la compañía”, se designaban así a veces por su cuna, pero, sobre todo, por sus méritos personales.

En cualquier caso, esas distinciones quedaban eclipsadas ante un hecho fundamental: todos los soldados “admitidos y asentados en los libros del rey, son tenidos por honrados”; es más, se les consideraba, automáticamente, “profesores de honra”. Hasta el puntilloso Jiménez de Urrea reconocía que “el soldado se puede igualar con el caballero y tenerse por verdadero noble”.

Así lo creían los interesados, de manera que “no hay cosa alguna de que el español reciba más disgusto ni sienta más que la mala palabra”; por eso, los hombres “no solamente no deben ser maltratados, más se les debe guardar el respeto” y “conviene mucho a los capitanes ser corteses y bien hablados” con ellos. Si había que sancionarles, se recomendaba hacerlo “con la espada, sin que los estropee”, afirma Eguiluz. Solo el acero era digno de tocarlos, pensaban.

Poseídos de su propia importancia, “no se pueden pasar sin servicio” y se recomendaba que no hubiera menos de treinta criados por cada trescientas plazas. El mismo móvil hacía que “cuando a Flandes llegaba un español bisoño, lo encerraban los camaradas algunos días, hasta que le enseñaban cómo había de portarse en todo, con que, en

saliendo, parecía veterano" y no avergonzaba a su unidad. Eran tales las exigencias de su profesión, que se veían con malos ojos los matrimonios de los soldados "si no es teniendo una mujer muy fea", dice con sorna Pedro de la Puente, lo que evitaría celos y reyertas.

Quizá se podría puntualizar que de los tercios se esperaba "un valor con espera", frío, sin "enojo" ni "impaciencia", no arrebatos suicidas. Por eso, y en contra de la leyenda, de Rocroi no se aplaudió una defensa hasta el aniquilamiento, que no llegó a producirse, sino tan extremada que los franceses ofrecieron, con "agasajos", una generosa capitulación que salvó para el rey cientos de vida irremplazables.

Un asombroso palmarás de victorias por tierra y mar, en las más diversas latitudes y contra adversarios de toda laya, apuntalaban una reputación, "la basa fundamental del ejercicio de las armas", que trascendía fronteras y engendraba "una honrada vanidad" que, con frecuencia, se percibía, no sin cierta razón, como insoportable soberbia.

Como se ha dicho más arriba, esta confianza en sí mismos era producto, entre otros factores, de la magnífica organización, acrisolada en mil combates, que eran los tercios.

Resulta paradójico que hasta muy recientemente, y a pesar de que los hechos demostraban lo contrario, autores extranjeros hayan criticado esa estructura modélica, por considerarla pesada, monolítica y rígida, cuando, en realidad, se distinguía por todo lo contrario.

Estaba articulada, en efecto, de manera que las tres armas de la época para la infantería —picas, arcabuces y mosquetes— se combinaban hasta en la unidad más elemental, la compañía, lo que daba una extraordinaria facilidad para generar fuerzas a la medida de las más variadas misiones, lo que luego se llamarían *task forces*.

Por otro lado, desde un principio, los españoles desarrollaron una gran afición por los arcabuces, de forma que “de ordinario, en la infantería española hay más arcabucería que piquería”, de manera que entre nueve mil hombres apenas había mil quinientas picas. Así pues, los tercios dispusieron de una elevada capacidad de fuego, lo que supuso un decisivo elemento de modernidad. Lo descubrió, a su pesar, la flor de la altiva nobleza de Francia, derribada en Pavía de sus briosos trotones por un puñado de arcabuceros analfabetos, mal afeitados. Ya en 1571, Francisco de Valdés, anunciando el porvenir, opinaba de la arcabucería que “con solo ella muchas veces se ha alcanzado victoria”.

También se ha acusado a los tercios por sus formaciones en escuadrones excesivamente masivos. Pero ello implica desconocer que estos experimentaron un proceso de “adelgazamiento”, exigido por la creciente importancia de las armas de fuego, pero también por la idiosincrasia de los soldados, siempre ansiosos por ocupar la primera línea, hasta el punto de que una sanción para el que estaba mal armado era prohibirle ocupar puesto en ella.

De los diversos tipos de escuadrón, el que mejor satisfacía la condición de poner en vanguardia más hombres era el llamado “de gran frente” y así, un curtido veterano como Dávila Orejón podía escribir en 1669 que “en treinta dos años que ha que servimos a Su Majestad, en ninguno de sus ejércitos hemos visto formar ninguno de estos escuadrones (refiriéndose a los de otras clases), sino solo los ordinarios, con el fondo de nueve a cinco”, en alusión a los de gran frente, que, desde al menos ochenta años antes, se estimaba que eran los que “se deben usar más entre españoles”. En 1690, próximo el fin de los tercios, se manifestaba que, “por lo general”, se formaban “todos de cinco de fondo”, porque “la experiencia enseña que, rotas las primeras cinco hileras, es todo confusión”.

Queda claro, pues, que esas grandes formaciones fueron desapareciendo con el tiempo en la infantería española, aunque, al parecer, fuera otro el caso de los ejércitos imperiales, en teoría formados "a la española".

También se ha señalado como aspectos obsoletos de los tercios su bajo número de oficiales y su desconocimiento de tácticas avanzadas, como el fuego ordenado y detalles como mantener un paso acompasado.

Con respecto a lo primero, es notable el caso del segundo jefe de la unidad, el sargento mayor. Pasó de ser un alférez ascendido a un antiguo capitán; de tener, y no siempre, un ayudante, a disponer de dos, más dos sobresalientes, alféreces seleccionados. Por otro lado, el número de banderas que se llevaba a combate, que inicialmente eran las de todas las compañías, se redujo a un máximo de dos —como apunta Pozuelo, la de la compañía del maestre de campo y la del capitán más antiguo—, lo que liberó a los demás alféreces, que dejaron de ser simples portadores de las enseñas en batalla para ejercer funciones de mando.

A la vez, fruto de disoluciones de tercios, creció el número oficiales "reformados" que, vertebrando las unidades, eran "en el ejército los que sustentan y dan muchas veces la victoria", sentenciaba Aytona, merced a su veteranía y a su prestigio, aunque, sobre el papel, no pudieran dar órdenes directas.

De todas esas formas, aumentaron, de hecho, los cuadros de la infantería.

En cuanto a la organización del fuego, quizá sea suficiente apuntar que, por ejemplo, entre otros muchos, en 1632 Pérez de Xea enumera y describe hasta siete formas distintas de mantener un fuego sostenido mediante relevos de tiradores. Con respecto al paso, Isaba, en 1594, habla de "marchar con pasos concertados"; Scarrión de Pavía, cuatro

años después, de “mover el paso todos los de la hilera en un mismo tiempo”; Argensola afirma en 1608 que “nuestros soldados suelen mover los pasos al compás del tambor” y Barroso, en 1628, alude al caminar “a un tiempo y compás”.

En suma, pues, parece que las halagadoras frases del ilustre mariscal con las que empiezan estas notas describen con precisión los méritos de esas inimitables unidades, que se supieron ganar, con su sangre, un puesto de primer orden en la historia militar. Lo pagaron, por supuesto; José Luis Casado Soto y Geoffrey Parker han calculado que, de 17.400 españoles que fueron a los Países Bajos entre 1582 y 1585, en 1586 solo 5.845 seguían en filas. Naturalmente, esa cifra incluye deserciones, pero la mayoría de las bajas fue por el fuego, el acero y las enfermedades. Son datos terribles, el precio de la reputación, “la basa fundamental del ejercicio de las armas”. Es probable que, con su “honrada vanidad” —poco distante de la altiva soberbia—, los viejos tercios consideraran que era un precio bien pagado. ■

1

Enrolarse en los Tercios

Antonio José Rodríguez Hernández
y Aitor Díaz Paredes



UN BISOÑO EN EL MOMENTO DE ALISTARSE, 1600. El vocablo bisoño proviene del italiano *bisogno*, que significa "necesito". Los reclutas se

enrolaban con lo puesto, y, dado que los avíos básicos que recibían del Ejército, el llamado "vestido de munición", se les descontaban de la paga, no es extraño que los españoles que desembarcaban en Italia estuviesen necesitados de todo. Nuestro mozo, armado de un cayado y con sus humildes posesiones en un zurrón, ha acudido a la voz del reclutamiento con la esperanza de una vida más auténtica y placentera en la milicia —si bien más arriesgada— en la milicia que en el humilde pueblo que lo vio nacer.

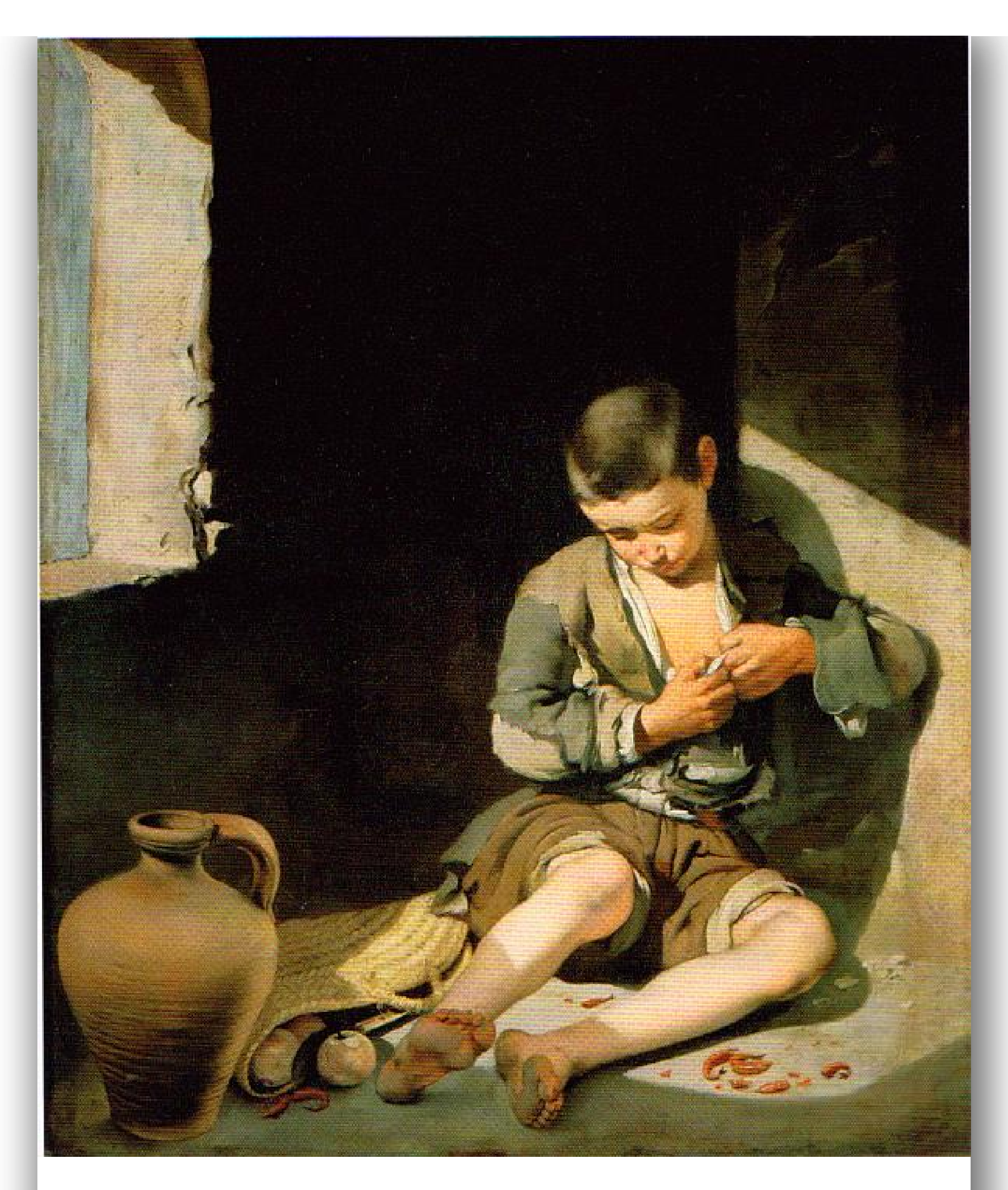
En 1656, el marqués de Aytona afirmaba que las levas y las reclutas era "lo principal de la milicia, pues de la buena o mala elección de los soldados depende la fortaleza y vigor de los ejércitos". Al marqués no le faltaba razón. Si de algo tuvieron que cuidar los ejércitos de Su Majestad Católica fue de la calidad de sus soldados, pues España se enfrentaba a países o coaliciones demográficamente superiores. Ante su inferioridad numérica, la Monarquía trató de apostar por la calidad de sus tropas. Esta política dio sus frutos durante el siglo XVI, cuando la supremacía militar hispana era evidente tanto en el continente como en buena parte del mundo conocido. Esto no evitó que los tercios españoles sufrieran algunas derrotas, pero sus tropas eran temidas y reconocidas por el resto de las naciones a las que se enfrentaban. Esa supremacía militar se cimentó en distintos factores, tanto humanos, como técnicos —el precoz uso de armas de fuego portátiles en formaciones— y financieros —las cantidades de metales preciosos que venían de las Indias—, Si en muchos casos España se mostró superior en lo militar, fue, en gran medida, por la atención que prestó a sus soldados, a los que disciplinó y mantuvo más allá del final de los conflictos bélicos, creando un sistema defensivo en el que los profesionales eran la clave. La rápida expansión española de principios del siglo XVI demostró que los modelos tradicionales de movilización del medievo —fundamentados en el papel de los nobles y las milicias— no eran óptimos para combatir en Italia, el Magreb o América, ya que los contingentes movilizados por esta vía rápidamente reclamaban volver a sus casas. Por ello, se buscó un nuevo modelo de soldado. Se consolidó así la figura del profesional mantenido durante todo el año —y no solo durante la campaña estival—, desplegado para defender los dispersos territorios patrimoniales de los Habsburgo españoles, caso de

Italia o Flandes; un nuevo sistema que se basaba, además, en dos pilares fundamentales: el peso de la infantería y la aparición de un soldado nacional, frente al extendido empleo de mercenarios.

Por un lado, el protagonismo pasó de la caballería a la infantería. Los jinetes eran caros de mantener, de ahí que se optara por las nuevas posibilidades que ofrecía la infantería nacida a la sombra de las últimas transformaciones militares. El infante era barato de mantener y equipar, polivalente, y su extracción social —más humilde— hacía que si la ocasión lo requería se le pudiese reclutar en grandes números. Los infantes dejaron de considerarse "peones", como se les denominaba en la tradición medieval, término que no escondía cierto grado despectivo, ya que, durante el medievo, las acciones más destacadas las protagonizaban los nobles, recubiertos por sus relucientes armaduras, que no escondían una vida destinada a la guerra y un equipo y una preparación superior. En el caso español, a esta nueva consideración del infante se le sumó el mantenimiento de un soldado autóctono profesional: el soldado de los tercios. Con ello, los monarcas no dependían del mercado de mercenarios, como acostumbró a hacer el resto de las potencias europeas durante el siglo XVI, al ser una práctica bastante más barata.

No podemos considerar a los soldados de los tercios como unos simples mercenarios. Es cierto que algunos desertaron y se pasaron al enemigo, algo muy habitual en la época, por otra parte, pero, en conjunto, fueron una minoría y resultaba muy difícil ver soldados españoles en otros ejércitos de la época, algo que no ocurría con los soldados de fortuna alemanes, franceses o británicos. Por último, a esto se añadía el hecho de que los monarcas españoles hicieron que el reclutamiento en España fuera un monopolio real, por lo que sin la autorización regia nadie podía reclutar de

manera legal, lo que blindó el reclutamiento en suelo español.



Joven mendigo (ca. 1645-1650), óleo sobre lienzo de Bartolomé Esteban Morillo (1617-1682), Musée du Louvre, París. Ya en 1552 el soldado Diego Núñez Alba exponía, en tono crítico, que muchos de los hombres que se alistaban en los tercios lo hacían más por sobrevivir que por un deseo genuino de servir al rey. Sin lugar a duda, la milicia constituía, en la España del Siglo de Oro, una de las principales vías de promoción social y de escapar de la pobreza que transmiten obras como *El Quijote* y *La vida y hechos de Estebanillo González*, o esta pintura de Murillo.

Conviene añadir, además, otros argumentos para considerar a los soldados de los tercios como profesionales afectos de su rey —más allá del juramento que todos sellaban—, como el hecho de que todos los nombramientos eran firmados por los monarcas, que también se encargaban de seleccionar a los mandos más capaces —lo que, a todas luces, evitó el caudillismo o la aparición de *condotieros*, fenómenos que tuvieron gran relevancia en el resto de Europa—. Este control por parte de la Monarquía permitió a su vez la aparición de una estructura profesional clara entre la oficialidad, en la que los ascensos, remuneraciones o compensaciones por el retiro eran acordes al valor y la experiencia, algo regulado por las sucesivas Reales Ordenanzas. Así, se consolidó un cuerpo profesional, con una oficialidad y una soldadesca que hicieron del oficio de las armas su forma de vida, pues al alistarse firmaban un compromiso que los ataba al ejército hasta que murieran o el monarca les concediera permiso para retirarse. Las posibilidades de ascenso y honor, que durante mucho tiempo el ejército ofreció, sirvieron de atractivo a voluntarios de todos los estratos de la sociedad de la época.

Los motivos

Las razones que llevan a un hombre a alistarse no han cambiado demasiado a lo largo de la historia. A pesar de ello, debemos matizar que las fuentes administrativas no siempre indicaban los motivos, y que las que más se interesaban por ello eran la tratadística y la literatura de la época, que nos transmiten una imagen distorsionada e idealizada. En líneas generales, parece que muchos de los soldados que sentaban plaza no lo hacían como primera opción, sino que huían de un padre severo, de la servidumbre o de su destino como aprendices en un taller. En

algunos casos, también había sujetos que escapaban de la justicia, ya que si abrazaban la vida militar su pasado quedaba al margen al poderse acoger a la jurisdicción militar. Otras veces, sencillamente, se trataba de jóvenes con ganas de ver mundo o personas que querían una nueva oportunidad o una vida mejor.

Algunos —los menos—, se alistaban para progresar socialmente y ganar honra. El ennoblecimiento era, sin duda, una de las máximas aspiraciones de todos los plebeyos que luchaban en el ejército. La obtención del grado de capitán conllevaba la consideración de hidalgo. Durante el siglo XVI, y en menor medida durante el XVII, este sistema premiaba a los soldados que tras años de servicio podían aspirar a un merecido ascenso social, lo que hizo del ejército un aliviadero social.

Por encima de todo, sin embargo, la mayoría se alistaba por necesidad. Durante el reclutamiento no era común que los hombres recibieran primas de enganche —algo que solo ocurría cuando los reclutadores eran privados—, pero los soldados que sentaban plaza siempre recibían un socorro durante todo el proceso, un dinero mínimo que, desde principios del siglo XVII, se entregaba en mano y que ascendía a 2-4 reales diarios —dependiendo de la época—, lo que, más o menos, correspondía al jornal de un trabajador no cualificado. Esto incitaba a muchos a alistarse, ya que los reclutadores concentraban sus esfuerzos durante los periodos en los que no había demasiadas labores agrícolas. La época idónea para reclutar iba desde diciembre hasta marzo o abril. Después, la captación de voluntarios era difícil, puesto que los desocupados de las ciudades encontraban trabajo en el campo. Dos factores corroboran el hecho de que muchos se alistaban por dinero o necesidad. Por un lado, porque siempre existió una estrecha correlación entre las malas cosechas y el aumento de los voluntarios. Por otro, porque muchos soldados desertaban antes de salir de la localidad

donde se reunían, particularmente la noche previa, cuando sospechaban que partirían.



Alistamiento de tropas para Fernando I de Médici (ca. 1614-1620), grabado de Jacques Callot (1592-1635) a partir de uno de Matteo Rosselli (1578-1650), Rijksmuseum, Ámsterdam. En esta escena observamos cómo un joven voluntario se presenta ante la mesa del oficial reclutador, a quien acompañan otros oficiales militares y administrativos de la unidad. Además del nombre del recluta, estos tomaban nota de su edad, su procedencia, su condición física y rasgos concretos de su apariencia para el caso de que desertase y tratase se alistarse de nuevo en otra unidad.

A la hora de convencer a los futuros soldados, los capitanes tenían la voz cantante. Muchos centraban su atención en los jovenzuelos locales narrándoles las experiencias y oportunidades de la vida militar, contando batallas o hablando de los saqueos y de las mieles del servicio en Italia, de sus mujeres y de la cómoda vida de

guarnición. Algunos capitanes con pocos escrúpulos ocultaban el destino de la compañía —como prueba la propia documentación de la época—, pues no era lo mismo prometer un futuro en Orán que en Milán. Además, otra práctica habitual para captar la fascinación de los jóvenes era la de hacer marchar a los soldados disponibles al toque de los tambores con la nueva indumentaria recibida. Este método llegó a ser muy popular a partir de la segunda mitad del siglo XVII —momento en el que se empezaron a establecer uniformes fijos—, ante el atractivo que podía tener para un muchacho vestir una casaca nueva de vivos colores, pues el vestuario de los más humildes era muy limitado y se renovaba escasamente.

La idea de obtener un jugoso botín con el que hacerse rico y cambiar de vida era también un aliciente. La guerra daba oportunidades, aunque fuera a costa de otros. Algunos, no muchos, lo consiguieron gracias a saqueos como los de Malinas o Amberes. Pero por cada ciudad saqueada, había otras muchas que debían tomarse con sudor y sangre, sin botín alguno. Además, esta clase de beneficios se esfumaba con facilidad. No siempre el botín se podía transportar o servía para comer, lo que hacía que los verdaderos agraciados fueran los vivanderos y comerciantes que acompañaban a los soldados. La idea de que se podía hacer fortuna al participar en un saqueo se transmitió de boca en boca durante décadas, y habitualmente los reclutadores contaban esas historias para animar a los bisoños. Pero la posibilidad de enriquecerse —aunque real—, estaba fuera del alcance de la mayoría. Un contemporáneo afirmaba que por cada dos soldados que se enriquecían con la guerra, otros cincuenta solo conseguían heridas y enfermedades incurables.

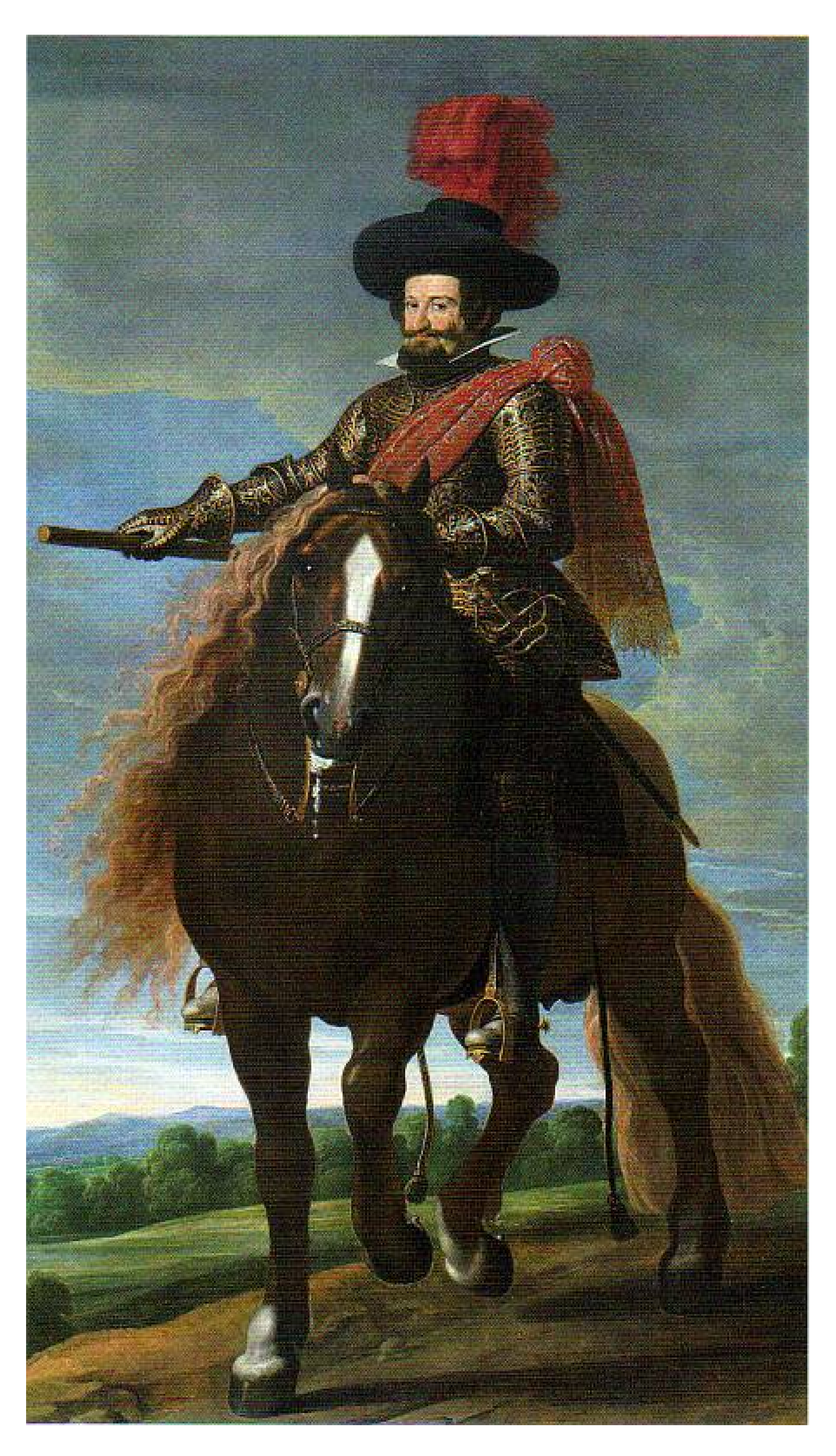
El proceso

La elevada burocratización permitió que durante el siglo XVI y las décadas iniciales del XVII el reclutamiento militar en España se basase en un complejo sistema administrativo fundamentado en la incorporación de voluntarios. El proceso se mantuvo casi invariable desde mediados del reinado de Carlos V, aunque se fue perfeccionando. La administración militar —a través del Consejo de Guerra— era la encargada de gestionar, regular y costear el proceso, por lo que el reclutamiento quedaba centralizado y controlado por la Monarquía. Esto requería una administración desarrollada, dinero para hacer frente a los costes por adelantado y, fundamentalmente, una organización militar profesional que mantuviera y se ocupara de los soldados incluso más allá de su vida útil. Esto hizo que pocos gobiernos utilizaran el sistema a gran escala.

El Consejo de Guerra se encargaba de planificar el reclutamiento, gestionarlo y asumir su coste, según las necesidades bélicas —y las propuestas realizadas por el Consejo de Estado o los diferentes virreyes—. Además, elegía a los capitanes que asumirían la tarea, los lugares donde se levantarían los hombres y a los comisarios que controlarían todo el proceso. Gracias a algunas fuentes seriadas conocemos el número total de compañías reclutadas entre los años 1590-1620. En conjunto, cada año se reclutaba en España una media de 40-50 compañías. El monopolio reclutador del monarca se extendía por todos los reinos peninsulares y abarcaba todo el territorio, ya fuera de realengo o señorío. Bajo el sistema administrativo, los capitanes reclutadores se concentraban en los municipios más importantes y poblados —generalmente, cabezas de un corregimiento de realengo—, pero el reclutamiento también podía extenderse por lugares de señorío o de las órdenes militares. En Castilla, los capitanes se enviaban a distritos que solían hacer referencia a un corregimiento o, a veces, a varios más pequeños, mientras que en Navarra o la Corona

de Aragón los capitanes eran enviados a la capital del reino —uno a cada uno de los territorios—, ya que debían tener la supervisión de los virreyes.

El Consejo de Guerra era el encargado de expedir toda una serie de documentos. En ellos se informa a los reclutadores y autoridades locales de todos los detalles. Lo habitual, desde finales del siglo XVI, era pedir 250 hombres, cifra que se mantuvo hasta las primeras décadas del XVII, si bien en muy pocas ocasiones los reclutadores conseguían reunir tantos, ya que esa cifra funcionaba como un tope y no como un mínimo. La planificación general de 1624 fue la primera en reconocer su drástico descenso, al descenso, al determinar que 100 hombres bastaban para completar una compañía. Tras la emisión de las órdenes, los capitanes recibían instrucciones precisas, que mostraban en los lugares donde reclutaban. Normalmente, el capitán centraba su actividad en una ciudad, pero —cuando los distritos comprendían varias localidades en especial—, alguno de los oficiales se desplazaba a otros municipios para captar voluntarios.



Retrato ecuestre del conde-duque de Olivares (1627), óleo sobre lienzo de Gaspar de Crayer (1584-1669), Weiss Gallery, Londres. Como valido de Felipe IV, Olivares

fue el máximo responsable de buscar alternativas para complementar el alistamiento voluntario en aras de hacer frente a las crecientes exigencias bélicas de la Monarquía. Sus medidas se encaminaron a delegar la tarea del reclutamiento en otros ámbitos como la nobleza, los particulares o los municipios; además de implementar el papel de las milicias.

Tras la reunión de los cabildos de las ciudades —que comprobaban la validez de los despachos que llevaban los capitanes—, se daba comienzo al alistamiento y se permitía al capitán que enarbolase su bandera y tocase los tambores. Las ciudades debían encontrar un lugar apropiado para albergar el cuerpo de guardia de la compañía —espacio físico donde los militares se reunían, guardaban la bandera y hacían guardia—, enarbolando la bandera en un paraje público, a poder ser en un lugar de paso importante y céntrico. A partir de ese momento, empezaba de manera oficial el enganche. En un mundo tan simbólico como el del Antiguo Régimen, la presencia de una bandera en la ventana de alguna casa o ayuntamiento significaba, claramente, que en la ciudad se estaba reclutando, como nos lo demuestra la literatura barroca.

El alistamiento en España lo realizaban capitanes autorizados y elegidos por el gobierno que se desplazaban a los lugares indicados, donde se ocupaban de la captación de voluntarios. En este sistema, el papel de las autoridades locales era mínimo, ya que la pieza fundamental la constituían los capitanes. Esto suponía una vía directa de reclutamiento, en la que el capitán solo daba cuentas al Consejo de Guerra. Ellos eran los encargados de desplazarse a las circunscripciones elegidas o, en su defecto, sus alféreces. Allí debían reunir exclusivamente voluntarios, al no tener autoridad para obligar a nadie a alistarse. Si lo incumplían, podían ser privados del mando. A los corregidores y justicias locales iba dirigida una carta firmada

por el rey para que dieran al capitán la asistencia necesaria, misiva que, además, reconocía la jurisdicción privativa de los militares, que estarían controlados por sus oficiales y por el comisario.

Cuando en una circunscripción el reclutamiento terminaba, un comisario nombrado por el Consejo de Guerra era el encargado de recibir las compañías y transitarlas hasta su embarcadero, por lo que ejercía funciones de control para evitar que las tropas no cometieran excesos. Cada tres o cuatro compañías de las levantadas en la misma zona eran conducidas por un mismo comisario, que se encargaba de marcar las rutas y ajustar el alojamiento con los pueblos por donde debían pasar. Para el pago de las tropas se nombraba un pagador, ya que se calculaba que una recluta podía durar entre 20 y 40 días de media.

Los capitanes

Para ser oficial de una compañía había que tener distintas cualidades y virtudes que la literatura militar de la época se afanó en transmitir. La nobleza y honradez siempre estuvieron presentes, al ser especialmente necesarias para reclutar y mantener una compañía en buen orden. Durante buena parte del siglo XVI, la maquinaria militar española estaba bien engrasada y, como indican algunos tratadistas, los capitanes eran pocos, la mayoría nobles o hidalgos con experiencia. La mayoría gastaba su patrimonio, además de su sueldo, en sustentar a sus hombres. Sin embargo, a finales del siglo XVI los capitanes ya no eran así para algunos tratadistas. Muchos no tenían la experiencia necesaria, no entendían de la profesión militar y se dejaban llevar por la codicia. Así, Marcos de Isaba se quejaba de muchas de las elecciones de capitanes afirmando que “no puede ser maestro quien no hubiere sido discípulo”.

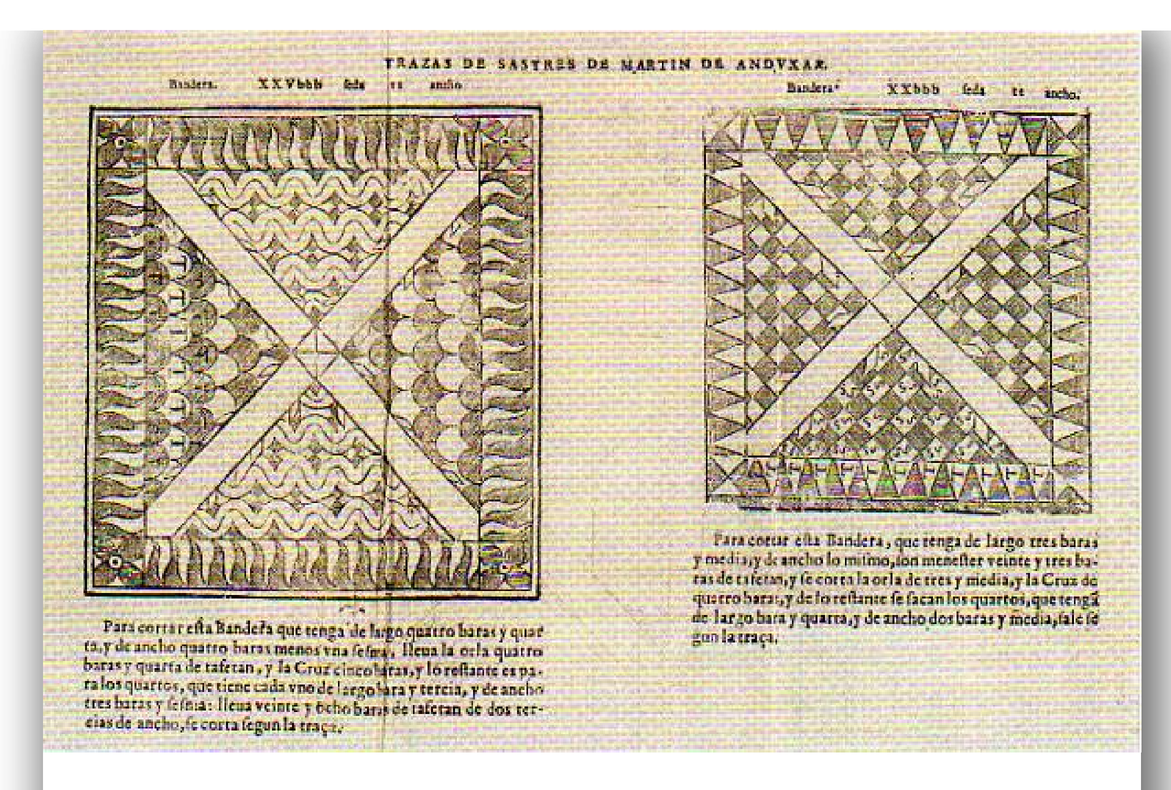
Algunos de los elegidos intentaban medrar gracias a su hacienda o linaje entregando cartas de favor o presionando a los secretarios y consejeros, de quienes estas personas sin experiencia obtenían nombramientos.

Estas quejas no cayeron en saco roto y, a comienzos del siglo XVII, el Consejo de Guerra modificó varios parámetros para mejorar la capacidad y experiencia de los capitanes. Los cambios normativos de 1598 hicieron que se siguiera un sistema regulado. Los nuevos oficiales debían cumplir unos requisitos —enunciados en las diferentes ordenanzas del periodo— que se corroboraban y verificaban antes de ser aprobados por el rey. Las ordenanzas indicaban que para ser capitán se debía servir al menos durante diez años —seis como soldado y cuatro como alférez—. También se admitía que a los caballeros que hubieran realizado algún servicio particular o destacado en la guerra se les pudiese suplir el tiempo señalado.

El análisis pormenorizado de casos concretos nos induce a pensar que durante el primer cuarto del siglo XVII, al menos, la calidad y experiencia de los capitanes no fue un problema. Los datos disponibles del nombramiento de 340 reclutadores entre 1603 y 1625 nos indican que 129 ya eran capitanes previamente. El resto eran ya oficiales, salvo seis que recibieron nombramientos particulares al ser hijos de nobles o pajes del rey. La decisión tomada por el Consejo de Guerra en algunas elecciones de capitanes refuerza esa idea. Los ocho sujetos que se postularon en 1613 para dos plazas de capitanes eran ya alféreces y habían servido, de media, 16,6 años. Solo uno no había acumulado el tiempo requerido. La elección de un capitán para una compañía vacante en Fuenterrabía en ese mismo año reitera dicha impresión y nos demuestra la gran veteranía de los candidatos. Los diez sujetos que se postularon reunían un total de 304 años de servicio, veteranía muy relevante si la comparamos con los datos disponibles para la segunda mitad del siglo XVII, en

donde había casos de capitanes elegidos sin servicios previos. Estos reunían de media 12,5 años de servicio, por tanto, estaban solo un poco por encima de los requisitos mínimos.

Faltan estudios de base que analicen sistemáticamente un número de casos significativo sobre la calidad de los capitanes reclutadores del periodo. Parece evidente que la mayoría cumplía con los requisitos, pero al menos desde mediados de la década de 1620 había más oficiales sin experiencia ante el ocaso de la generación militar curtida en Flandes durante la primera etapa de la Guerra de los Ochenta Años (1568-1648). A esas alturas, estaba claro que los servicios acumulados de padres y parientes cotizaban al alza y, dentro del mérito y la experiencia, el parentesco empezó a colarse entre los elementos que decidían la calidad de los sujetos a la hora de obtener un puesto militar, lo que revela un cambio de tendencia. Desde entonces se convirtió en habitual que muchos hijos de militares intentaran hacer valer sus influencias y que dentro de sus méritos —más que experiencia militar propia—, mostraran los de sus parientes. La mayoría seguía cumpliendo los requisitos mínimos, pero disponía de menos experiencia.



TRAZAS DE SASTRES DE MARTIN DE ANDVXAR.

Bandera. XXVbbb ſeda de ancho

Para cortar eſta Bandera que tenga de largo quatro baras y quarto, y de ancho quatro baras menos vna ſeſma, lleua la orla quatro baras y quarta de tafetan, y la Cruz cinco baras, y lo reſtante es para los quartos, que tiene cada vno de largo bara y tercia, y de ancho tres baras y ſeſma: lleua veinte y ocho baras de tafetan de dos tercias de ancho, ſe corta ſegun la traça.

Bandera. XXbbb ſeda de ancho.

Para cortar eſta Bandera, que tenga de largo tres baras y media, y de ancho lo miſmo, ſon meneſter veinte y tres baras de tafetan, y ſe corta la orla de tres y media, y la Cruz de quatro baras, y de lo reſtante ſe ſacan los quartos, que tengã de largo bara y quarta, y de ancho dos baras y media, ſale ſegun la traça.

Dos banderas de infantería extraídas del tratado *Geometría y trazas pertenecientes al oficio de sastres donde se contiene el modo y orden de cortar todo género de vestidos* (1640), de Martín de Andújar, Biblioteca Nacional de España, Madrid. La bandera era la principal seña de identidad de la compañía dentro del tercio, y como tal, un elemento de orgullo y veneración. Al acto de arbolar la bandera en una localidad constituía el pistoletazo de salida para el alistamiento de voluntarios en la unidad. Otros tratados de sastrería, como el del maestro Diego Freyle (1588) y el de Francisco de la Rocha (1618) dedican capítulos al arte de confeccionar banderas, lo que da fe de su importancia en la época.

Embarque

Cuando el proceso de reclutamiento se daba por concluido, se solía pasar revista a las tropas. Para ello, se realizaban listas de todos los sujetos alistados en presencia también de las autoridades civiles, ya que, en cierta manera, serían ellos los encargados de perseguir a futuros desertores. Estos listados se repartían por duplicado entre las autoridades competentes. Además, desde 1630, a

las tropas se les solía dar un vestuario mínimo, por lo que era común realizar un inventario del equipo que los soldados recibían.

El transporte de las compañías de voluntarios a su destino estaba, por lo general, en manos de los propios oficiales, ya que se pensaba que estos tendrían un especial cuidado con los hombres que conformarían su compañía. También podía incluirse en la comitiva a guardias armados o esposas para los sujetos más díscolos, especialmente si entre los hombres había penados o forzados. Cada día, las tropas se desplazaban una media de 20 km, por lo que era importante que no se enviaran a la vez por un mismo punto más de 200 hombres, pues esa carga sería demasiado problemática para las localidades de paso. Todo ello estaba perfectamente controlado por los comisarios, encargados de que se cumplieran las órdenes y de que los alojamientos no fueran gravosos. Los comisarios ejercían también de enlace jurisdiccional con las autoridades locales para que ningún delito quedase impune, si bien estos debían dirimirse dentro de la jurisdicción militar. Ellos cuidaban de que las tropas se comportaran de forma adecuada, no extorsionaran a la población y no se alojaran donde no les correspondía. Los comisarios también debían cuidar de que los bagajes necesarios para la marcha no se tomaran por la fuerza y fueran devueltos a los pueblos. Las tropas recibían gratuitamente posada y cama en cada población, además de leña, pero debían procurarse su sustento con el dinero suministrado por el pagador.

Una vez los hombres llegaban a la plaza de armas o puerto de embarque, se les volvía a pasar revista. Era allí cuando realmente los veedores y contadores del ejército los anotaban por primera vez en los libros de cuentas, recibían oficialmente su primer sueldo —en realidad, antes gozaban de socorros puntuales— y se les terminaba de equipar y armar. También pasaban una inspección visual por parte de

los oficiales reales, que descartaban a los reclutas que tenían enfermedades contagiosas o graves, taras físicas o no disponían de la condición física requerida —si bien no había requisitos mínimos como la altura—. Lo ideal era que los reclutas tuvieran entre 18 y 40 años. No obstante, cuando faltaban los reclutas los requisitos se rebajaban y se llegó a admitir a muchachos de 14 años y hombres de hasta 50. Allí también recibían armas, cuyo precio se descontaba de sus soldadas, y, en muchos casos —si había tiempo—, podían recibir algo de instrucción, si bien esta no pasaba de algunos ejercicios para que los bisoños supieran escuadronar y mantener la formación cerrada.



El gran mercado de pescado (1603), óleo sobre lienzo de Jan Brueghel el Viejo (1568-1625), Alte Pinakothek. Maxvorstadt. Hasta la entrada de Francia en la Guerra de los Treinta Años en 1635, los reclutas españoles combatieron casi siempre fuera de la península ibérica. El mar era el eje de unión de los dispersos territorios de la Monarquía, por lo que no es casual que el primer destino de los soldados, una vez enrolados, fuese dirigirse a un puerto principal para embarcar con destino a Italia, Flandes o Berbería.

En cuanto al armamento, las instrucciones de reclutamiento de la segunda mitad del siglo XVI determinaban que las dos terceras partes de los soldados estarían armados con picas y el resto con arcabuces. No parece que esto se respetara, sino que más bien es una orientación genérica. Por ejemplo, los reclutas que en 1594 se embarcaron en Cartagena para Italia fueron armados de esta manera: el 47% con picas, el 10% con mosquetes y los restantes con arcabuces. En 1615, el 55% los reclutas que llegaron a Flandes por mar, vía Lisboa, tenía armas de fuego. Es decir, algo más de la mitad llevaba armas de fuego, por lo que no podemos afirmar que el marco legislativo de las ordenanzas se cumpliese a rajatabla.

Antes de que la guerra llegase a la Península en 1635 —y las necesidades bélicas de la Monarquía se multiplicasen— lo normal era que los reclutas fueran enviados a servir en el exterior por vía marítima. Los puertos más habituales —y donde solían concentrarse más hombres—, eran San Sebastián, Las Cuatro Villas de Costa [Nota del Ratón: San Vicente de la Barquera, Santander, Laredo y Castro Urdiales.], La Coruña, Lisboa, Cádiz, Málaga, Cartagena y Barcelona, ya que en todos ellos había una plantilla fija de oficiales reales, lo que no quitaba para que, en ocasiones, se usaran puntualmente otros puertos. Allí se concentraban las tropas para ser transportadas a los teatros de operaciones, fundamentalmente Flandes, Italia, el norte de África o América. Siempre que se podía se utilizaban barcos de la Corona —ya fueran de la escuadra de galeras o la Armada—, pero en muchos casos se debió acudir a barcos particulares, puesto que los navíos de titularidad regia escaseaban y debían emplearse en multitud de misiones. El viaje en ellos era más seguro, pero, por ejemplo, utilizar un mercante para enviar tropas a Sicilia podía ser mucho más rápido y económico que tener que esperar a que la escuadra de galeras de dicha isla recalase en los puertos españoles.

Hoy empleamos la palabra “bisoño” para denominar al recluta novato que acaba de iniciar su vida militar. El término surgió en esta época, cuando las tropas llegaban a reforzar las guarniciones italianas. La travesía podía durar más de un mes y muchas veces los nuevos reclutas pasaban necesidades. Al desembarcar, una de las primeras palabras que aprendían los soldados para comunicarse era el verbo italiano “necesitar” —*bisogno*—, que empleaban para intentar conseguir pan, agua o cualquier otro elemento indispensable. De ahí que el primer diccionario de la lengua española de Sebastián de Covarrubias (1611) recogiera su significado y la siguiente coplilla:

No es de oír,

Porque si quiere pedir

De comer de una persona

No saben sino decir,

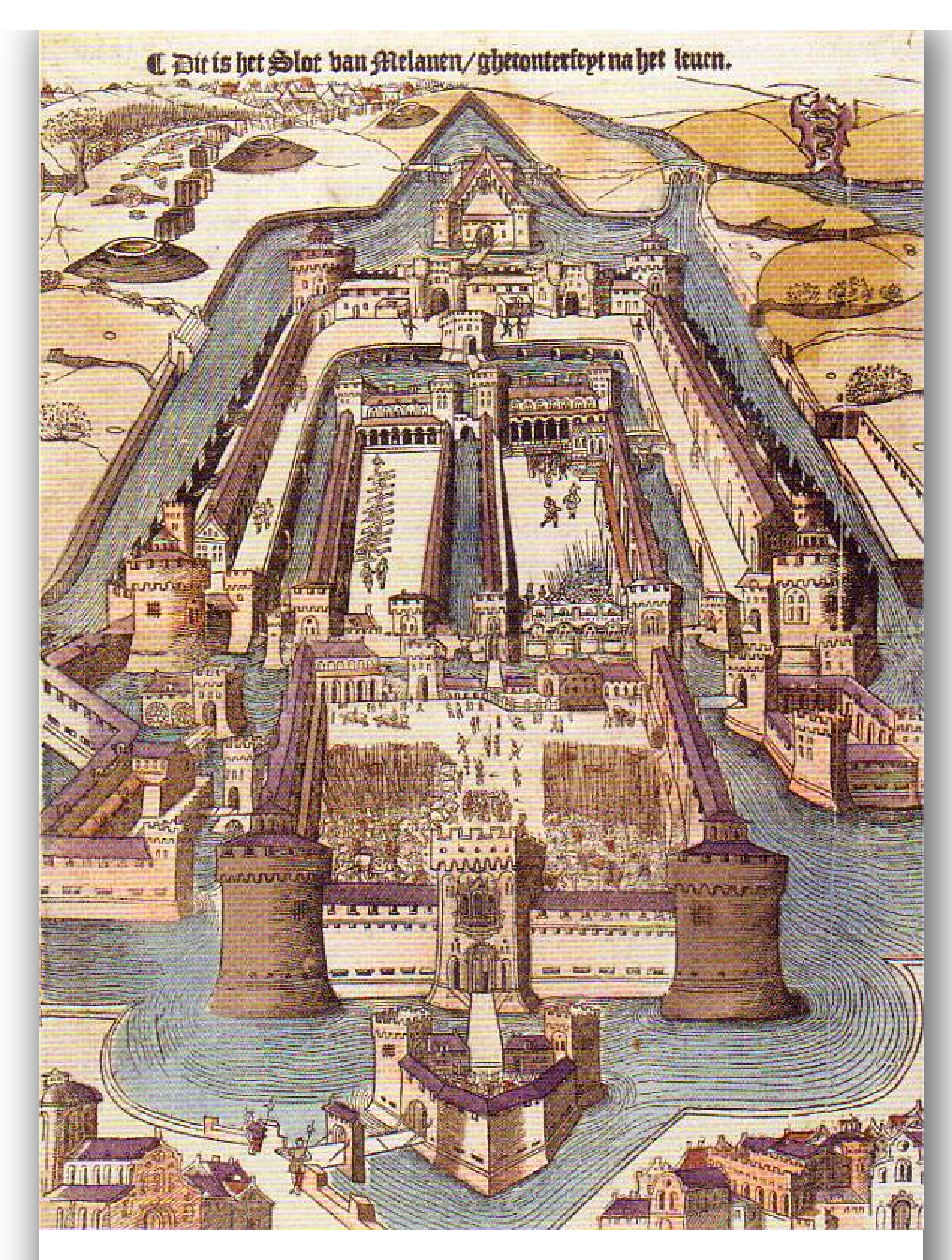
Daca el bisoño madona.

Los resultados

El principal problema del reclutamiento voluntario estaba en sus tasas, en continuo descenso desde finales del siglo XVI, con claras señales de agotamiento a principios del XVII. En 1617, las 14 compañías reclutadas para Nápoles en Andalucía, Murcia y La Mancha reunieron en Cartagena 1.857 oficiales y soldados, una media de 132,6 hombres. Las 6 compañías reunidas en Aragón, Valencia y Cataluña ese mismo año reunieron 547 hombres: 91 de media.

Los resultados podían variar mucho de un lugar a otro, especialmente si en algunas regiones se formaban varias compañías en poco tiempo. Además, a comienzos del siglo,

había regiones que parecían más deterioradas demográficamente que otras, como Extremadura y la meseta norte. En 1613, tres de las compañías reclutadas para Portugal reunieron 209 soldados entre Valladolid, Medina de Rioseco, León y Astorga. Un par de meses antes, las de Zamora, Toro y Salamanca solo juntaron 180. En 1619, las cuatro formadas en Extremadura para los presidios de Portugal condujeron 250. Eso significaba que, de media, las 10 compañías tenían entre 60 y 70 hombres y estaban lejos de reunir los contingentes teóricos. En cambio, en otras regiones el resultado era más positivo. Ese mismo año, la compañía reclutada en el reino de Valencia —a pesar de la reciente expulsión de los moriscos— reunió 300 efectivos al ser la única formada en suelo valenciano. Hubo tantos soldados que incluso se pudo escoger a los mejores. De hecho, según algunos cálculos, en Castilla se levantaba una compañía por cada 20.000 vecinos, mientras que en la Corona de Aragón la proporción era una por cada 38.000 o 40.000. En la Corona de Aragón se fueron reclutando de manera progresiva más hombres con capitanes de origen local, aunque, de nuevo a modo de ejemplo, de las 38 compañías que se reclutaron en 1594, solo dos se formaron en Aragón y Valencia.



El castello sforzesco de Milán (ca. 1540-1560), grabado anónimo, Rijksmuseum, Ámsterdam. El destino final de los bisoños solía ser una ciudadela, como la de Milán, el gran bastión español en el norte de Italia, donde se adaptaban a la vida militar en un entorno seguro, y aprendían a manejar las armas y a marchar y combatir en formación. En otras ocasiones, no obstante, los bisoños pasaban a

cubrir directamente las bajas en otras unidades, puesto que la Corona siempre prefirió contar con un núcleo de veteranos en cada tercio a unidades con experiencia muy disímil.

El sistema administrativo conseguía remitir una media anual de entre 3.000 y 5.000 hombres, en función de las coyunturas y de la posibilidad de encontrar voluntarios. Ante la necesidad de hombres, desde mediados de la década de 1630 dicha tasa aumentó gracias a las aportaciones de los intermediarios, los nobles y las primeras levas forzosas. En 1639 se pudieron enviar a Italia 14.500 reclutas y otros 10.500 a Flandes. La salida de tal cantidad de hombres y la proliferación de levas perjudicaron notablemente las reclutas venideras, por lo que el sistema se resintió con rapidez. Aun así, durante la segunda mitad del siglo XVII —gracias a la extensión e intensificación del reclutamiento—, en momentos críticos podían salir de Castilla bastantes hombres: más de 12.000 en 1676, casi 10.000 en 1684 y 1693 y 17.000 en 1694. Esta capacidad solo se pudo lograr gracias a la generalización de la coerción, la negociación con reinos, provincias y ciudades y al aporte de los asentistas militares y los capitanes particulares.

El elemento negativo de esta alta tasa de movilización militar fue que muchos de los hombres reunidos por las nuevas vías no eran voluntarios. A lo largo del siglo XVII, ser soldado dejó de ser algo bien considerado y se convirtió en una profesión más marginal, a la cual se llegaba por necesidad económica o por obligación. El menor número de voluntarios con respecto al siglo XVI se debía, por tanto, a una combinación de motivos demográficos y sociológicos, pues no se veía el oficio de las armas todavía no como una fuente de ascenso social o enriquecimiento, sino como una condena o como el último recurso de los más desfavorecidos. A esto se añadía la situación geopolítica y financiera de la

Monarquía, cada vez más delicada, lo que afectaba de forma negativa a la imagen que la sociedad de la época tenía del ejército. Pese a todo, si bien a partir de mediados del siglo XVII la época gloriosa de los tercios había quedado atrás, estos no dejaron de continuar defendiendo las vastas posesiones del Imperio español. Tal vez la fascinación ejercida por los tercios se hubiese evaporado, pero cada año miles y miles de nuevos reclutas llegaban a Flandes, el Milanesado o Cataluña con la misma misión de aquellos que les habían precedido. ■

2

La vida diaria del soldado

Miguel Martínez



UN ARCABUCERO VETERANO, 1590. Este soldado de barba encanecida puede hablar a los bisoños de los grandes hechos de armas de Alejandro Farnesio y, probablemente, también del duque de Alba. Se protege con un

casco de tipo capacete y viste sobre el jubón una ropilla con mangas colgantes, una prenda muy característica de la indumentaria de la época, tanto civil como militar. Va equipado con un arcabuz, arma que gozaba de gran popularidad entre la infantería española, y lleva, además de los llamados "doce apóstoles", con cargas preparadas, dos recipientes con pólvora, uno con pólvora fina para la cazoleta y otro con pólvora en grano para la carga principal.

Miguel de Cervantes, veterano retirado, escribió algunas de las mejores historias de guerra del Siglo de Oro. Por los caminos de su mundo ficcional, el lector se cruza con jovencísimos reclutas, cautivos en los baños argelinos, soldados picarescos camino de Italia o de Flandes y veteranos como él, que regresan a casa cargados con historias del frente. Una de sus *Novelas ejemplares*, sin embargo, es un ejemplo perfecto de cómo excombatientes como Cervantes recordaban y compartían las muchas caras de la experiencia militar, de cómo imaginaron y refiguraron la manera en que el día a día del ejército dio forma a sus vidas durante y después del servicio: *El licenciado Vidriera*.

La historia de Tomás Rodaja ofrece un penetrante retrato, si bien ficcionalizado, de la vida diaria del soldado, las motivaciones, las expectativas y los miedos de esos hombres del común que mayoritariamente se alistaban en el ejército de los Austrias, arriesgando demasiado en busca de una vida un poco mejor. La parte cuerda de la vida de Vidriera nos permitirá, además, revisar los aspectos más centrales de lo que John Hale llamó "la sociedad de los soldados", esa especie de república relativamente independiente del mundo civil que formaban las estructuras, las instituciones y las prácticas de la milicia en la Edad Moderna, sus espacios sociales, sus formas diferenciadas de vida.

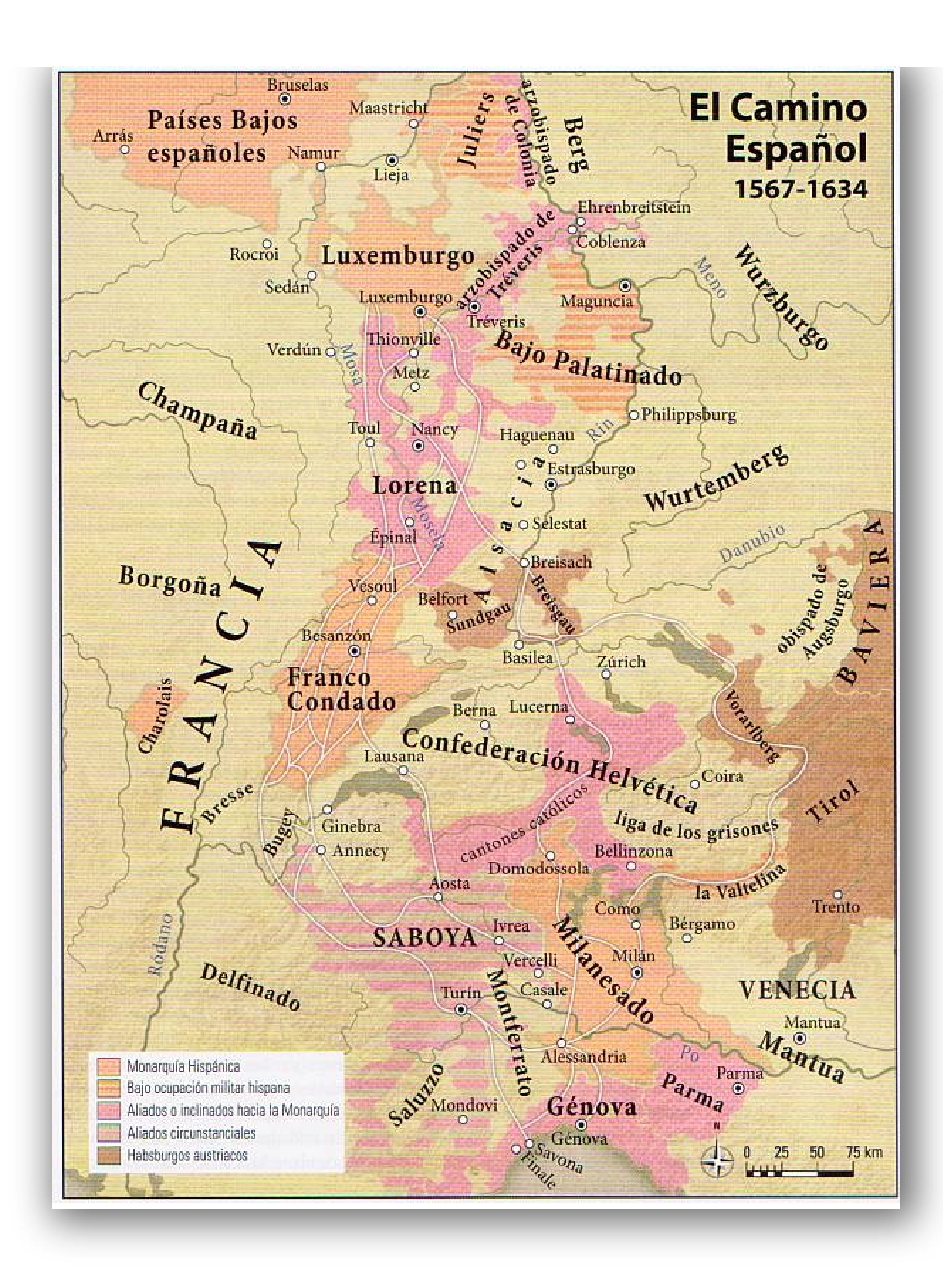
Como ha sido frecuente a la hora de leer a Cervantes, la historia de Tomás Rodaja en *El licenciado Vidriera* se ha puesto en relación con la propia vida del autor. Para el "hijo de algún labrador pobre", como para el hijo de un pobre cirujano, la vida de las letras y la vida de las armas se contaban entre las escasas posibilidades plausibles de sortear la marginalidad de vida picaresca que se invoca al comienzo

de la novela, con ecos del *Lazarillo de Tormes* y de *Rinconete y Cortadillo*. Tomás Rodaja tenía solo once años cuando dos caballeros malagueños lo encontraron de camino a Salamanca, descansando bajo un árbol y esperando señor a quien servir. Ocho años pasó al servicio de estos estudiantes ricos en la universidad, donde se haría famoso por su ingenio y buen juicio. Su destino cambiaría al encontrarse por los caminos de Castilla con un gentilhombre, capitán de infantería, que viajaba a Cartagena para, de allí, pasar a Italia y de allí a Flandes. El caballero, don Diego de Valdivia,

> [...] alabó la vida soldadesca; pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; dibujóle dulce y puntualmente el *aconcha, patrón; pasa acá, manigoldo; venga la macarela, li polastri, e li macarroni*. Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia; pero no le dijo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della.

Este pasaje, en la prosa vibrante de Cervantes, apunta a una de las tensiones principales de la vida soldadesca en la Europa renacentista, tal y como la debieron de sentir los reclutas bisoños. A pesar de la advertencia contra la parte más oscura, y más verdadera, de la vida militar, el pasaje transpira cierta nostalgia del veterano Cervantes por todo lo que Italia y la soldadesca tenían que ofrecer al deseo y la ambición de un joven recluta. A lo largo de la novela, se detallarán también la abundancia de las *osterie* italianas, el cabello rubio de las genovesas, los infinitos caldos de las bodegas italianas, reino de Baco, los edificios de Florencia, “el concurso y variedad de gentes y naciones” que pueblan la

ciudad santa, o las maravillas de Venecia, que tiene canales como los de México-Tenochtitlan. El pasaje condensa, coloreado por la imaginación cervantina, las aspiraciones de aquellos hombres de las clases populares que se alistaban, la excitación del viaje, la alegría de la vida libre, las glorias y las miserias de la vida militar. Italia representaba el placer, la oportunidad, la abundancia, de la misma manera que los libros de Salamanca o las armas de Milán eran poderosas sinécdoques de las aspiraciones sociales de las clases populares españolas. Además de los riesgos del combate, Tomás está listo para los retos del frío, el hambre, el miedo y las heridas. Es el rostro de la batalla —que con tanto éxito retrató John Keegan y que se explorará más tarde en este libro— antes de la batalla.


El Camino Español
1567-1634
Bruselas
Países Bajos españoles
Arrás
Maastricht
Namur
Lieja
Juliers
arzobispado de Colonia
Berg
Ehrenbreitstein
Coblenza
Rocroi
Luxemburgo
arzobispado de Tréveris
Wurzburgo
Meno
Sedán
Maguncia
Luxemburgo
Tréveris
Thionville
Bajo Palatinado
Verdún
Mosa
Metz
Champaña
Philippsburg
Toul
Nancy
Haguenau
Rin
Estrasburgo
Lorena
Wurtemberg
Alsacia
Mosela
Sélestat
Épinal
Danubio
Breisach
Borgoña
Vesoul
Belfort
Sundgau
Breisgau
obispado de Augsburgo
BAVIERA
FRANCIA
Besanzón
Basilea
Zúrich
Franco Condado
Charolais
Berna
Lucerna
Vorarlberg
Confederación Helvética
Lausana
Coira
Tirol
Bresse
Ginebra
cantones católicos
liga de los grisones
Bugey
Annecy
Bellinzona
Domodossola
Aosta
la Valtelina
Trento
Como
Bérgamo
SABOYA
Ivrea
Milanesado
Ródano
Vercelli
Milán
Delfinado
VENECIA
Turín
Casale
Montferrato
Mantua
Alessandria
Po
Mantua
Parma
Parma
Saluzzo
Mondovì
Génova
Génova
Savona
Finale
0 25 50 75 km
Monarquía Hispánica
Bajo ocupación militar hispana
Aliados o inclinados hacia la Monarquía
Aliados circunstanciales
Habsburgos austriacos

Camaradería y soldadesca

Valdivia le ofrece a Rodaja una especie de alistamiento informal, sin asentar plaza oficialmente en los libros de la compañía. En el contexto mediterráneo y europeo, como se ha visto en el capítulo anterior, el alistamiento implicaba una obligación legal vinculante hacia una unidad militar particular, y la violación del contrato era severamente castigada. Sin embargo, existían también vínculos menos formales entre los integrantes de una unidad y entre todos los miembros de la sociedad de los soldados, de los que participa plenamente Tomás Rodaja.

En primer lugar, existían lazos sociales previos al alistamiento basados en el parentesco y el paisanaje, dado que las compañías eran normalmente reclutadas en el entorno de un mismo pueblo, villa o ciudad. Otros vínculos, fundamentales para comprender las relaciones sociales en el día a día de los ejércitos, fortalecían el *esprit de corps* de las compañías. Tomás Rodaja y Diego de Valdivia, el campesino letrado convertido en soldado y el aristocrático oficial "hicieron camarada". La *camarada* era una vía relativamente informal de asociación entre varios soldados que acordaban compartir gastos, alojamiento y comidas para paliar mínimamente lo reducido y tardío de los salarios. El término se refería tanto a uno de sus miembros como al grupo: camarada es, según Covarrubias, "compañero de cámara, que come y duerme en una misma posada. Este término se usa entre soldados, y vale compañero y amigo familiar, que está en la misma compañía". Algunas ordenanzas y tratados militares, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, institucionalizaron la práctica. Para el general y reformador del Ejército de Flandes Sancho de Londoño, "gran parte de la soldadesca buena consiste en que los soldados tengan camaradas, de las cuales procede poderse sustentar con el

sueldo mejor que estando cada uno de por sí y así mesmo grande amistad, con otras muchas utilidades”. Bernardo de Vargas Machuca, en un manual de guerra colonial titulado *Milicia indiana*, prefirió recomendar que las camaradas fueran pequeñas; y urgió a los oficiales a supervisarlas cuidadosamente, pues la confraternización que habilitaban también favorecía los motines. Casi todas las prácticas cotidianas que podamos imaginar en la vida diaria de un soldado —la comida y la cocina, el descanso, la conversación, el juego, el viaje o el trabajo— están mediadas por instituciones colectivas como la camarada.

Esta forma de amistad institucionalizada no fue la única que favoreció la interacción entre diversos rangos militares y diversas clases sociales, como vemos en el caso de Rodaja y Valdivia. El *entretenimiento* fue otra práctica, relativamente informal en un principio, que se fue consolidando e integrando en las estructuras del Ejército a lo largo del siglo XVI. Los militares de más rango del Ejército o los gobernadores de provincias podían poner sueldo a una serie de *entretenidos*, una especie de séquito amistoso que hacía las funciones de cuerpo consultivo. El origen y el estatus de los seleccionados era heterogéneo, y se juntaban amigos y clientes aristocráticos, diplomáticos con experiencia política, hombres de letras y soldados *pláticos* de toda condición. Cervantes nos dice que la relación del capitán Valdivia y el recluta Rodaja se basó en una admiración mutua, en que el primero admiraba el “raro ingenio” del segundo, que le permitía “[departir] de diversas cosas”. Entre otras, podían conversar de lo que llevaba Rodaja en la faltriquera: tras deshacerse de la mayoría de sus libros de estudiante, Tomás solo embarcará dos en la galera napolitana que los llevará a Génova, “unas Horas de Nuestra Señora y un Garcilaso sin comento”. La literatura devota de carácter más pragmático y la lírica del padre de todos los soldados poetas no eran

presencias infrecuentes en las tiendas, los bagajes y las calzas de la soldadesca común de los Austrias.

Antes de llegar a Cartagena, sin embargo, Cervantes no pierde ocasión de retratar, con la energía característica de su forma de narrar, las operaciones logísticas y los agentes administrativos que determinaban la vida diaria del soldado común, el sistema de boletas que organizaba el alojamiento en las poblaciones del camino y que tantas tensiones generó con sus compatriotas civiles:

Llegaron aquella noche a Antequera, y en pocos días y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba a marchar la vuelta de Cartagena, alojándose ellas y otras cuatro por los lugares que le venían a mano. Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios y, finalmente, la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía.

La administración de un ejército en marcha, incluso dentro de las fronteras de los reinos peninsulares, implicaba operaciones logísticas de gran complejidad. Uno de los principales retos era el alojamiento de las compañías de camino, organizado mediante de un sistema de *boletaje* que obligaba a los vecinos a acoger a los soldados en sus casas, lo que provocaba constantemente "las quejas de los pueblos", como dice Cervantes. Este antagonismo, sin embargo, muestra también el alto grado de interpenetración entre las esferas civil y militar en la vida diaria de los soldados fuera del campo de batalla.

Esta estructura en movimiento, además de dar lugar a la violencia contra la población civil, ocasionaba todo tipo de

corrupciones y cohechos, a pesar de la legión de aposentadores, comisarios, pagadores, contadores y furrieles que intervenían en la administración de esta complejidad. La presencia de este poderoso cuerpo de oficiales de la Corona en la narrativa de Cervantes, y otros soldados escritores, muestra que el relato de la guerra incluía, además del relato del combate, la descripción a ras de suelo de los mecanismos logísticos y administrativos que sustentaban la conducción de los ejércitos. Además de los reclutas y los administradores, una cola de proveedores, vivanderos, familias, picaros y prostitutas acompañaba al tren del Ejército. Muchos contemporáneos percibieron a los populosos ejércitos de la Europa renacentista como ciudades en marcha. El soldado Juan Rufo, invirtiendo el símil, dijo de Madrid que “no tenía forma de lugar, sino de ejército de varias naciones, alojado en campaña”.



Vista de Nápoles (1629), grabado de Alessandro Baratía (1583-1650), Universitat de Barcelona. El dicho popular *Vedi Napoli e poi muori* ("Ver Nápoles y morir") tiene fácil explicación. Esta ciudad, una de las mayores de Italia y Europa en los siglos XVI y XVII, era uno de los destinos más codiciados por los soldados españoles tanto por el buen clima y la liberalidad de los habitantes como por las perspectivas de amasar un rico botín en las incursiones de las galeras napolitanas contra las costas berberiscas y griegas.

Soldados y civiles

El servicio militar otorgaba ciertos privilegios que, de alguna manera, separaban a los reclutas sus anteriores vecinos. A pesar de la severidad de la disciplina militar, que imponía estrictas regulaciones y jerarquías en el campo, muchos valoraban la vida soldadesca, como Tomás Rodaja, como más libre, independiente y desatada que otras ocupaciones reservadas al común. Los soldados no pagaban impuestos, lo cual acercaba el estatus social del soldado plebeyo al de la hidalguía, una de cuyas principales prerrogativas era precisamente el de la exención de la mayoría de los *pechos*. Tampoco estaban sujetos a la jurisdicción civil y estaban exentos de cumplir algunas de sus leyes. Por ejemplo, los soldados no debían atenerse a las restricciones de las leyes suntuarias que regulaban quién podía vestir qué, y así trataban de estabilizar las diferencias de rango en un cuerpo social dinámico y cambiante. Parecería una cuestión menor, pero los soldados valoraban enormemente su libertad para vestir como querían —la práctica de uniformar a las tropas se generalizó mucho más tarde, en el siglo XVIII—. Su autopercepción y su conducta pública dependía en gran medida de ello, y los nuevos reclutas se transformaban rápidamente tan pronto como sentaban plaza en los libros de la compañía.

"Habíase vestido Tomás de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose a lo de Dios es Cristo, como se suele decir". Si el vestido estudiantil había remplazado al campesino, el joven Rodaja pronto hará "figura de bravo" y su comportamiento, como el de su camarada Diego de Valdivia, se transforma en pura *bizarría* soldadesca. Hoy, tal vez hablaríamos de *chulería*: la *bizarría* es una disposición atrevida y arrogante, que combina el semblante orgulloso del soldado con una gestualidad estudiada, *sprezzata*. Es una

manera de hablar que abusa de los expletivos y de los "voto a Dios" con que tantos escritores de la época caricaturizaban al soldado fanfarrón. Una gestualidad hipermasculinizada e hiperbólica que tiene mucho de lo que Pierre Bourdieu llamó *hexis corporal*, "un patrón de posturas que es al mismo tiempo individual y sistemático, social, porque vincula todo un sistema de técnicas del cuerpo y de herramientas, y está cargado de significados y valores sociales". La bizarría, cómo código social, da sentido a algunas de las prácticas que puntuaban el día a día de los soldados que no estaban en combate, desde el juego al duelo, el *hablar soldado* de las blasfemias y las provocaciones y su relación con la prostitución durante y después de su servicio militar.

Años después de que Tomás Rodaja se vistiera de papagayo, Santiago de Tesillo, veterano soldado colonial de la inacabable Guerra del Arauco, advertía a los bisoños de Chile de que no se apresuraran para hacerse *pláticos*, "pues piensan que no hay más que entrar a ser soldados y serlo desde luego. Suena la caja, concurren, asientan plaza, sueltan la capa y mudan el paso, galantean y desgarran, sin presumir por necesaria otra circunstancia". El *galanteo* y el *desgarro*, el ángulo de esa capa, ese posar cada paso en su sitio: es difícil definir la bizarría, pero es muy fácil reconocerla. La bizarría tiene algo —tal vez se comprenda mejor mirando a nuestro presente— de ese código autodefensivo que Ta-Nehisi Coates advertía en los chavales de West Baltimore, ese "catálogo de conductas y vestidos alistados para hacer creer que esos chicos estaban en firme posesión de todo lo que deseaban".

Lo que para los hombres de la milicia era bizarría, para los civiles era sobre todo soberbia y agresividad. Y el origen de muchos de los conflictos y desencuentros que el viaje, el forrajeo o el alojamiento causaban en los pueblos por donde pasaban los ejércitos. Aunque había cierta medida de fascinación, cierta atracción por el terror que inspiraban en

otros, los soldados eran estigmatizados por sus compatriotas civiles, en particular los campesinos, que tenían que soportar los abusos. Algunos humanistas y religiosos retrataban a los soldados como sociópatas rapaces, sedientos de sangre, algo que, sin duda, tenía cierta base en la realidad. La hostilidad de Erasmo, por ejemplo, era proverbial, si bien en absoluto única. "Si quieres ver lo maldita que es la guerra, échale un ojo a los hombres que la hacen", decía en su *Querela pacis* (1517). La irónica caracterización de Maquiavelo en 1521 es memorable: soldado es aquel "que quiere aterrorizar a otros hombres con su barba y con sus blasfemias". El florentino escribió el *Arte della guerra*, sin embargo, para argumentar en contra de aquellos que decían que "no hay cosas más desconcertadas entre sí, más desemejantes, que la vida civil y la vida militar". La idea de que ambos mundos estaban en relación de frontal antagonismo persistió durante el periodo, aunque la relación entre las esferas civil y militar de la sociedad fue en realidad mucho más completa. El odio popular por las tropas abusivas, junto con el discurso moral y humanístico contra la guerra y la soldadesca, contribuyeron sin embargo a fortalecer los vínculos entre aquellos que seguían la milicia.

Los soldados también eran un problema para el poder civil. Los avisos de Francisco de Ariño, por ejemplo, dan noticia de todo tipo de tensiones entre las autoridades de Sevilla y los soldados que temporalmente pasaban por el Arenal. En julio de 1593, "Joan García, soldado de los galeones, mató al Gordillo, corchete de Triana, habiéndole herido muchas veces de muerte. Y decía que no podía morir si no es por la planta del pie, de la cual herida murió". Cuando la justicia vino en busca de Juan García y sus secuaces, "fue tanta la resistencia que fue menester tocar a rebato en la Señora Santa Ana, y le mataron un lacayo y acudió toda la justicia de Sevilla y el marqués de Peñafiel y no los prendieron hasta que su general los entregó y lo

ahorcaron en el pasaje de Sevilla”. Los desertores a veces buscaban refugio en la muchedumbre urbana, no siempre con éxito: “en 3 de mayo de 1597 años —dice Ariño—, sacaron a ahorcar a un soldado que se huyó del puesto de las compañías y no le pudo valer toda Sevilla que tuvo de ruego. Y lo ahorcaron enfrente del pasaje, y lo trujeron a pie vestido de luto, con un rótulo a las espaldas que decía ‘porque quebrantó el bando’, con dos atambores destemplados también”.



Soldados equipándose (ca. 1630-1640), óleo sobre lienzo de Jacob Duck (ca. 1600-1667), Minneapolis Institute of Art. "Dígame el señor soldado, amigo de hacer rancho solo, si enferma en campaña, lejos de nuestras plazas [...], quién le ayudará, quién le llevará las armas y quién, si es menester, le llevará a cuestas", pregunta Francisco Dávila Orejón Gastón en *Política y mecánica militar para sargento mayor de tercio* (1669). La experiencia demostró que, sin duda, los soldados tenían muchas más opciones de supervivencia si hacían vida común que en solitario.

De España a Flandes

Algunos especialistas han sugerido que la acción de *El licenciado Vidriera* tiene lugar en 1567, cuando Felipe II ordenó la primera movilización masiva de tropas para enviar a los Países Bajos. Tomás Rodaja, tras un periodo formativo y solitario en Italia, se reencuentra con su amigo Valdivia como parte de esos 10.000 soldados españoles que recorrieron por primera vez el Camino Español al mando del duque de Alba en el verano de 1567. Ese mismo año, Baltasar de Vargas, que era soldado en el tercio viejo de Nápoles, se unió al ejército de Alba. Una vez llegado a Flandes, "en esta ociosidad del presidio", nos dice, escribió una *Breve relación en octava rima de la jornada que ha hecho el ilustrísimo y excelentísimo señor Duque de Alba desde España hasta los estados de Flandes* (Amberes: Amato Tabemerio, 1568), que narra la vida diaria de los soldados del camino durante el primero y más legendario de sus viajes. Se trata de una especie de épica pacífica en la que lo que se narran son las operaciones de alojamiento, avituallamiento, transporte y protección del tren en marcha del ejército. Se nos cuentan las negociaciones con los señores locales por los que pasa el duque con sus hombres, el despacho de los mensajeros, las prevenciones de los secretarios y veedores, la distribución de los pagos entre la tropa, el transporte de la artillería a través de los Alpes. El texto de Vargas proporciona al lector actual una visión tal vez más realista, más a ras de suelo, de la guerra altomoderna, que no siempre, paradójicamente, ocurría en los campos de batalla:

Aquel que de su casa no ha salido

ni de hechos de guerra sabe cosa

como deste camino nunca ha oído

recuentro ni batalla sanguinosa,

dirá que no ha de ser engrandecido,

porque no entiende cuánto es más gloriosa

victoria la sin sangre, ciertamente,

que no donde se pierde mucha gente.



El ommegang de Bruselas del 31 de mayo de 1615 con el triunfo de la archiduguesa Isabel (Denis van Alsloot, 1616), Victoria and Albert Museum, Londres. La existencia de los soldados españoles en Flandes constituía una verdadera batalla entre don Carnal y doña Cuaresma, de las marchas agotadoras y el frío y el hambre en las trincheras a las *kermeses* y los pomposos carnavales como el que aquí vemos, el célebre *ommegang* de Bruselas, que alcanzó su esplendor bajo el gobierno de los archiduques Alberto e Isabel.

La prudencia proverbial de Alba, que evitaba por todos los medios la batalla a menos que hubiera seguridad absoluta de la victoria, parece que se filtra hacia sus tropas de a pie. El lector civil que se aproxima al texto de Alba esperaría sangrientos encuentros, homéricas batallas; pero como comentaban la mayoría de los observadores, el combate es apenas una parte de la guerra moderna.

La novela ejemplar cuenta también el tour del protagonista por las magníficas ciudades de los Estados de los Habsburgo en el norte de Europa, pero Rodaja abandona

la vida militar poco antes de que estallen las primeras hostilidades de una guerra que habrá de durar ochenta años. Cuando Rodaja vuelve a España para completar sus estudios, el joven soldado no ha participado en ningún combate y sin embargo tiene amplia experiencia militar. La cara oscura de la vida militar, esas miserias "que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della" pueden tener algo que ver con el peculiar tipo de locura que Tomás Rodaja, ya convertido en Licenciado Vidriera, sufrió después de ingerir la poción amorosa morisca, envuelta en un membrillo toledano, que le da una prostituta a la que rechaza. El cuerpo de vidrio del loco sabio nos habla de la transparencia cínica de la sátira social cervantina, pero también significa el miedo cotidiano de los soldados por su integridad física, su radical vulnerabilidad, incluso cuando no están en el frente con la pica o el arcabuz.

Uno de los testimonios más vividos del día a día de los soldados de Flandes lo proporcionan los textos del poeta soldado Andrés Rey de Artieda. Nacido en Valencia, en una mediana familia de notarios, a finales de la década de 1540, Rey de Artieda pertenece a un estrato social ligeramente superior a la media de los reclutas. Como Tomás Rodaja, pisó las aulas antes de participar en todas las campañas mediterráneas de 1570-1580 que enfrentaron a los Habsburgo con los otomanos. También sirvió en Italia y en Flandes durante un total de 47 años que le valieron el puesto de capitán de infantería.

Fruto del ocio que proporcionaba el acuartelamiento, sus *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*, su *nom de plume*, publicados el mismo año que la primera parte del *Quijote*, aportan escenas memorables de la vida soldadesca. En ocasiones, de hecho, sus textos ofrecen una auténtica visión panorámica de la vida en el campo. Como en la siguiente "Carta a un amigo dándole cuenta de las cosas de

Flandes", que dice escribir desde un alojamiento entre Ypres y Dixmuda:

De vino, pan y lo demás abunda.
es cosa ver soldados, vivanderos,
mozos, bagaje, grita y barabúnda.
Quién en la lucha prueba sus aceros,
quién con la barra a muchos se aventaja,
quién deja atrás los sueltos y ligeros.
Quién hace casas de fajina y paja,
quién tañe dulcemente una guitarra,
quién para más a diez y quién baraja.
Quién va tras una picara bizarra,
menospreciando el rústico ejercicio
de correr o tirar mejor la barra.
Destas señoras que se dan al vicio,
doña Maricopete es la más linda
y de mayor ingenio y artificio...
De otras dueñas de honor, decir pudiera,
que con dones prestados y postizos
siguen la caja, pífano y bandera.
Y con sus arandelas y sus rizos,
de nuestro prolongado alojamiento
ocupan muchos tálamos pajizos.



Sala de guardia con la liberación de san Pedro (ca. 1645-1647), óleo sobre lienzo de David Teniers el Joven (1610-1690). Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Esta obra alegórica, fusión de pintura de género y pintura religiosa, muestra un grupo de soldados sumidos en diversas actividades de ocio en sus horas muertas —el juego de los dados, fumar—, que les impiden percatarse de la huida de san Pedro. Es bien conocida la afición de la soldadesca española por los naipes, una fuente de problemas que las autoridades trataron de atajar sin éxito.

Rey de Artieda retrata en versos como estos el fluir cotidiano de la vida en campaña para la infantería de los Austrias. Si bien literaturizada, el paso de los tercetos nos da una idea del ritmo de la vida soldadesca entre batalla y batalla. Los proveedores o vivanderos que hacían negocio con estas ciudades en movimiento, cargadas de bagaje. Los mozos que, desde Alonso de Contreras a Estebanillo González, protagonizarán tantos relatos picaresco-militares. Un paisaje sonoro henchido de gritos, jaleo y rasgueados de guitarra. Aquellos que dedican el tiempo libre a actividades

físicas como la lucha o el *tirar la barra*, y aquellos que apuestan (*paran*) a las cartas lo escaso de su salario. Algunos adecentan su alojamiento con fajina —que también servía para cebar los parapetos con los que se protegían en el combate— y otros duermen sobre "tálamos pajizos" con las prostitutas que todo ejército llevaba consigo. El mismo Rey de Artieda dedicó varios sonetos a idealizar cínicamente la explotación sexual de las mujeres prostituidas, convertida por los códigos líricos de la época en amores prostibularios.

Además de visiones panorámicas, a veces Rey de Artieda enfoca una escena concreta con su poética lente de aumento. Veamos, por ejemplo, su soneto "A una comida de soldados, sobre la elección de cabo de escuadra". En este caso, la escena transcurre en Italia:

El Capitán Rodríguez de Arrieta,
no sé si por sobornos o reales,
ha dado al primo hermano de Morales,
la escuadra y piensa darle la jineta.
Y así Diego Simón de la Goleta,
Cambrana y otros cuatro caporales,
derribamos cuartaras y bocales
en la plaza del muelle de Barleta.
Brindome Pero Gil catorce veces
y queriendo rendirme Gil García,
le dijo, no saldrás con lo que ofreces.
Y así fue tan reñida la porfía
que desde la ensalada hasta las nuezes
de brindez a caraus se nos fue el día.

La escena es de una viveza inigualable: la camarada se acaba de enterar del ascenso de un compañero a cabo de escuadra o caporal y lo celebra en el muelle de una pequeña ciudad del reino de Nápoles, Barleta. Algunos de soldados que aparecen fugazmente en la viñeta de Rey de Artieda están dotados de una biografía mínima: Diego Simón será de la Goleta porque seguramente participó en la toma o la defensa de esa fuerza norteafricana en el 73 o el 74, mientras que la referencia al primo hermano de Morales, que se ve ya hecho alférez (la *jineta*), nos habla del papel de las redes familiares en el alistamiento y la organización de las compañías. La corrupción está normalizada ("por sobornos o reales") en la gestión de las unidades y en la imaginación soldadesca de la época. Pero Gil y Gil García, Morales, Cambrana: entre estos nombres plebeyos podía contarse el de Tomás Rodaja en su etapa italiana. Dos palabras de origen germánico (*brindez, caraus*) sirven para verbalizar el tipo de intensa socialización que se da en tomo a los jarros (*bocales*) de vino, la ensalada y las nueces.

Las ordenanzas y autoridades militares regulaban la cantidad de vino o cerveza que podían beber los soldados. Este tipo de bandos no tenían tanto que ver con una preocupación moral por la templanza de los reclutas, o por los efectos del alcohol sobre su eficacia profesional, cuanto con el tipo de discurso al que podía dar lugar la intoxicación. Cuando se pasaban, los soldados daban en pronunciar "palabras escandalosas, de las cuales puede causarse tumulto o motín". Por el beber intemperado, según los bandos de Sancho de Londoño, "vienen los hombres a convertirse en fieras y con el calor osan decir palabras bastantes a motines y a nuevas sectas y opiniones". Otros capítulos del presente libro ofrecerán análisis detallados de los motines y su centralidad en la cultura política y profesional de los soldados de la Edad Moderna. Hablemos

aquí mínimamente, por tanto, del papel que pueden haber tenido las "nuevas sectas y opiniones" en la vida espiritual de los soldados comunes.

La heterodoxia religiosa no debió de haber sido infrecuente entre los soldados de la Monarquía católica. Las ciudades y las trincheras de Flandes, donde confraternizaron con soldados pertenecientes a diferentes adscripciones de la fe reformada, eran hervideros de ideas y debates espirituales. A pesar del retrato, muy ideologizado, que a menudo se ha hecho de los soldados del rey, parece difícil creer que no hubiera dudas y quebrantos en la fe católica de los españoles. Una historia típica puede haber sido la de Juan de Medina, de quien sabemos gracias al proceso inquisitorial al que fue sometido:

> De edad de siete años, que sabía leer y comenzaba a escribir, e fue con una compañía de soldados a Flandes, pasando derecho por Italia y en Lovaina, de los Estados de Flandes, un fraile francisco le acabó de enseñar a escribir y en aquellos estados residió diez o doce años, siendo soldado en las guerras y campañas del duque de Alba, y pasados se volvió a España y sin parar a ella pasó a esta Nueva España y se embarcó en ella habrá diez o doce años; y luego se fue derecho a Zacatecas y en la Nueva Vizcaya y Galicia ha sido soldado hasta que, habiéndose acabado la guerra de los indios, se vino por acá y habrá cinco meses que anda en esta ciudad, trayendo leña con unas mulillas ajenas de un labrador de los Altos.

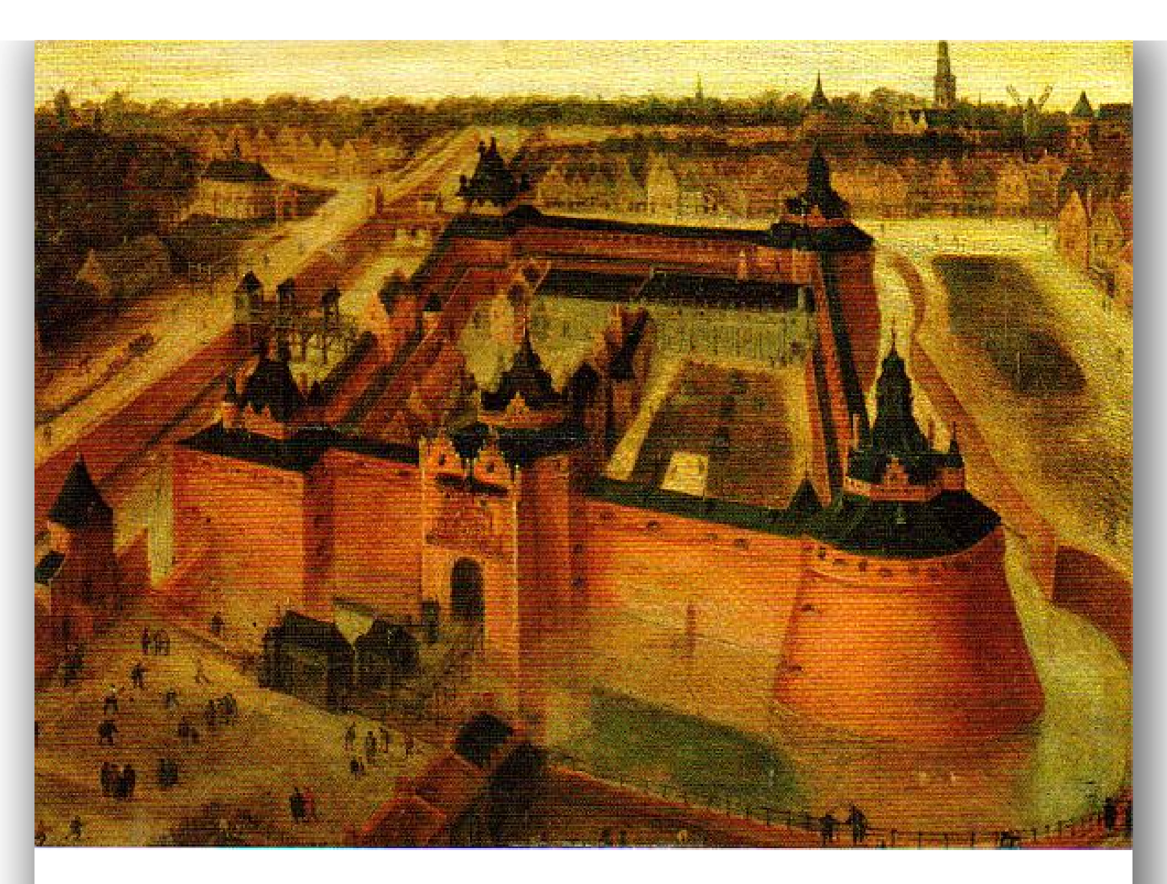
Nacido en 1554 en una familia de hidalgos pobres, Medina migró ilegalmente a las Indias en 1580 tras una vida de servicio militar en el frente más caliente del imperio. Un flamenco al que decían "Jacques de Rosas" le enseñó magia y le dio "un libro pequeño de molde en que estaba pintado en la hoja del libro una mano y en cada raya de la tal mano como digamos la raya vital y otras así una letra de las del

abecé y luego escrita la significación de cada raya y de cada cosa en particular". La vida de este soldado terminó de manera similar a la del alférez Catalina de Erauso: después de años de servicio militar ambos terminaron sus días gloriosamente trabajando como arrieros por los caminos de Nueva España. Quizá la recompensa más importante para estos soldados fue precisamente escapar con vida de su heterodoxia religiosa, en un caso, y sexogenérica, en otro.

Algunos soldados persistieron y trajeron de vuelta a España algunas de las ideas aprendidas en las plazas, trincheras y templos del norte de Europa o en un Mediterráneo mayoritariamente islámico. El 15 de julio de 1655, cuenta Barrionuevo en sus *Avisos*, "arcabucearon en Cádiz a un soldado por haber renegado y no haberse reconciliado a la fe, sino estarse así como una bestia, ni buen moro ni buen cristiano, y remitió otro al Santo Oficio". El soldado profeta, Miguel de Piedrola, sufrió también persecución política e inquisitorial por sus palabras heterodoxas. Y otro soldado de Flandes, Cristóbal Rodríguez Alva, incluía reflexiones dudosas acerca de la predestinación en un poema en tomo a la guerra que tiene tachadas algunas de sus páginas.

Sabemos poco de la vida espiritual de los soldados del Antiguo Régimen, como sabemos relativamente poco de su vida familiar y afectiva. Un oficial alemán dijo en 1615 que "al reclutar un regimiento de soldados alemanes, no solo se adquieren 3.000 soldados; junto a ellos vendrán 4.000 mujeres y niños". Las familias formaban parte del campo, que a menudo incluía un menor número de soldados que de personas no combatientes —hombres y mujeres— como parte de su fuerza laboral. Tampoco era infrecuente que los soldados se casaran con mujeres locales. En guerras prolongadas, como la de los Ochenta Años, el matrimonio entre españoles y neerlandesas fue una práctica relativamente común, como muestra Parker.

A pesar de ello, la homosociabilidad de la vida militar marcaba en buena medida los espacios y las prácticas de la guerra. La intensa afectividad de los hermanos de armas o la amistad de los camaradas eran formas de relación que puntuaban el día a día de los soldados. A pesar de estar severamente castigadas, las relaciones sexoafectivas entre hombres también debieron de ser frecuentes. Tanto Andrés Rey de Artieda como Cristóbal Rodríguez Alva, a quienes ya hemos mencionado, escribieron textos abiertamente homoeróticos. Se han documentado algunos ejemplos de intimidad soldadesca en las galeras del Mediterráneo, la flota de Indias y las plazas de Italia. El jesuita Pedro de León reporta el trágico fin de dos soldados sevillanos: "Francisco de Zárate y Mateo de Salvatierra a 14 de febrero [de 1579] fueron quemados por tocamientos deshonestos que entre sí tuvieron estando acostados juntos en una cama. Oyéronlos, que estaban retozando el uno con el otro y hablando palabras deshonestas y palpándose. Estos dos eran mozuelos de hasta diecisiete años y venían en una compañía de soldados, y su capitán, con su asesor, los condenó a quemar". En el siglo XVIII, algunos soldados que se prostituían en las calles de Madrid fueron castigados con severidad semejante.



Vista de pájaro de la fortaleza de Vredenburg, en Utrecht (ca. 1550-1599), óleo sobre lienzo anónimo, Rijksmuseum, Ámsterdam. La vida de los soldados destinados a la guarnición de plazas fuertes era muy distinta de la de aquellos que integraban el ejército de campaña; más tranquila, pero más tediosa. Cuando el enemigo se presentaba a las puertas, sin embargo, el giro podía ser drástico. Es lo que les sucedió a los cien hombres al mando del capitán Francisco de Ávila, muchos de ellos demasiado viejos para seguir en campaña, cuando el Ejército de los Estados Generales los sitió en la fortaleza que aquí vemos.

"Los que moriendo vivimos"

El reingreso de los veteranos a la vida civil no era fácil. Después de recobrar la cordura, "el licenciado Rueda" naufraga en su intento de vivir de las letras en el Madrid de los Austrias, donde sus empeños como lúcido abogado no recabaron tanta atención como sus agudas observaciones de lunático. Su fracaso profesional con la pluma lo lleva de

nuevo a tomar la espada y volver a Flandes, donde acabará encontrándose con su viejo camarada, el capitán Diego de Valdivia: "perdía mucho y no ganaba cosa; y, viéndose morir de hambre, determinó de dejar la Corte y volverse a Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podía valer de las de su ingenio". Allí caerá, "dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado". El fracaso de Tomás en su intento de retomar a la sociedad después de su periodo de locura y marginalidad ha sido leído como un rechazo del intelectual, pero podría también ser entendido en relación con las dificultades de los veteranos licenciados, como el propio Cervantes, en su retomo a la vida civil tras los años de vagabundeo militar.

Muchos jóvenes del común en la España moderna tuvieron trayectorias similares a la del ficcional Tomás Rodaja y recorrieron los caminos entre las armas y las letras, la corte y el campo de batalla, la vida y la muerte. Para los soldados, la muerte estaba siempre a la vuelta de la esquina, como el propio Cervantes advierte en la misma novela —"aquella vida, que tan cerca tiene la muerte"—. La Guerra de los Ochenta Años en los Países Bajos tuvo altísimos índices de mortandad; un gran número de soldados y civiles pereció durante los primeros años del conflicto. Entre ellos, miles de jóvenes españoles murieron luchando en las frías trincheras de Flandes. Y la presencia ominosa de la muerte, de acuerdo con el soldado y poeta Juan Rufo en 1596, parece haber sido uno de los factores clave en el establecimiento de fuertes vínculos de solidaridad y amistad soldadesca. En una conversación, presumiblemente entre soldados,

> tratábase de cuán estragadas y respectivas amistades son las de los cortesanos y cuán verdaderas y en su punto se hallan entre los que profesan la guerra. Para lo cual dijo que había cuatro causas: la una, el renacer en los peligros y quedar entre los partícipes dellos un virtuoso principio de hermandad; la

otra, porque cada uno, como testigo del valor de sus compañeros, los ama y estima por él; la tercera, porque cada soldado es recíprocamente padrino y ahijado del otro; y la última, porque los que han sufrido los trabajos y peligros militares, sólo con verse después se dan alegres parabienes.



Soldados en un vivac (siglo XVII), óleo sobre lienzo de Pieter Snayers (1592-1667), Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Las marchas incesantes formaban parte de la dura vida de los soldados, uno de los cuales, Diego Núñez Alba, las describió con viveza en 1552: "el miserable soldado, viniendo cansado de haber caminado todo el día a pie y armado, unas veces cociéndose con el hervor del sol en el verano, otras el lodo hasta la rodilla con tas nieves, vientos, y aguas del invierno, no halla otro albergue sino el de una sencilla tela, de que cada día es menester que haga y deshaga su casa".

La amistad y la solidaridad corporativa entre "los que moriendo vivimos", como dijo Bartolomé Torres Naharro (que seguramente fue también soldado), perduraba incluso más allá de la muerte. Algunos de los que habrían sido camaradas

de Tomás en la guerra de Flandes dejaron de ello evidencia documental en forma de testamento. Después de que se asentaron las cuentas del motín de Dunkerque, los contadores del Ejército usaron algunas de las últimas voluntades de los soldados para cuadrar las cuentas de lo negociado entre los huelguistas amotinados y las autoridades políticas y militares. Los soldados a menudo nombraban a camaradas como albaceas. Domingo Hernández, por ejemplo, se lo pidió a "sus camaradas Francisco Xuárez y Hernando de Guevara, soldados en mi compañía". Tampoco era infrecuente entre los soldados solteros legar a compañeros de unidad sus pagas atrasadas, como hizo el portugués Pedro Hernández con su camarada castellano Bartolomé González, ambos miembros de la misma compañía y hermanos en el motín. Los soldados que sabían leer y escribir, o simplemente firmar, lo hacían por sus amigos. Como hizo Ginés de Escames: "Porque yo no sé escribir rogué al dicho Juan Ramírez, testigo, que lo firmase por mi mano". Al lecho de muerte del soldado Luis Gómez, por su parte, asistieron como testigos ocho de sus hermanos de armas. Estas formas institucionalizadas de amistad convertían a los soldados en "padrinos y ahijados".

Las vidas de los soldados se trenzan más allá de la muerte. El día a día del campo y la trinchera, la guerra y la paz, era también un poderoso agregador social. En su *Licenciado Vidriera*, Cervantes también rindió homenaje a la contrapartida ficcional de muchos de los hombres históricos junto a los que él combatió. De Rodaja dejó dicho que murió valientemente, peleando como soldado. Pero no siempre era así; no siempre se moría heroicamente y no siempre era posible dejar memoria escrita de los que vivieron muriendo —y matando—. Las más de las veces, como advertía don Quijote, en su momento de mayor cordura, al joven recluta que iba a la guerra, "todo es morir y acabóse la obra". El vivir

día a día de los soldados estaba fatalmente marcado por la posibilidad cierta de morir uno cualquiera. ■

3

Ascensos y recompensas en el oficio de las armas

Raymond Fagel



JULIÁN ROMERO, 1575. El célebre maestre de campo del Tercio de Sicilia sufrió numerosas heridas a lo largo de su carrera. Perdió una pierna en la batalla de San Quintín (1557), un brazo en la encamisada de Saint-Symphorien, durante el asedio de Mons (1572), y un ojo en el sitio de Haarlem (1572). Con razón escribió a Felipe II, en 1573: "faltándome ya las piernas y

los brazos y ojos, demandé licencia al duque de Alba para llegarme a mi casa" Requesens, sin embargo, lo retuvo a su lado, pues necesitaba comandantes experimentados. Romero viste armadura ligera y lleva una prótesis de pierna que le permite seguir liderando en combate a sus hombres.

En la edición de 2004 de su libro sobre el *Camino Español*, Geoffrey Parker hizo mención a un pequeño grupo de "oficiales con décadas de experiencia, pero sin tener derecho al título honorífico de don, y todos ellos gobernando independientemente sus ejércitos durante las guerras de Flandes a finales del siglo XVI". Los cinco comandantes dignos de mención según el historiador británico son Sancho Dávila, Cristóbal de Mondragón, Julián Romero, Francisco de Valdés y Francisco Verdugo. Estos cinco militares estuvieron presentes en muchas hazañas bélicas en Flandes: Sancho Dávila es celebrado por ser el vencedor de la batalla de Mook (1574), pero a su vez el máximo responsable de la Furia Española de Amberes (1576); Mondragón pasó a Zelanda con sus tropas por vados en varias ocasiones, tuvo que rendir Middelburg a los rebeldes (1574), pero ganó la villa de Zierikzee (1576); Valdés fracasó en el asedio de Leiden (1574), mientras que Verdugo participó en el asedio de Haarlem y fue finalmente expulsado de su puesto de gobierno en Groninga y Frisia en 1594.

Aparte de Valdés, estos comandantes han sido tratados en sus respectivas biografías, incluso en varias de ellas, como es el caso de Sancho Dávila y Julián Romero. Mención especial merecen la magnífica biografía de Antonio de Marichalar sobre Julián Romero, de 1952, e igualmente la muy completa biografía de Mondragón de 1905 por Ángel Salcedo Ruiz, así como la perfectamente documentada de Sancho Dávila por Gonzalo Martín García de 2010. Los *Comentarios* de Verdugo fueron traducidos al neerlandés en 2009 y el tratado militar de Valdés fue reeditado en 1989 por el Ministerio de Defensa. Dejando de nuevo a Francisco de Valdés de lado, los otros cuatro fueron recientemente glorificados en los dos tomos de *El ocaso de los héroes* de

Fernando Martínez Laínez, entre 2013 y 2015, así que forman parte del canon actual de los grandes héroes militares de la historia de España.

Todos ellos, menos Verdugo, forman parte de una monografía en inglés que estoy preparando, basándome en las historias que se han escrito sobre ellos tanto en Flandes como en España, y en sus propias cartas, en su mayoría conservadas en los archivos españoles. Seguimos en este ensayo la trayectoria de Sancho Dávila, Cristóbal de Mondragón, Francisco de Valdés y Julián Romero, enfocándonos a una parte esencial de sus actividades que, generalmente, no recibe mucha atención: la recompensa de sus hazañas. Por supuesto que lucharon por Dios, la patria y el rey, no lo quiero poner en duda, pero también necesitaban con qué comer, como lo expresó Mondragón en 1573: "si vuestra merced será servido que coma, mande me enviar de qué".

El hecho de que no procedieran de familias nobles o adineradas hizo en sus casos que la petición de recompensas extraordinarias, aparte de sueldos y ventajas, como describe René Quatrefages, fuera incluso más importante. Comparado con otros ejércitos de la época moderna, era bastante normal en el Ejército español del siglo XVI ascender de soldado a capitán, e incluso hasta maestre de campo. En la época, la nobleza neerlandesa y los panfletos propagandísticos de los rebeldes se dedicaron a hacer hincapié en esta situación extraordinaria, llamándoles lacayo (en el caso de Valdés) o tambor (Sancho Dávila). La nobleza neerlandesa odiaba ser mandada por viles españoles. Este énfasis en las recompensas extraordinarias nos muestra un lado quizá menos heroico de estos militares, pero permite acercarnos más a sus personas.

Los inicios de la carrera militar

El inicio de la carrera militar suele pasar generalmente inadvertido y es a posterior! que los comandantes y sus historiadores (y literatos) escriben sobre los primeros años de su vida militar. En el caso de Julián Romero se ha dicho que participó en el ataque a Túnez en 1535 con solo unos quince años, pero no existen pruebas documentales. Lo más probable es que después residiera en los presidios de Italia y que participara en las guerras en Alemania, pero no hay pruebas hasta su estancia en Inglaterra en 1545 como mercenario al servicio de Enrique VIII. Del rey inglés recibió una pensión de por vida, que tan solo se pagó algunas veces. De vuelta al servicio de los Habsburgo, después de unos años en una cárcel francesa, participó en 1557 en el famoso asedio de San Quintín.

Sancho Dávila nació en 1523 y se preparaba al principio para una carrera eclesiástica, al menos, según la primera biografía escrita en 1713 por un descendiente suyo. Al final, se decidió no obstante por las armas. Su gran protector fue el duque de Alba, al igual que en el caso de Cristóbal de Mondragón y Francisco de Valdés. Sobre Sancho existen historias sobre su presencia en Mühlberg en 1547 y en Inglaterra con el futuro rey Felipe II, pero sin documentación fiable. La primera noticia confirmada por el momento data de 1559, cuando se dice que estaba activo como capitán de infantería del Tercio de Lombardía desde hacía cinco años.

Cristóbal de Mondragón nació alrededor de 1514 y murió en Amberes el 4 de enero de 1596. Según varias historias, entró en el Ejército en el año 1532. En un memorial suyo dice haber estado presente en el ataque a Túnez en 1535. Al igual que Sancho Dávila, probablemente pasó un tiempo en Italia antes de pasar al norte. En 1544 le encontramos en Saint-Dizier, herido después del ataque a la ciudad. En 1546-1547 participó en las guerras en Alemania y en 1546 ya era alférez de los tercios. En 1552 era capitán de sus propios cien hombres a caballo. En 1557 fue tomado prisionero por

los franceses en la conquista de Lens y es por ello que no participó en la batalla de San Quintín el 10 de agosto de 1557. En octubre del mismo año le encontramos de nuevo en activo, pero ahora como capitán de infantería valona. En 1559-1560 recibió su recompensa: una renta anual y el gobierno de la fortaleza de Damvillers en el ducado de Luxemburgo.

De Francisco de Valdés sabemos mucho menos, puesto que no hay estudios sobre su carrera militar. En una carta de 1575 explica que ya llevaba treinta y ocho años en el Ejército y que veinte años antes había luchado en la jornada de Siena como capitán de infantería y comisario general de la gente de armas y caballería ligera. Francisco había nacido alrededor de 1518 y debió de alistarse entonces, alrededor de los veinte años de edad, demasiado tarde para haber estado en la jornada de Túnez. A partir de 1553-1554 le encontramos en Italia y desde 1558 en el tercio de Sancho de Londoño.

Castellanías en Italia y Flandes

Conceder el gobierno de una plaza fuerte o de una ciudadela en Italia o en Flandes era una de las mejores maneras de compensar a un militar por encima de su sueldo de capitán y los cuatro fueron gobernadores en algún momento de su carrera. En el caso de Francisco de Valdés sabemos que fue tan solo gobernador de la villa de Deventer durante un breve periodo y que en junio de 1580, pocos meses antes de su muerte, fue nombrado gobernador de Piombino, en la Toscana.





Cristóbal de Mondragón y *Francisco de Valdés* (1614), grabados de Simeón Ruytinck (¿7-1621) para la *Historien der Nederlanden, en haar naburen oorlogen tot het iaar 1612* de Emanuel van Meteren (1535-1612), Peace Palace Library, La Haya. En la tradición neerlandesa, Mondragón y Valdés encarnan percepciones diferentes acerca de los oficiales y soldados españoles en Flandes. En contraste con Romero, Dávila y Valdés, Mondragón que no participó en saqueos y tenía raíces en el país, aparece con una imagen positiva en las crónicas de los historiadores neerlandeses de la época, como el célebre Van Meteren.

Julián Romero ha tenido una larga vinculación con las castellanías, puesto que, en 1559, ya desempeñó brevemente el cargo de gobernador de Damvillers. No obstante, a Julián nunca le dejaron mucho tiempo en el mismo lugar. A partir de 1569, el duque de Alba le quiso ofrecer la fortaleza de Hesdin, pero no consiguió echar al neerlandés que estaba ocupando el puesto. Posteriormente, también se lo cotejó como sustituto de Sancho Dávila en la fortaleza de Amberes, pero de nuevo sin resultado. Julián se había casado en 1564 con una rica heredera de Madrid y ella

nunca quiso juntarse con Julián sin que él tuviera una residencia fija. Y este era, justamente, el gran problema en la vida de Julián: todos le querían utilizar en la guerra y por ello nunca recibió una función tranquila como gobernador de una fortaleza por mucho tiempo, aunque tampoco sabemos si le hubiera gustado una vida tranquila y pacífica de ese género.

Fue tan solo en 1577, al salir las tropas españolas de Flandes, cuando el deseo de Julián pareció obtener resultado. El rey ofreció Alessandria a Sancho Dávila y Cremona a Julián, y si Sancho no quería, aquel recibiría Alessandria y Cremona se le daría a Cristóbal de Mondragón. Pero Julián no quiso aceptar sin primero hablar con su mujer. El gobernador de Milán se quejaba del comportamiento de ambos, si bien "a los soldados que cumpliendo con el pelear se les puede pasar que falten de la cortesanía". Aunque Julián al final llegó a aceptar, murió al poco tiempo, al igual que Valdés.

A diferencia de Julián, Sancho ya tuvo éxito con las ciudadelas desde una fase muy temprana de su carrera. El mismo Sancho se quejó en 1578 de que él siempre se veía obligado a tener una residencia fija, mientras que Julián tenía su sueldo de capitán desde 1558 sin la obligación de permanecer en la misma plaza. Creo que podemos afirmar que, a su vez, Romero debió de haber envidiado las castellanías de Sancho, muy seguidas y largas.

En 1562, Dávila fue nombrado gobernador de la importante fortaleza de Pavía, sin duda alguna, gracias al apoyo del duque de Alba. Probablemente en 1568 este le nombró gobernador del castillo en construcción de Amberes, aunque en 1574 todavía no había recibido los papeles oficiales. En 1571, el recién llegado duque de Medinaceli quiso echar a Sancho de su puesto, pero el duque de Alba se enfadó mucho: "Sancho descansó de sus trabajos y sudores y muy mucha sangre derramada". En 1574 Sancho se quejó de que ser gobernador del castillo de Amberes era un cargo

difícil por las acciones del gobierno de la ciudad y por la presencia de muchos herejes. Si el rey quería que continuase, “me ha de haçer mui buena merced de rrenta perpetua y crecerme el sueldo”. También propuso que le nombrasen gobernador del castillo de Milán.

Después del motín de Amberes en 1574, mucha gente culpaba a Sancho por la entrada de los amotinados en la ciudad. Por ello, era mejor que fuese utilizado en otra parte. Como posibles sustitutos se mencionaba a Mondragón y a Gaspar de Robles, “por ser ellos tan buenos soldados y tan aceptos á los de la tierra”. En 1577, Sancho se vio forzado a rendir el castillo de Amberes al duque de Aarschot, pero no fue capaz de entregarle las llaves en persona y dejó esta ardua tarea a su lugarteniente.

En 1560, Mondragón fue nombrado gobernador de la plaza de Damvillers, en Luxemburgo, en parte gracias a la intervención del duque de Alba desde España. En 1564 quiso ir a la corte para pedir al rey más recompensas por su trabajo y por ello pidió, en vano, una licencia para salir de su gobierno durante seis u ocho meses. Sin dejar esta responsabilidad, ejerció a partir de 1569 como gobernador de Deventer y coronel de valones. Más tarde, intentó ser nombrado gobernador de Tournai y también se lo mencionó como posible candidato para Mariembourg, Thionville y Utrecht. Esta última ciudad le daría más ingresos y el duque de Alba lo defendía “porque es de los soldados viejos que tienen conoscido el país”. Al final se quedó con Gante.

En 1574, Mondragón desempeñaba la función de gobernador de Zelanda y de la ciudad de Middelburg, en aquel entonces bajo asedio de los rebeldes. Ese año pidió permiso al rey para retirarse a su puesto del castillo de Gante, pero todavía no recibía los ingresos correspondientes porque la confirmación de su gobierno no había sido expedida, como pasaba también con Sancho Dávila en Amberes. Al final sí recibió la documentación adecuada.

Después de la toma de Amberes en 1585, Mondragón ejerció hasta su muerte en 1596 como gobernador del castillo de la ciudad. De los cuatro comandantes, Mondragón y Dávila desempeñaron durante mucho tiempo el puesto de castellanos, mientras que Valdés y Romero se dedicaron a viajar continuamente con las tropas.

Las órdenes militares

Julián Romero recibió toda una serie de recompensas a través de la Orden de Santiago, cada vez con un ingreso mayor. En 1558, seguramente en relación con su comportamiento en San Quintín, recibió Jerez de los Caballeros. En 1565, ya convertido en maestre de campo del Tercio de Sicilia, fue nombrado comendador de Mures y Benazuza, seguidos en 1571 por Peñausende. En 1574 se habló de cambiar de nuevo de encomienda, ahora a la de Paracuellos de Jarama, pero entonces la oferta no le satisfacía.

El rey podía apoyar una carrera militar ejemplar con nombramientos en una de las órdenes militares. No obstante, era bastante inusual que un hombre sin título nobiliario lo recibiera con tanta facilidad. Por ello se llegó a construir en el siglo XVII todo un mito de que Felipe II habría ofrecido un hábito a Julián sin pedirle las pruebas de ingreso sobre sus antepasados. Esta historia la encontramos, por ejemplo, en la obra de Luis Cabrera de Córdoba. José de Cañizares llegó a escribir una obra de teatro llamada *Ponerse avito sin pruebas, y guapo Julián Romero*. En el siglo XVII se quiso resaltar a figuras como Julián como militares ejemplares que ganaron su honor con la espada y que no dependieron de un título nobiliario para sus proezas y reconocimiento.

En el año de 1569, Alba intentó convencer al rey de ofrecer un hábito a Sancho e incluso llegó una carta

afirmativa de la corte, pero la situación era complicada. El Consejo de las Órdenes investigó sus antepasados y encontraron problemas con su tatarabuela. En 1578 todavía se discutía sobre el caso. El presidente de las órdenes dijo que "dar hábito a quien es confeso, y en persona tan conocida [...] es el cuchillo y acabamiento de las órdenes". Sancho continuó presionando al rey para que le diera un hábito: "no me puedo persuader que Su Magestad no sea poderoso de honrar á los que le sirven". En 1580, Fernando de Toledo, hijo natural del duque y amigo de Sancho, siguió presionando, pero sin éxito. En abril de 1583, Dávila todavía seguía pidiendo un hábito con una encomienda, "para gozalla en vida algún dia, y paresce sería ya tiempo, pues tengo cerca de sesenta años". Nunca recibió su hábito, pues murió el 8 de junio del mismo año. Al final, fue su nieto quien recibió un hábito de Alcántara, en parte gracias a las hazañas de su abuelo. Los tiempos habían cambiado.

Cristóbal de Mondragón tampoco pudo entrar en una orden militar, porque por parte de su madre se le acusaba de tener familia conversa. Cuando llegó a su villa de nacimiento, Medina del Campo, para recoger pruebas para su acceso, fue justo cuando se puso un sambenito de su posible antepasado en la Iglesia. También el camino más fácil de recompensa se vio bloqueado para este héroe de las tropas de Felipe II. Por fortuna, Mondragón ya estaba construyendo un pequeño imperio familiar en el sur de los Países Bajos. También en este caso, generaciones posteriores consiguieron limpiar la fama de la familia.

Botín de guerra y recompensa particular

Los militares también recibieron mercedes y otras recompensas después de grandes victorias, como Julián tras la conquista de Haarlem en 1573. El problema de este

tipo de recompensa es que muchas veces no se llegaron a pagar. La promesa real no se convertía directamente en moneda. Por ello, era mejor asegurarse una recompensa por sus propias manos. Después de la victoria en la batalla de Jemmingen en 1568, Julián volvió a Bruselas desde el norte de los Países Bajos con doscientas piezas de ganado. Sabemos que disfrutó también de pillajes como en el caso de la Furia Española de Amberes en 1576 y la de Malinas en 1572. No conocemos bien estos ingresos, pero pudieron haber sido muy importantes a la hora de acumular riquezas.

Después de la victoria de Mook, en 1574, Sancho recibió una renta anual de 2.000 florines de las confiscaciones de los bienes de los rebeldes. No obstante, en 1581 estaba todavía esperando el pago de la misma. Al final de sus días se quejó también de que nunca había recibido un buen rescate por un prisionero rico. Había capturado uno con un valor de 5.000 [¿escudos?] en la victoria de Dahlem en 1568, pero el duque de Alba le cortó la cabeza; y en Mook capturó a un alemán muy rico, pero Requesens se lo pidió como moneda de cambio para un noble español en manos de los rebeldes.

Por su parte, Mondragón pidió bienes confiscados en el sur de los Países Bajos en las cercanías de los territorios de su esposa. En 1572, Felipe II le prometió los bienes confiscados de otro rebelde por su victoria en el paso del vado cerca de Goes en el condado de Zelanda, aunque sabemos que en 1574 todavía no se le había pagado. El mejor momento para Francisco de Valdés llegó cuando el duque de Alba le ascendió a maestre de campo general sobre las tropas de todas las naciones alojadas desde Haarlem hasta Utrecht, lo que aumentó su sueldo por encima de los de comandantes con mucho más renombre como Julián Romero.



Vista de Amberes y su ciudadela (1572), grabado coloreado de Georg Braun (1541-1622) y Frans Hogenberg (1535-1590) para su *Civitates Orbis Terrarum*, Universitats bibliothek Heidelberg. La ciudadela de Amberes, que el duque de Alba mandó erigir en 1568 para controlar cualquier alteración que estallase en una ciudad con un elevado número de residentes protestantes, está ligada estrechamente al servicio de varios de los comandantes cuyas vidas traza este capítulo, en concreto de Sancho Dávila y Cristóbal de Mondragón, que fueron sus castellanos durante muchos años.

Después de la salida del duque de Alba hacia España a finales de 1573, muchos militares esperaban recibir ayuda en la corte para conseguir recompensas, o, en todo caso, los albistas Francisco de Valdés, Cristóbal de Mondragón y Sancho Dávila. Desafortunadamente, el duque cayó en desgracia y no pudo hacer nada por sus viejos soldados. Todos querían salir de los Países Bajos y consideraban a Alba su billete de salida. Nadie mejor que Mondragón expresó la situación al considerar al duque y a su secretario Albornoz

como “despertador de mi parte” en la corte real: “Poca esperanza me queda sy oviera muerto o sy muriesse mañana que Su Magestad se acordasse de mis servicios ny nadie, pues que no valen nada los hechos hasta la venida del señor Comendador Mayor [Requesens]”.

La herencia

Después de la muerte de Julián en 1577, se discutió su herencia en la corte. El secretario Mateo Vázquez informó al rey de que era necesario compensar a la viuda de Julián por todos los sueldos atrasados. Así, todos los soldados españoles que combatían por el mundo podrían ver que el rey honoraba a los herederos de los héroes. La esposa recibió un ingreso anual y a su hija se le otorgó una gran dote. Es por ello por lo que pudo contraer matrimonio con el noble don Alonso de Ávalos y Guzmán. Por desgracia, el matrimonio no tuvo hijos, lo que frenó la entrada de sus herederos directos en el seno de la nobleza española.

En 1569, Sancho contrajo matrimonio con la hija de un adinerado mercader español de Brujas y las celebraciones en Amberes fueron espectaculares. Lamentablemente, su esposa murió poco después del parto de su hijo Fernando. Alrededor de 1574, Sancho estaba ocupado con la herencia de su hijo y Requesens estimaba sus ingresos anuales entre 7.000 y 8.000 escudos. También estaba pensando en comprar una hacienda en Ávila y en 1577 adquirió por 18.000 ducados una hacienda en la dehesa de Villagarcía. Como maestre de campo del Ejército de Portugal, siguió intentando recibir recompensas en forma de un oficio y una hacienda en aquel reino. Sancho especificaba que no era para él, sino “para poder dejar por alguna memoria á mi hijo”. Después de sus quejas y peticiones, su hijo Fernando recibió una herencia de unos 60.000 ducados y sus

descendientes no solo recibieron hábitos, sino que todavía forman parte de la alta nobleza española.

Cristóbal de Mondragón ya era viudo y padre de una niña pequeña en 1564. Se había casado con una mujer noble de Douai e intentó convertir su pensión anual para el resto de su vida en una pensión hasta la muerte de su hija, para así asegurar sus ingresos. Más tarde, se casó de nuevo con una mujer noble del ducado de Lorena, propietaria de diversos señoríos en los Países Bajos. Mondragón era pues un español muy integrado en la élite de la región y vivió en la frontera con Alemania y Francia. Según un informante del cardenal Granvela, en 1574, Mondragón tenía un capital acumulado de unos 100.000 escudos para la dote de su hija. En 1576, las tropas de los Estados Generales atacaron el castillo de Gante, donde se encontraba madama Mondragón. Después de una larga defensa, los defensores se rindieron y con ello Mondragón perdió todo el tesoro que había acumulado en las arcas del castillo.



El socorro de Zierikzee (ca. 1599-1603), tapiz diseñado por Hendrik Cornelisz. Vroom (1566-1640) y elaborado por Hendrik de Maecht (¿?-1602), Zeeuws Museum, Middelburg. La guerra naval formó parte de las trayectorias militares de nuestros cuatro comandantes. Julián Romero y Sancho Dávila fueron almirantes de las armadas flamencas, que comandaron con mayor o menor fortuna en la desembocadura del Escalda y la costa de Zelanda, teatro donde Mondragón se destacó con sus exitosas operaciones anfibias. A su vez, Valdés, que había servido en las armadas del Mediterráneo, tuvo que enfrentarse a la armada rebelde en el asedio de Leiden.

Para casar a su hija, Mondragón pidió ayuda al rey, además de una licencia para viajar a España. Incluso amenazó al duque de Alba con que, si no le ayudaba, mandaría la muchacha a casa de la duquesa: “sy no tubiese hijos con horteria me de morir pobre”. Al final recibió 10.000 florines para la dote de su hija, que se casó con su primo español Alonso. El 30 de diciembre de 1595, Mondragón escribió su última carta al rey para pedir el gobierno del castillo de Amberes para su hijo-sobrino y una compañía de lanzas para su nieto.

Francisco de Valdés se casó en 1578 con una mujer holandesa de La Haya, si bien había tenido anteriormente una hija llamada Francisca, en 1575, aún sin casar, y otra hija que en 1571 había entrado en un convento. Este año pidió licencia para ir a España y, aunque la petición fue aceptada por el rey, el viaje no se materializó por la reanudación del conflicto. En 1574, en pleno asedio de Leiden, Valdés estaba ocupado con el futuro de su hija. Por el momento no sabemos mucho más de estas dos hijas del comandante. Conocemos a un sobrino que formaba parte de la Armada y que en 1594 utilizó el nombre de su tío para conseguir una recompensa por sus servicios.

Órdago a la grande

En 1574, Julián Romero ya no quería servir en los Países Bajos sin tener el gobierno de alguna fortaleza para recibir mayores ingresos, pero también para poder traer a su mujer e hija, que no querían ir sin que él tuviera una plaza fija. Romero informó a Requesens en una carta de que iba a dejar los Países Bajos incluso sin licencia si no le escuchaban: “es bien verdad que me pesa que Su Magestad haga mercedes á otros que mamaban cuando yo comencé á server y á mi me olvide [...] Pero desnudo nací y he vivido

honradamente, y este consuelo me hace olvidar todo lo demás". El gobernador Luis de Requesens informó al rey de la situación y le pidió una buena carta y una recompensa para que Julián casase a su hija natural en los Países Bajos y pudiera traer a su mujer, así como palabras de consuelo por la muerte de un hijo natural de Julián, caído en acción bélica. Según Requesens, Julián se quejaba tanto porque quería recibir una patente de general, un sueldo mayor y el nombramiento como maestre de campo de todos los soldados españoles en Flandes.

La amenaza de salir sin licencia no fue proferida solo por el bravo Julián Romero, puesto que también Mondragón lo hizo. Cuando este visitó la corte en España en 1579 intentó luchar por lograr una buena recompensa por sus servicios. La promesa para la dote de su hija estaba todavía sin materializarse y querían cambiarla por una renta de 800 escudos en Nápoles. Mondragón se negó y se quejó de que Sancho Dávila y Francisco de Valdés habían recibido mucha mayor recompensa por sus servicios, aun "habiéndose aprovechado ellos en sacos y deservido". Incluso amenazó con dejar el servicio del rey y entrar al del duque de Lorena. Felipe II dejó las decisiones en manos de sus secretarios y consejeros: "avisadme lo que parecerá que más convenga en él". Los héroes militares no recibieron un tratamiento especial por parte del Rey Católico.

Los cuatro famosos comandantes españoles de la rebelión de Flandes lucharon duramente y arriesgaron sus vidas en los campos de batalla, pero, a su vez, tuvieron que librar continuamente una guerra de papel para conseguir recompensas por sus servicios, incluso llegaron a amenazar al rey con dejar la guerra sin licencia. No obstante, parece que al final todos estos grandes militares lograron enriquecerse y fueron sobre todo sus herederos los que pudieron disfrutar de las hazañas de sus antepasados. Resulta notable que de los cuatro fuera tan solo Sancho

Dávila quien tuvo un hijo varón legítimo, mientras que los otros tres héroes militares tuvieron hijas y solo hijos naturales. Militares como Gaspar de Robles y Francisco Verdugo sí tuvieron hijos legítimos que continuaron la tradición militar de la familia, ambos con varones nacidos de un matrimonio con una mujer de la nobleza flamenca. En el campo del amor, los comandantes no tenían prejuicios contra los habitantes de Flandes, una tendencia bien reflejada en las comedias de Lope de Vega y sus contemporáneos. ■

4

Fanfarrones y pendencieros

Álex Claramunt Soto



SARGENTO DE UN TERCIO VIEJO, 1585. "El oficio y cargo de sargento es

el más necesario, trabajoso y vigilante de una compañía de infantería, y de quien depende todo el cuidado de ella", escribió en 1595 el capitán Martín de Eguíluz. Este sargento, no contento con mostrar su rango mediante su arma distintiva, la alabarda, se ha procurado vistosos ropajes acuchillados, un sombrero de plumas coloradas y un elegante cuello de lechuguilla. Los tratadistas militares y los cronistas con experiencia en la milicia señalaban que no era conveniente que los sargentos llevasen armadura, pero censuraron a su vez la indumentaria extravagante.

La imagen del soldado español del Siglo de Oro, bravucón, orgulloso y grandilocuente, de feroces mostachos e indumentaria llamativa, terror de mesoneros, alguaciles y villanos, pasó en su misma época a formar parte de los lugares comunes de la literatura y la sátira política. Sus ecos resuenan todavía en obras contemporáneas de renombre mundial como Las aventuras del capitán Alatriste. En la creación de dicha imagen confluyeron el concepto que los propios soldados hispanos tenían de sí mismos, expresado en el género autobiográfico y en obras de tratadística militar, como también en otros géneros literarios, en particular la poesía y el teatro, que influyeron irrevocablemente en la imagen que los civiles se crearon del oficio de las armas. A su vez, el uso político que de los estereotipos nacionales hicieron los enemigos de la Monarquía católica, y en particular la Corona francesa, añadió otra dimensión al tópico del soldado español fanfarrón y pendenciero.

Frente a la imagen del *miles gloriosus*, entreverado con la picaresca y deformado por la exageración, encontramos, sin embargo, un soldado más comedido y reflexivo, cuyos ecos en la literatura y la cultura popular fueron mucho menores, dado que plasmó sus experiencias sin adornos y que no habla de hazañas, sino de penurias. Heroicidad, astucia picaresca y realidad descarnada se dan a menudo la mano en las imágenes que transmitían de sí mismos los soldados de los tercios.

El origen de un estereotipo nacional

El caballero francés Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, progenitor del soldado español literario, se inspiró sin duda en sus experiencias junto a los soldados hispanos, puesto que en 1564 participó como aventurero en la reconquista del peñón de Vélez de la Gomera. Allí trabó amistad con numerosos capitanes y soldados españoles, con los que coincidió de nuevo en el sitio de Malta al año siguiente y a los que acudió a visitar a Nancy en 1567 cuando el ejército del duque de Alba, de camino a Flandes, atravesó la ciudad lorenesa. La admiración del francés sale a relucir cuando relata el episodio en sus *Vies des Grands Capitaines*, donde describe a los hispanos como "una pequeña y gentil tropa de osados y valientes soldados escogidos de los tercios de Lombardía, Nápoles, Sicilia, Cerdeña y de parte del de La Goleta [...], todos ellos viejos y aguerridos soldados, tan bien provistos de armas y vestiduras, la mayor parte doradas, y otras con grabaos, que se los tomaba más por capitanes que por soldados".

Brantôme escribió una obra, *Discours d'aucunes rodomontades et gentilles rencontres et paroles espaignoles*, que sentó las bases del tópico, tanto en el buen como en el mal sentido, pues, como señaló tempranamente Joaquín López Barrera, los propagandistas de Luis XIII las explotaron con "intención aviesa, siniestra y odiosa". El término "rodomontada" aparece como sinónimo de jactancia en el *Nuevo dictionario*, o *thesoro de la lengua española y flamenca* de Arnoldus de la Porte, publicado en 1659, y bebe del caballero Rodomonte de *Orlando furioso* (1532). Ariosto caracteriza a este personaje como "indómito, superbo e furibondo" (XIV, estr. 119, 868). Por su parte, Brantôme caracteriza a la nación española en conjunto como "brave, bravasche et valereuse, et fort prompte d'esprit, et de belles parolles profférés a l'improviste". Esta construcción positiva del carácter español adoptaría visos manifiestamente negativos en las obras de sátira política francesas del siglo

XVII. Era habitual, ya en los inicios del XVI, que en la paz y la guerra se recurriese con asiduidad a los estereotipos nacionales. Así, el anónimo autor de la Crónica del Gran Capitán, con ocasión de un ardid de Fernández de Córdoba discurre:

> Es costumbre entre los soldados y gente de guerra y en la paz asimesmo deshonrarse unos a otros e injuriarlos de palabras: a los italianos llaman los franceses y aun españoles bujarrones, que quiere decir que se echan con muchachos. A los españoles llaman marranos y ladrones; los alemanes llaman a los suizos vaqueros y ordeñadores de vacas, y los suizos llaman a los tudescos puercos sucios; a los ingleses, bestiales irracionales; a los portugueses, locos enlevados; a los franceses, borrachos, cueros de vino, y asimismo a los flamencos.

Si en los albores del siglo XVI los italianos y los franceses arremetían contra los españoles como "marranos y ladrones", la fama de fanfarrones y pendencieros de los soldados hispanos caló con rapidez durante la centuria y los propagandistas enemigos la adaptaron a su modo. Los neerlandeses enfatizaron la faceta violenta y cruel del tópico, mientras que los franceses se decantaron por la fanfarronería y construyeron su propia imagen característica del soldado español. Las caricaturas satíricas galas de las décadas de 1630 a 1650 mezclan imagen y poesía para dicho propósito. En ellas, el soldado español adopta una pose afectada y viste de manera rimbombante, exactamente como el capitán Matamoros de la *Comedia del arte*, inspirado, asimismo, por las aventuras de los soldados españoles en la Italia del siglo XVI. La gorguera, el sombrero de copa y el bigote enroscado son sus señas de identidad. Los versos que acompañan estos grabados sugieren que se trata de héroes fingidos y ridiculizan sus pretensiones y llevan la exageración a la

hipérbole. Así, por ejemplo, *L'Espagnol et son laquais*, impreso en 1640 por Abraham Bosse, incluye la siguiente estrofa, entre otras:

Ma seule voix jointe ma bonne mine
A faict trembler l'Empereur de la Chine
Le grand Mogor, et mesme le Dieu Mars
Mains en amour j'ay des attraîts si graves
Que des beautez dignes de mes regards
En un instant j'en fais autant d'esclaves

De Rodomonte a don Juan

Para conocer las variadas dimensiones del tópico literario y contrastarlo con la realidad, es preciso aproximarse a la obra de Brantôme, cuyas *rodomontadas*, fruto de la propia experiencia del autor o recopiladas de otros testimonios, son un compendio de ingenio mezclado con fanfarronería. Por ejemplo, cuando el socorro español desembarcó en la isla de Malta en 1565, el autor, que combatía al servicio de la Orden de San Juan, le preguntó a un soldado español con cuántos efectivos constaba el socorro, a lo que este, ni corto ni perezoso, le respondió: "Yo le diré: hay tres mil italianos, tres mil tudescos y seis mil soldados". Estos seis mil eran los españoles, que se consideraban por encima de cualesquier otros combatientes en destreza y, por ende, pedían siempre ocupar al puesto de honor en la vanguardia y eran reacios a que los comandasen extranjeros. Así, el alférez Lorenzo de Cevallos y Arce reivindicaba en 1640 "la precedencia que tocaba a nuestra nación, como aquella que ha conquistado a las demás", y Felipe III escribió a Ambrosio Spínola, a raíz de un incidente en 1606: "declarase por escrito tocar a la nación

española las vanguardias y el gobernar en iguales cargos a las demás, como está acordado y se ha hecho siempre". Nos topamos, pues, con un marcado orgullo nacional como seña del carácter de los rodomontes españoles.



El español y su lacayo (ca. 1640), grabado de Abraham Bosse (1602-1676), Bibliothéque nationale de France, París. Esta es una de las muchas estampas satíricas de que la Corona francesa se valió, en la crítica década de 1640, para ridiculizara los españoles, cuya imagen como bravucones y pendencieros

deformaron los propagandistas galos hasta volverla grotesca por medio de la exageración. Este personaje con aires de comediante simboliza la decadencia española y aparece con escasas modificaciones en docenas de grabados del mismo corte.

Los ejemplos con que Brantôme pone de manifiesto el carácter presumiblemente violento de los milites hispanos son numerosos. Así, uno se de ellos se habría jactado: "Estas son mis misas, que hacer acuchilladas y matar hombres, y quebrar las muelas a una puta". A parecida conclusión llegaron, en clave crítica, soldados que dejaron por escrito sus vivencias o que se valieron de ellas para escribir tratados para el buen funcionamiento militar y moral de los ejércitos. En sus *Diálogos de la vida del soldado* (1552), Diego Núñez Alba expone con arrepentimiento: "matar, robar, renegar, jurar, violar mujeres y templos. Que todo esto es propio de mi pasada profesión", mientras que el maestre de campo Francisco de Valdés, en su *Espejo y disciplina militar*, se lamentaba de que "no parece en nuestro mal vivir, sino que, el día que uno toma la pica para ser soldado, ese día, renuncia a ser cristiano". La celebración de la violencia que sale a relucir en muchas rodomontadas, en las antípodas del modelo del *miles christianus* que pregonaban soldados como Núñez Alba y Valdés, llegó también al Nuevo Mundo, pues el clérigo Cristóbal de Molina, apodado el *Almagrista*, que participó en la expedición de Diego de Almagro a Chile y en las guerras civiles del Perú, no dudaba en mencionar que "si en el real había algún español que era buen rancheador y cruel y mataba muchos indios, teníanle por buen hombre y en gran reputación".



Un caballero español y una dama flamenca vestidos a la moda de hacia 1600 (ca. 1615-1625), grabado anónimo, Rijksmuseum, Ámsterdam. El galanteo con las mujeres locales formaba parte de la experiencia vital de muchos soldados y oficiales españoles, sobre todo en Italia y Flandes. Podía tratarse de un negocio ruinoso para hombres de limitado poder adquisitivo, como explica el pícaro Estebanillo González cuando describe el modo en que se esfumó su herencia: "en menos de un mes la mayor parte me la chuparon damas y me la comieron rufianes".

También las rodomontadas de Brantôme contienen abundantes precedentes del arquetipo literario de don Juan, ya plenamente definido en la obra de teatro *El burlador de Sevilla y convidado de piedra* (1630) de Tirso de Molina. No escasean en el *Discours* soldados fanfarrones, que presumen de hazañas y adoptan actitudes de matasiete para seducir a las doncellas y damas de los reinos italianos, o que se jactan de sus dotes amatorias. Así, por ejemplo, cita a uno que le dijo:

> En Sicilia he muerto dos salteadores, en Cerdeña tres, en Nápoles dos, y tres en Lombardía, de manera que según buena cuenta son diez. Pues no los escribí, mas pero acuérdome bien de ellos, porque tengo excelente memoria, de manera que no se habla de otro que de mi virtud, de mi gesto y hazañas, que me hacen temer de los hombres y amar de las mujeres, de manera que, paseando por las calles, todas tiraban a mi muchacho por la capa, y entendía ellas como por detrás le pedían: "¿Quién es este caballero tan bravo, y dispuesto, y hermoso? ¿Es este don Juan de Mendoza?".

A muchos soldados españoles les agradaba, en efecto, galantear a las damas de las ciudades donde estaban acantonados, en ocasiones por conservar su reputación. El capitán Alonso Vázquez cuenta que, en verano de 1589, el tercio de Sancho Martínez de Leiva "comenzó [...] a hacer muchas fiestas y regocijos por haberles dado ocasión la ociosidad, que siempre la trae consigo, de poner los ojos en las damas de aquellos Estados". Los hombres del tercio de Juan Manrique de Lara, apodados los galanes, almidonados y pretendientes, pues "se ponían muy galanos y almidonaban los cuellos", no pensaban dejar que los aventajasen y organizaron sus propias celebraciones. Lope de Vega,

soldado y mujeriego empedernido, imagina una enamoradiza doncella flamenca en *El asalto de Mastrique, por el príncipe de Parma* que, en cierto pasaje (I, 605-625), le sirve para describir al prototipo del galán soldado español:

En viendo algún español
se me va el alma tras él,
que me parece que dél
salen los rayos del sol.
y este, por mi vida, es tal,
de tal gracia, talle y brío,
que diera por velle mío
una corona imperial.
¡Qué bien se pone el sombrero!
¡Qué gallardo asienta el pie!
Pues, si le hablo, yo sé
que dirá que es caballero.
No hay cosa que le esté mal,
¡qué bien puesta espada y daga!

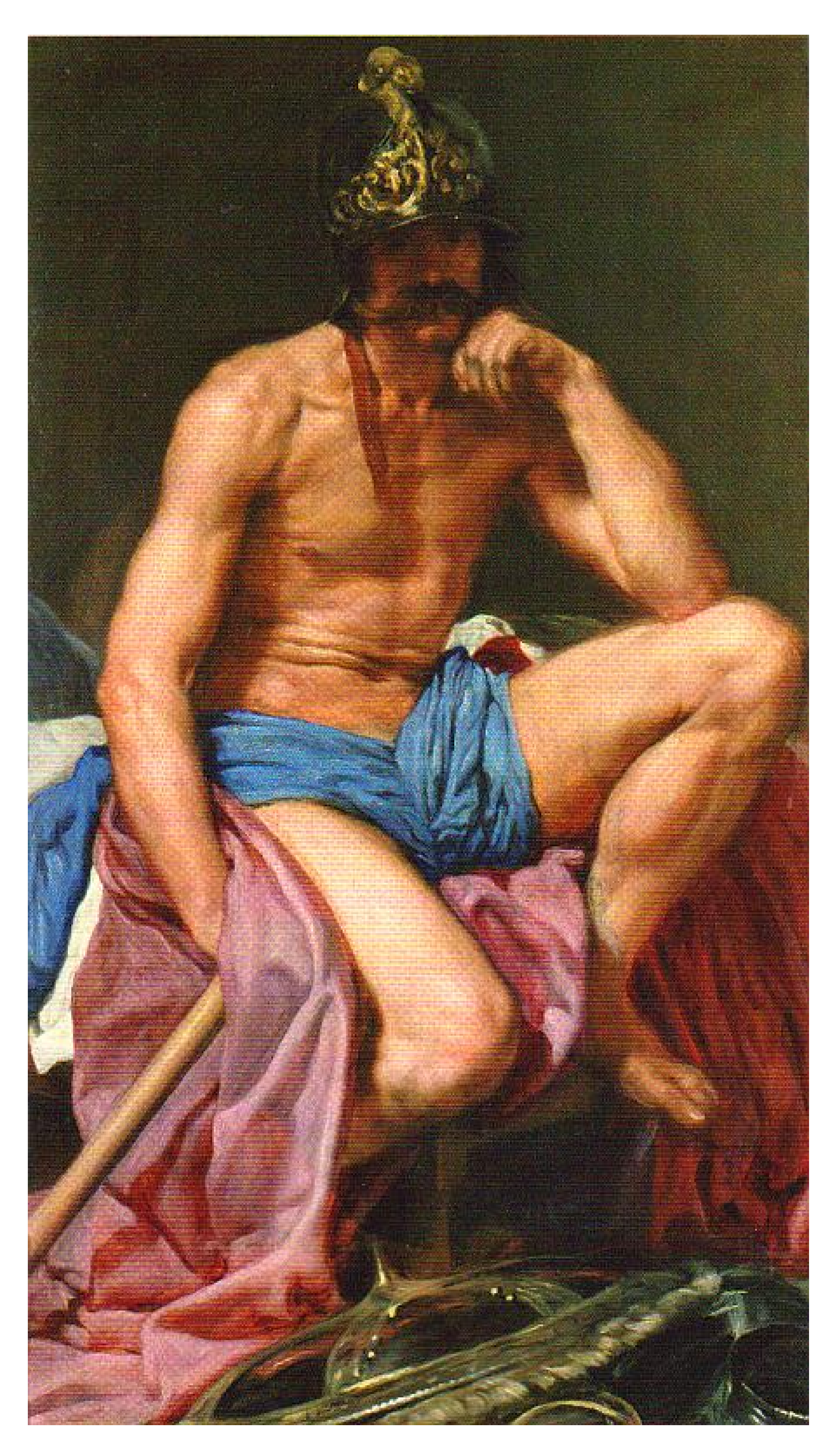
No siempre los amoríos entre soldados y mujeres locales tenían un feliz desenlace. Alonso de Contreras descubrió que un amigo "que le hubiera fiado el alma", mantenía una relación adúltera con su esposa napolitana y los mató a ambos: "procuré andar al descuido con cuidado, hasta que su fortuna los trajo a que los cogí juntos una mañana y se murieron. Téngalos Dios en el cielo si en aquel trance se arrepintieron".

Orgullosos y pendencieros

Ni siquiera los propios monarcas se libraban del carácter pendenciero de los soldados. En su *Discours*, Brantôme menciona algunos ejemplos que involucran al césar Carlos V y su hermano Fernando I de Hungría. Este llevaba el cabello largo, a la antigua moda, y durante una campaña contra los otomanos, un soldado español les chantó: "Sacra Majestad, te doy mis pagos, y hagas esquilar al hermano tuyo don Hernandes". Lejos de ofenderse, los dos Austrias se echaron a reír. En otra ocasión, mientras el emperador pasaba revista al ejército, un soldado exclamó: "¡Vaiate al diablo, bocina fea, que tan tarde sois venido, que todo el día somos muertos de hambre y frío!". Al igual que en el caso anterior, el monarca prefirió tomarse a guasa la insolencia del español.

Estos ejemplos de franqueza inusitada ponen de relieve que, como parte del elevado concepto que de sí mismos tenían los soldados hispanos, estaba una presunta pertenencia al estamento nobiliario que se ganaba por el mero hecho de servir al rey. Una de las *rodomontadas* que cita Brantôme reza: "Pese a tal que somos hidalgos como el rey, dineros menos". O, como escribió Alonso Enríquez de Guzmán, que combatió en Berbería, Mallorca y el Perú durante el reinado de Carlos V: "Yo llegué [a Nápoles] desnudo de ropa y de dinero, y vestido de presunción". Algunos soldados, en efecto, eran verdaderos nobles. Se trata de los llamados Guzmanes, que servían sin sueldo para labrarse un *cursus honorum* antes de ascender a mayores empleos. Estos, sin embargo, vivían con los oficiales, por lo que no es casual que, al estallar un motín, una de las primeras voces que corría entre la tropa fuese la de "¡Afuera los Guzmanes!". La rivalidad la expresó también Lope de Vega en su comedia Los españoles en Flandes:

Para estos marquesotes caballeros
se hicieron los vestidos y las galas,
que van a los asaltos los postreros;
que para ellos son las plumas y las galas,
[...]
y para acá la pólvora y las balas;
para ellos los regalos y los gastos,
para ellos las copas y los oros,
para acá las espadas y los bastos.



El dios Marte (ca. 1638-1640), óleo sobre lienzo de Diego Velázquez (1599-1660), Museo del Prado, Madrid. Varios expertos han querido ver en el fiero mostacho

soldadesco y el gesto melancólico del dios una alegoría de la difícil coyuntura que atravesaba España en la década de 1640, cuando la guerra llegó al suelo peninsular y desvaneció las ensoñaciones de muchos jóvenes con la milicia y su supuesta libertad. "El alférez Medrano también vino de Cataluña lastimoso, con un brazo y una pierna menos, y medio muslo fuera; y viéndolo una dama, dijo que parecía retrato por acabar", escribió el teniente Juan de Quiñones en 1642.

Ya en el siglo XV, Gutierre Díaz de Games había censurado a los nobles que no se dedicaban al que se consideraba su oficio, el de las armas: "Non son todos caballeros cuantos cabalgan caballos; nin cuantos arman caballeros los reyes son todos caballeros. Han el nombre, mas non facen el ejercico de la guerra [...]. Non son caballeros, mas son pantasmas". La emergencia del soldado profesional en el siglo XVI llevó a considerar la nobleza de los hechos igual a la de sangre, y a concebir personajes literarios como Juan de Alba, protagonista de la comedia *El valiente negro en Flandes*, de Andrés Claramonte, que comienza como esclavo y llega, gracias a su pericia soldadesca, a convertirse en caballero de Santiago. Imbuidos de semejante concepción, los soldados pendencieros cometieron, en ocasiones, actos de insubordinación. Alonso Vázquez, que comenzó su carrera como simple soldado y llegó a capitán y sargento mayor, refiere un ejemplo que aconteció en los Países Bajos en 1578, durante el asedio de Philippeville:

> [...] del tercio de D. Lope de Figueroa se salió un soldado, que se llamaba Juan de Ayala, que era valeroso y arriscado, por aventajarse más que otros, y deteniéndole el capitán Sancho de Villalba, le dijo se volviese a su puesto, y respondióle que no quería; y visto tan gran inobediencia y libre respuesta, puso el capitán mano a la espada y le tiró una cuchillada, y el Juan de Ayala, con poco respeto y desenvoltura, puso mano a la suya y le tiró dos, que a no repararse el capitán, le matara.

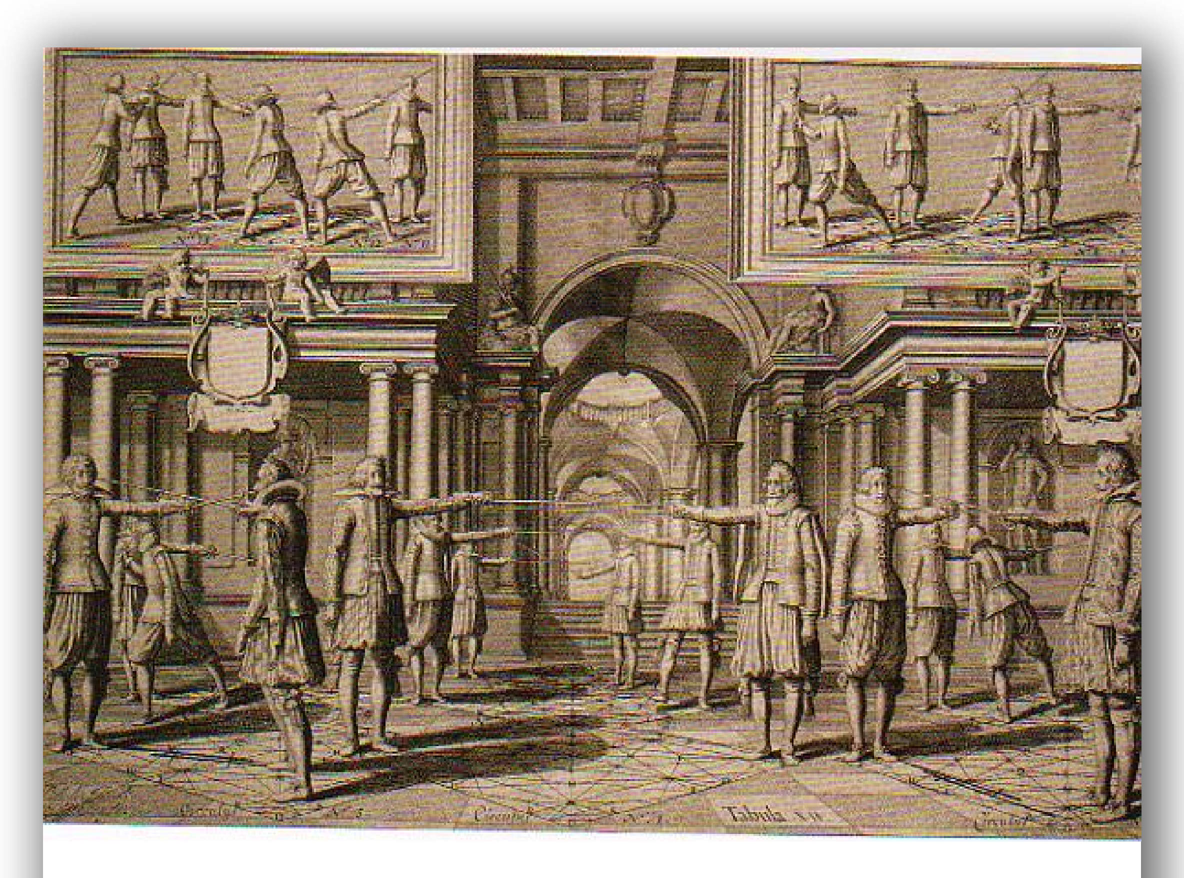


Lámina XII del capítulo 43 de la Academie de l'Espée (1628) de Gérard Thibault d'Anvers (ca. 1574-1627), Metropolitan Museum of Art, Nueva York. La cultura del honor que imperaba entre los milites hispánicos exigía a menudo defender la reputación propia por las armas, y por ello muchos devinieron asiduos y temidos espadachines. No es casualidad que los dos grandes nombres de la *Verdadera Destreza*, la escuela de esgrima española del Siglo de Oro, Jerónimo Sánchez de Carranza y Luis Pacheco de Narváez, fuesen soldados durante la mayor parte de sus vidas.

Don Juan de Austria ordenó encerrar a Ayala, que fue juzgado y condenado a muerte. Sin embargo, Alejandro Farnesio intercedió por el soldado y logró, con mucha insistencia, que fuese perdonado: "con el segundo recaudo cesó el castigo y fue libre el soldado; y aunque desobediente, era hidalgo y valeroso". El orgullo y los arrestos de los soldados españoles hacían recomendable para los oficiales, desde el alférez hasta el capitán general, adoptar un trato

respetuoso y situar en el mismo plano a unos y otros. Como indicaba Pedro Calderón de la Barca, soldado él mismo, en *El sitio de Breda* (I, 65-72):

Estos son españoles, ahora puedo
hablar encareciendo estos soldados
y sin temor, pues sufren pie quedo
con un semblante, bien o mal pagados.
Nunca la sombra vil vieron del miedo
y aunque soberbios son, son reportados.
Todo lo sufren en cualquier asalto;
sólo no sufren que les hablen alto.

En realidad, el poco respeto por la disciplina fuera del campo de batalla no era patrimonio de los soldados rasos, sino que también auténticos nobles protagonizaron incidentes de esta suerte. El joven Félix Nieto de Silva, hijo del conde de Alba de Yeltes; futuro marqués de Tenebrón, que sirvió como capitán de caballería en el Ejército de Extremadura y fue gobernador de varias plazas fuertes, libró múltiples duelos que le costaron prisiones y destierros. Estando bajo arresto en Guinaldo, supo de la proximidad del enemigo portugués y escapó de la prisión, recuperó sus armas y su caballo, y salió detrás de las tropas para tomar parte en la acción: "Encaprichado en este disparate, salí solo en mi caballo, que era tordillo, con mi coleto y una banda roja ceñida, levantados los canes de las pistolas y la espada en la mano".

A pesar del evidente desdén hacia los nobles que servían como aventureros o que recibían gajes y ascensos sin haber tomado la pica, la idiosincrasia soldadesca reclamaba la

hidalguía para todos los soldados y, tanto en la forma de ser como de vestir, resulta evidente la pretensión caballeresca. "Fueron mis padres cristianos viejos, sin raza de moros ni judíos, ni penitenciados por el Santo Oficio", escribía Alonso de Contreras antes de exponer la pobreza de sus progenitores. El soldado Domingo de Toral y Valdés, siempre comedido, enfatiza la condición de hidalgos de sus padres antes de referir que la pobreza de la familia los empujó a abandonar Asturias en busca del modo de subsistir en la corte. Alonso Enríquez de Guzmán comienza su autobiografía explicando que "siendo yo de edad de diez y ocho años, cerca de diez y nueve, hallóme sin padre, y pobre de hacienda y rico de linaje".

Tan pronto como les era posible, los soldados españoles cambiaban los sencillos vestidos de munición que recibían en el momento de alistarse por ropas vistosas conforme a su pretendida condición nobiliaria. Así lo explica el soldado-pícaro Estebanillo González en su supuesta autobiografía novelada, *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor*, compuesta por él mismo (1646):

> Llegamos a Alejandría de la Palla, adonde, por ir derrotados (y no de batallas ni encuentros), nos dieron vestidos de munición, que en lengua latina se llaman vestidos mortuorios y en castellana mortajas [...]; por no parecer bisoño siendo soldado viejo y habiendo hecho servicios particulares (que si es necesario me darán certificaciones y fes, por ser mercancía que jamás se ha negado a ninguno), me fingí enfermo y me fui a un hospital valiéndome del ardid del diente de ajo.

También Alonso de Contreras, en general parco en sus descripciones, detalla con minuciosidad el traje que mandó confeccionar para desfilar con su compañía ante los reyes: "Saqué unas armas azules, con llamas de plata, calcillas de gamuza cuajadas de pasamano de oro, y mangas y coleto de

lo mismo, un monte de plumas azules, verdes y blancas encima de la celada, y una banda roja recamada de oro, cuajada, que, a fe, podía servir de manta en una cama". Lope de Vega, de nuevo, resulta igualmente descriptivo. Un pasaje de *La noche toledana* reza:

Apenas entra el soldado,

Con las medias de color,

Calzón de extraña labor,

Sombrero rico emplumado;

Ligas con oro, zapato

Blanco, jubón de Milán,

Cuando ya todos están

Murmurando su recato

Llevan colores y brío

Los ojos, y en galas solas

Más jarcias y banderolas

Que por la barra el navío.

A los soldados fanfarrones les gustaba vestir de manera ostentosa, hasta tal punto que un documento anónimo de 1610, titulado *Las órdenes que paresce que se podrían dar para restaurar la reputación y disciplina que solia haber en la infantería española*, advirtió "que se haga premática sobre la cualidad de las armas y vestidos que se hubieren de usar en la dicha infantería, pues se sabe que de la demasía y exceso que hay particularmente en esto, suceden en ella muy muchos daños e inconvenientes por quererse los unos aventajar de los otros, en el hábito y trajes, más que en el servicio y obras". El papel incluye una réplica reveladora:

"nunca entre la infantería española ha habido premática para vestidos ni armas, porque sería quitarles el ánimo y brío que es necesario que tenga la gente de guerra". Mateo Alemán plasma un razonamiento muy parecido en la novela picaresca *Guzmán de Alfarache* (1599), en la que un soldado afirma:

> Quiere vuesa merced ver a lo que llega nuestra mala ventura, que, siendo las galas, las plumas, los colores, lo que alienta y pone fuerzas a un soldado, para que con ánimo furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas, en viéndonos con ellas somos ultrajados en España, y les parece que debemos andar como solicitadores, o hechos estudiantes capigorristas, enlutados y con gualdrapas, envueltos en trapos negros.

Dicho en otras palabras, para muchos soldados de los tercios españoles, el hábito sí hacía al monje o, al menos, le daba apariencia de tal, cosa tanto o más importante.

Fantasía y realismo descarnado

"Porque V. Md. se ocupe un poco después de comer, como por vía de entretenimiento en leer esta carta, que casi parecerá sacada de algún libro de caballerías, la escribo tan larga, para que V. Md. vea en los lances y trabajos que me he visto". Así dice el capitán Francisco de Cuéllar en la carta que escribió a Felipe II para darle cuenta de sus acciones en la *Jornada de Inglaterra* y su posterior naufragio en Irlanda. En efecto, las vidas de algunos soldados del Siglo de Oro, relatadas por ellos mismos, en nada difieren de una novela de aventuras. Situaciones y personajes propios de la novela picaresca se mezclan con otros que parecen extraídos de la novela bizantina e incluso del libro de caballerías: Alonso de Contreras deviene un

avezado corsario que protagoniza múltiples lances en las aguas del Mediterráneo oriental; Diego Duque de Estrada se convierte, tras combatir en las galeras del duque de Osuna, en hombre de confianza del príncipe de Transilvania; otro que sirvió en las armadas mediterráneas, Miguel de Castro, aseguraba haber seducido a una viuda y matado a dos parientes de esta antes de cumplir los dieciocho años.



Tres soldados juegan a los naipes (ca. 1625), grabado de Cornelis Blomaert el Joven (1603-1692), Rijksmuseum, Ámsterdam. Entre los malos hábitos de los soldados bravucones, y de la milicia en general, estaba el juego, fuente de disputas y de pobreza. Alonso de Contreras explica que el capitán de su galera, tras tomar un barco turco, ordenó arrojar los naipes y los dados por la borda "porque cada uno llegase rico a Malta". Entonces, los soldados trazaron un círculo, lo llenaron de piojos y apostaron a cuál saldría primero. "Tanto es el vicio del juego en el soldado", concluía Contreras.

Frente al soldado bravucón que blasona de hazañas emerge, en cambio, otro que más bien escribe los "trabajos"

padecidos. El ejemplo más conocido es el de Jerónimo de Pasamonte, autor de una autobiografía titulada, precisamente, *Vida y trabajos*. Al igual que los demás, este hombre se mostraba orgulloso de su servicio y dejó claro su concepto del honor soldadesco cuando insistió en participar en el asalto de La Goleta en 1573 a pesar de estar enfermo: "Yo iba con una terrible cuartana, y mi capitán, don Pedro Manuel, me quiso dejar en Mesina, y en Palermo, y en Trápana. Yo, por celo de la honra, no quise sino ir a la armada o morir". En la pormenorizada descripción de sus dieciocho años como esclavo de los turcos, sin embargo, no hay espacio para heroicidades, a pesar de los variados intentos de fuga. La descripción de las condiciones de vida de los esclavos que bogaban en las galeras otomanas resulta reveladora. Con ocasión del paso de la armada de Uluj Alí por el canal de Malta menciona que "era el trabajo tanto y la privación del sueño, que me dieron tres veces de palos porque cantaba, que no tenía otro alivio". Más adelante recuerda: "juro, de hombre honrado, que en estos ocho años de la guardia de Rodas no se pueden contar los palos que siempre me daban en la cabeza porque muriese. Y que una noche, de una vez, me dieron más de setenta o ochenta, todos en la cara y en la cabeza".



La fiesta campestre (1627), óleo sobre lienzo de Dirck Hals (1591-1656), Rijksmuseum, Ámsterdam. La imagen del Flandes idealizado por los veteranos afortunados y los reclutas ansiosos por gozar de las mieles de la vida soldadesca cobra vida en este lienzo, en el que vemos una espada olvidada sobre un capote, indicio, quizá, del oficio de los caballeros representados. Desde su retiro jienense, Vázquez evocó en su crónica los veranos "ocupados en varias músicas, banquetes, bailes y saraos, y otros regocijos tan apacibles como alegres"; en otras palabras, la vida ociosa del noble en que todo soldado aspiraba a convertirse.

El otro ejemplo de esta visión más cruda de la vida soldadesca nos lo ofrece Domingo de Toral y Valdés. La imagen que nos traslada de Flandes es la de un peligroso barrizal. Así, cuando describe el asedio de Sluis, o La Esclusa (1621-1622), pone énfasis en las penurias que padecieron los soldados: "los fríos y hielos fueron tan grandes, que a muchos soldados cortaron los brazos y piernas, de helados. La gente, toda desnuda; los cuarteles inundados de agua, que no se podía salir de las barracas a la plaza de armas sin venir hechos un lodo". Era una vida demasiado dura y al año siguiente logró regresar a España: "saqué licencia tan contento que esta me sirvió de consuelo de todos los trabajos pasados, dándolos por bien empleados, dos años

que había [que] dormía con la gola puesta, que con el asiento de las armas y de la pica la tenía señalada en los hombros". Su fortuna mejoró, pues sirvió dos años como alférez de una compañía de la guarnición de Lisboa. A la postre, aceptó una patente de capitán para pasar a Goa como entretenido del virrey portugués Miguel de Noronha. Lejos de confluir hacia el género de la aventura, la autobiografía sigue siendo un retrato sin concesiones de las penurias del servicio. Así describe la navegación por la costa de África:

> ¡Cómo trocara el estado en que me hallaba, no por lo que el virrey me había prometido, mas por el del más miserable del que estaba en tierra! Llegó a enfermar de tal suerte la gente, que los confesores rehusaban el querer llegarse a ningún enfermo a confesarle, y por esto murieron muchos sin confesión, y otros se quedaron muertos comiendo, con el bocado en la boca; otros, con un fuego que les abrasaba, morían rabiando casi como desesperados; los bordos de las embarcaciones estaban, de sangre que por ellos se echaba, rojos, que a lo largo, desde otras embarcaciones, se conocía el estar la tablazón cubierta de sangre; duró esta calamidad el tiempo que tardamos en pasar la tórrida zona, que son 47° de latitud que hay desde un trópico a otro trópico.

A manera de conclusión, podemos afirmar que el arquetipo del soldado español fanfarrón y pendenciero, mujeriego y pícaro, celoso de su honra, pero también de su rey, estaba firmemente asentado en las mentes de los contemporáneos, fuesen soldados ellos mismos o civiles; españoles o extranjeros. Todo ello sale a relucir en autobiografías como las de Alonso de Contreras y Diego Duque de Estrada. A su vez, sin embargo, disponemos de obras escritas también por soldados que transmiten valores distintos: la piedad religiosa de Pasamonte o la preocupación por las condiciones de vida de los soldados de Toral y Valdés;

la autocrítica de Núñez Alba y la de otros muchos que veían con distintos ojos la imagen de matasiete del soldado y pretendieron reconducirla hacia la imagen idealizada del *miles christianus*. ■

5

Rebeldes y amotinados

Lisa Kattenberg



PIQUERO VALÓN DEL MOTÍN DE HOOGSTRATEN, 1603. Equipado con

las protecciones características de los coseletes, a saber, morrión, coraza y escarcelas, este infante amotinado lleva una cinta verde que lo identifica como partícipe del más largo de los motines que afectó al Ejército de Flandes, el de Hoogstraten. Las tropas que se amotinaron por falta de paga adoptaron el verde como color para distinguirse de las tropas católicas y del Ejército de las Provincias Unidas, y se declararon neutrales tras ocupar el castillo de Hoogstraten, en la frontera entre los Países Bajos españoles y el territorio rebelde.

La revuelta formaba parte de la experiencia de muchos de los soldados de los tercios. En el Ejército de Flandes se produjeron nada menos que cuarenta y cinco motines desde la llegada de las primeras tropas de Alba hasta la Tregua de los Doce Años en 1609, normalmente a causa del frío, el hambre y una permanente falta de pagas. Si bien la imagen del *Saco de Amberes* por los soldados amotinados en 1576 se hizo famosa, los episodios tan violentos y caóticos eran excepcionales. La mayoría de los motines estuvieron estrictamente regulados: solían durar varias semanas, meses o, en ocasiones, incluso años; comprendían una organización considerable e iban acompañados de complejas negociaciones entre las tropas y el mando militar.

Los motines del Ejército de Flandes se insertan en una intrincada red de lealtades, autoridades y obligaciones. Por un lado, los soldados tenían un deber doble hacia su rey. Como mercenarios, eran sus empleados, y como nativos de los varios reinos de la Monarquía Hispánica —los Países Bajos, los reinos italianos, Castilla y Aragón—, eran también sus súbditos. Cuando entraban en el servicio militar, además, los soldados juraban obedecer al rey de España y no amotinarse por sus pagas. El rey, por su parte, tenía la obligación de pagar los salarios como empleador de las tropas y, como soberano suyo, su deber era impartir justicia. Los reveses en las fortunas militares y la posición de la Monarquía Hispánica pusieron bajo presión dichos papeles y responsabilidades. ¿Debían los soldados mantenerse atados por su juramento a un empleador que muy a menudo no les pagaba sus salarios? ¿Podía el rey consentir una desobediencia masiva entre sus soldados y súbditos porque dependía del Ejército para preservar la Monarquía? ¿Era para él aceptable vulnerar las reglas de la equidad y pagar atrasos

a los soldados rebeldes mientras los leales seguían sin cobrar?

Este capítulo aborda semejantes disyuntivas en su exposición de los motines en los tercios de Flandes, con particular énfasis en los que se produjeron en torno a 1600, de grandes dimensiones y muy bien documentados por las distintas partes: el mando militar, las autoridades civiles y la población que padecía las consecuencias. Estas páginas abarcan los motines de principio a fin y comienzan por las causas comunes que empujaban a los soldados a la rebelión, el modo en que se organizaban y establecían los motines y cómo las tropas negociaban su relación con las autoridades y con los habitantes de los Países Bajos. Por último, proporciono testimonios acerca de cómo percibían los motines los poderes civiles y militares y qué ideas sugerían para su resolución. Mostraré además que, para los soldados de los tercios, alzarse en rebelión no significaba abandonar la lealtad a la causa de los Austrias. Estos hombres se revelaron sagaces negociantes y los motines, tanto en su organización como en la respuesta que obtuvieron de las autoridades, se parecieron a las revueltas en el ámbito civil.

Causas y estallido de los motines

Los testimonios, tanto de los soldados como de la oficialidad, indican con claridad que el agravio principal que solía llevar a la rebelión era la perenne falta de paga de las tropas. Los años con una frecuencia más elevada de motines coinciden con las épocas en que la Monarquía Hispánica atravesó penurias económicas. El Ejército de Flandes era numeroso y el Consejo de Estado y Guerra jamás disponía de recursos suficientes para pagar a todos los soldados al mismo tiempo. Siempre que se despachaban fondos a los Países Bajos, se destinaban a compañías

concretas. Cuando los soldados se rebelaban, ya fuera en el Ejército de Flandes o en Italia, su principal demanda era que se retribuyesen las pagas completas. Parecía una causa evidente y legítima para el amotinamiento, pues ¿acaso no se habían ganado honradamente sus salarios? Como ha señalado Idan Sherer, en 1538, durante un motín en Sicilia, los soldados escribieron al virrey que "todos en voz de uno decimos que lo primero que pedimos es que se nos pague lo que se nos debe". De igual modo, en Amberes, en 1574, los soldados pidieron "que se nos pague los sueldos atrasados que son nuestros con justicia".



El ahorcamiento (1633), grabado de *Las grandes miserias de la guerra* de Jacques Callot (ca. 1592-1635), Rijksmuseum, Ámsterdam. Publicado en plena Guerra de los Treinta Años, este grabado muestra la ejecución de dos docenas de soldados por parte de su propio ejército. Aunque es cierto que la disciplina, fuera del campo de batalla, no siempre se cumplía, en ocasiones el soldado que cometía un delito podía pagarlo con un castigo ejemplar. De ahí que el soldado Diego Núñez Alba escribiese sobre su oficio: "licencioso sí, pero libre, decir lo han los que no saben que cosa es libertad. Porque no hay en el mundo vida tan sujeta".

Para los soldados, el pago de los salarios no era solo cuestión de justicia, sino también de necesidad. Las tropas debían comprar sus propios alimentos y su ropa, por lo que

la falta de paga podía provocar carestías inmediatas. El general Francisco de Mendoza observó, en 1598, que sus soldados "padescen mucha necesidad, no por falta de vituallas [...] sino porque no tienen un liarte con que comprarlas". En épocas de extrema necesidad, los soldados podían verse forzados a vivir sobre el terreno. Era un verdadero problema para el "pobre país" tener que "llevar tan grande peso [...] porque en la campaña no se halla con qué vivir, y lo toman por fuerza donde lo hallan". Ello dañaba la reputación de los tercios, con que Mendoza se lamentaba: "qué puede hacer gente hambrienta y desmandada donde llegare, y qué ha de sentir la del país viéndose robar sin término". Además del hambre, en los Países Bajos los soldados se enfrentaban al mal tiempo. Los oficiales sabían muy bien que, con una tropa "tan cansada y afligida del tiempo y de la hambre", la rebelión iba para largo.

La falta de paga, el hambre y las penurias fueron las causas más comunes de descontento, si bien los fermentos para el estallido del podían ser varios. El motín solía desatarse entre la tropa cuando algunos soldados sentían que contaban con apoyo suficiente para alzarse. Las fuentes no suelen mencionar los nombres de los soldados que tomaban la iniciativa, pero el alto mando estaba bien informado acerca de la identidad de los cabecillas, que, en algunos casos, fueron castigados o apartados del servicio a posteriori. El motín podía tener su origen, también, entre la oficialidad. La competitividad en la cúpula militar podía llevar a que los oficiales superiores se sirviesen del motín de su clientela para perjudicar a una facción rival. Con independencia de los catalizadores, la causa principal de todos los motines fue la incapacidad de las autoridades de pagar a sus tropas. Desde la perspectiva de los soldados, alzarse podía resultar en extremo lucrativo —mucho más que esperar dócilmente a que llegasen las pagas—. Ello derivaba de la organización de los motines y del sistema que las

autoridades idearon para lidiar con ellos, aspectos que tratamos a continuación.

Organización y negociación

Un motín comenzaba cuando un grupo de soldados se ponían de acuerdo para abandonar el campamento sin permiso oficial. Lo primero que hacían era buscarse un reducto y declararse oficialmente en rebeldía. A menudo, los soldados escogían una villa a la que retirarse, lugar que daría al motín un nombre particular en los registros. El número de efectivos involucrados era variable. En los últimos años del siglo XVI, los motines se volvieron cada vez más largos y costosos, con una cifra de tropas considerable. Casi dos mil hombres participaron en el motín de Weert (1600-1602); en torno a tres mil en el de Hamont y Diest (1599-1601) y más de cuatro mil en el de Diest (1606-1607). Los soldados españoles, italianos, borgoñones, valones y alemanes solían amotinarse juntos. A pesar de las elevadas cifras de participantes, ningún motín amenazó con provocar la rebelión de todo el ejército, aun cuando el miedo a una "alteración general" era omnipresente en las mentes de las autoridades civiles y militares.

Para que el motín tuviera éxito, era crucial que los soldados permaneciesen unidos, de ahí que la organización del liderazgo fuese tan importante como dar con un lugar donde acantonarse. Los soldados escogían un cuerpo de gobierno, o consejo, y un líder, el electo, que actuaban como autoridades y portavoces. El electo y el consejo tenían sus propios secretarios, llevaban un registro y, en ocasiones, incluso usaban un sello distintivo para autentificar su correspondencia. Para forjar una identidad colectiva y fortalecer su unidad, algunos amotinados crearon símbolos propios. Los de Hoogstraten (1602-1605) vestían de verde e

idearon una bandera oficial que mostraba a Cristo y a la Virgen junto con el lema "*Pro Fide Catholica et Mercede Nostra*" ("Por la fe católica y nuestra recompensa"). En el curso de los motines, los soldados hacían circular carteles u hojas volantes que bosquejaban los agravios padecidos y la causa común de la rebelión. El único ejemplo que se conserva, hallado por Geoffrey Parker en el Archivo General de Simancas, es obra de los amotinados de Zichem, de 1594, e incluye un listado de las razones que solían provocar el estallido de un motín:

> Cien pagas nos deven i me parece que no hacen caso de nosotros no se espanten por cosas que vieren pues ansi nos tratan pues no nos pagan lo que tanto trabajamos aun de una miseria hambre que nos dan nos la van alargando de mes a mes tanto cargan al asno que a coces echan la carga que por vida de Dios que nos lo an de pagar los que mas cerca estuvieren pues tan poco se aquerdan de nosotros juro.

El electo y su consejo eran responsables de velar por la ley y el orden. Durante la mayor parte de los motines se puso en vigor un sistema disciplinario. Cabe destacar, sin embargo, que aun cuando los amotinados de Hoogstraten adoptaron el título de "república", los soldados nunca pretendieron crear ciudades-estado independientes ni invertir el orden social de arriba abajo. Los soldados amotinados simplemente recurrían a una organización efectiva para exigir lo que les debían y presionar a las autoridades.

En cuanto los soldados habían establecido el consejo y designado a su electo, comenzaban las negociaciones con las autoridades civiles. Normalmente, los oficiales leales llevaban la iniciativa para tratar de conseguir la reconciliación, incluso antes de que los amotinados estuviesen en disposición de hablar. Los soldados que se habían retirado a Hamont en diciembre de 1599 negaron la entrada a su baluarte al primer

enviado del general Mendoza, e incluso al segundo emisario, el maestre de campo y “persona de respeto” Gaspar Zapena. Mendoza envió varias misivas, pero, aun así, los soldados rechazaron entablar negociaciones. Tampoco al tercer emisario, en enero, se le permitió entrar en Hamont, pues los soldados demandaron tratar directamente con el archiduque Alberto de Austria, gobernador de los Países Bajos españoles. En paralelo, acrecentaron su presión sobre las autoridades con llamadas a más soldados a sumarse al motín y lanzando incursiones contra las aldeas de la campiña circundante. El archiduque recibió mensajes urgentes de ciudades atestadas de campesinos aterrorizados que huían de los amotinados. Un granjero mostró al consejo municipal de Bergen, una pequeña ciudad de Hainaut, una nota enviada por el electo y el consejo de Hamont en la que estos exigían a la villa la suma de 30.000 escudos en un plazo de cuatro días. Si se negaban a pagar, los soldados se asegurarían de que toda la región sufriese “una total perdición”, en palabras del electo.



Retrato de Francisco Hurtado de Mendoza, almirante de Aragón (1601), óleo sobre lienzo de Daniel van den Queborne (1552-1602), Rijksmuseum, Ámsterdam. General de caballería del Ejército de Flandes, y comandante de todo el ejército de facto en ausencia del archiduque Alberto, el almirante deja claro en su correspondencia con este que el gran peligro cuando estallaba un motín era que los involucrados se apoderasen de una ciudad: "el [remedio] más conveniente es dividir el ejército y procurar de alojarle para que esta alteración no crezca, y dejar que el tiempo y los villanos deshagan esta ruin gente".

Dado que las autoridades no solían estar en disposición de satisfacer las demandas de los soldados, es decir, el pago de sus salarios, las dos partes negociaban un acuerdo temporal. A partir de la década de 1590, el Ejército de Flandes puso en práctica un sistema llamado "sustento", que proporcionaba a los soldados rebeldes un estipendio diario mientras aguardaban la retribución de sus pagas. Además, se les podía asignar una ciudad específica en la que residir. A cambio, accedían a defender la plaza contra el enemigo, a dejar en paz la campiña circundante y, sobre todo, a evitar que más soldados se les uniesen. Hasta el pago de sus salarios íntegros, sin embargo, los soldados seguían oficialmente en rebeldía. En marzo de 1600, finalmente, el electo y el consejo de Hamont aceptaron un sustento de 14 stuiver diarios para cada soldado de infantería y 28 para cada soldado de caballería. Además, se les cedió Diest, una pequeña ciudad cervecera de Brabante, como lugar donde permanecer mientras durase el motín. Otros soldados se dieron cuenta de lo lucrativo que resultaba el pacto y, cuando estalló otro motín aquel año, su electo escribió directamente al archiduque Alberto "para advertiros que también nosotros estamos alterados" y exigirle "contribuciones como las de los de Diest".

El sistema del sustento creó una situación excepcional, pues permitía que las tropas estableciesen sus propios enclaves rebeldes, gobernados por un electo y un consejo, y, aunque dejaban de recibir órdenes del alto mando del Ejército, todavía se los podía convencer para que combatiesen por la causa de los Austrias. Se conservan varias misivas del verano de 1600, escritas por oficiales del Ejército de Flandes, en las que pedían educadamente, y rogaban con respecto a los "alterados de Diest", que los ayudasen en la campaña veraniega contra los holandeses.

Apelaban al sentido del honor de los soldados y los impulsaban a tomar parte en acciones "dignas de ellos". También recordaron a los soldados el juramento que se les había tomado cuando se enrolaron, pues aunque malcontentos, seguían ligados a la causa de los Habsburgo: "aunque estéis insatisfechos, yo me persuado de que no seguís menos fieles por ello, ni menos deseosos del servicio de Dios y de Sus Altezas, y de la ruina de sus enemigos". Los amotinados de Diest respondieron a las peticiones de sus oficiales: unos 1600 soldados de infantería y 600 de caballería, capitaneados por su electo, marcharon en apoyo de las tropas del general Mendoza en la batalla de Nieuwpoort, el 2 de julio. En cuanto esta terminó, sin embargo, a pesar de las muchas súplicas del archiduque y sus oficiales de que permaneciesen con el ejército, regresaron a Diest.



Españoles armados invaden una casa (ca. 1610), grabado de Boétius Adamsz. Bolswert (1585-1633), Rijksmuseum, Ámsterdam. Podemos imaginar las sensaciones que se apoderarían de los campesinos o villanos cuando los soldados, aunque fuesen de su mismo bando, se apoderaban de sus casas. "Aquella vida era mejor que la de cirujano, si durase siempre estar sobre el villano", menciona el picaro Estebanillo. Por su parte, Domingo de Toral y Valdés escribiría que, en 1623, como alférez de una compañía reclutada en Medina del Campo y Alaejos, condujo sus hombres a Lisboa "hurtando en el camino, que en tales alojamientos no se hace otra cosa".

La vida de los ciudadanos de Diest cambió de forma radical cuando una fuerza de tres mil amotinados entró en la villa el 19 de marzo de 1600. Un testigo escribió que, sumados las esposas e hijos de los soldados, además de seguidores como cocineros y prostitutas, el total era de seis mil personas, es decir, 1,5 bocas por cada habitante de la pequeña población. El 19 de marzo marcó el comienzo de un nuevo orden en Diest que se prolongó durante un año. El alcalde y los regidores siguieron a cargo de la población, pero con el doble de habitantes, la mitad de los cuales no

respondía sino ante el electo y el consejo. Los registros mencionan el periodo comprendido entre marzo de 1600 y febrero de 1601 como “el motín”, y los amotinados aparecen con frecuencia en las actas municipales. El Ayuntamiento tuvo que pedir permiso al electo para el cobro de impuestos y este abolió una tasa sobre la cerveza que había entrado en vigor el año anterior. El consistorio disminuyó los gravámenes a los vecinos que no podían seguir usando sus propiedades, “pues los amotinados se han apoderado de su espacio vital, lo usan como establo para sus caballos o los han privado de otro modo de lo que es suyo por derecho”.



Retrato del archiduque Alberto (ca. 1601-1620), óleo sobre lienzo de Frans Pourbus el Joven (1569-1622), Groeningemuseum, Brujas. Gobernador de los Países Bajos junto a la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II, el archiduque actuaba en teoría como soberano de los Países Bajos, pero dependía en la práctica de la corte de Madrid, como evidencia que, en los años de los motines de Hamont y Hoogstraten, escribiese con insistencia al duque de Lerma para pedirle fondos: "crea (V. S.) que en cuanto no se diere alguna satisfacción general al ejército, que habremos de tener cada día motines".



¿Castigo o perdón?

La vida de un amotinado que recibía un sustento y residía en una ciudad según su propia ley debió de haber sido preferible a una existencia de hambre y carestía en campo abierto. Una de las razones que hicieron habituales los motines en los tercios es que su desenlace podía considerarse un éxito: cuando los soldados se rebelaban, sus comandantes de pronto los escuchaban y con frecuencia les concedían sus demandas. Aun así, el sustento era extremadamente costoso, y las autoridades comprobaron con aflicción que no era una solución definitiva. La infanta Isabel Clara Eugenia escribió al duque de Lerma, en abril de 1600:

> No puedo dexar de deciros que mientras no se pague lo que se debe á este exército, que no hay que hacer caso dél, porque está á peligro cada dia de los motines, que son de la importancia que sabéis para todo, y se gasta el doble más con ellos, sin poderse hacer otra cosa, y se pierde la reputación.

Desde el punto de vista de las autoridades, la mejor forma de lidiar con un motín, de lejos, pasaba por suprimirlo en su estadio primigenio, antes de que pudiese desembocar en una rebelión a gran escala. La prioridad era siempre evitar la "alteración general", ya que, si el Ejército se perdía, sería imposible conservar los reinos de la Monarquía Hispánica. El modo ideal de aplacar una rebelión en ciernes consistía en disciplinar con severidad a los cabecillas y, así, "atemorizarle [al ejército] con el rigor del castigo". Esta opinión estaba muy extendida y se expresaba no solo en las cartas de los oficiales en campaña, sino también en tratados políticos. El jurista Jerónimo Cevallos incluyo en su *Arte real para el buen gobierno* (1623) el aforismo según el cual "en motines se deven castigar las cabeças, y perdonar a los demás". En 1600, un autor anónimo presentó al archiduque Alberto un memorando en el que equiparó el motín a un cáncer que consume totalmente un cuerpo político a no ser que se lo

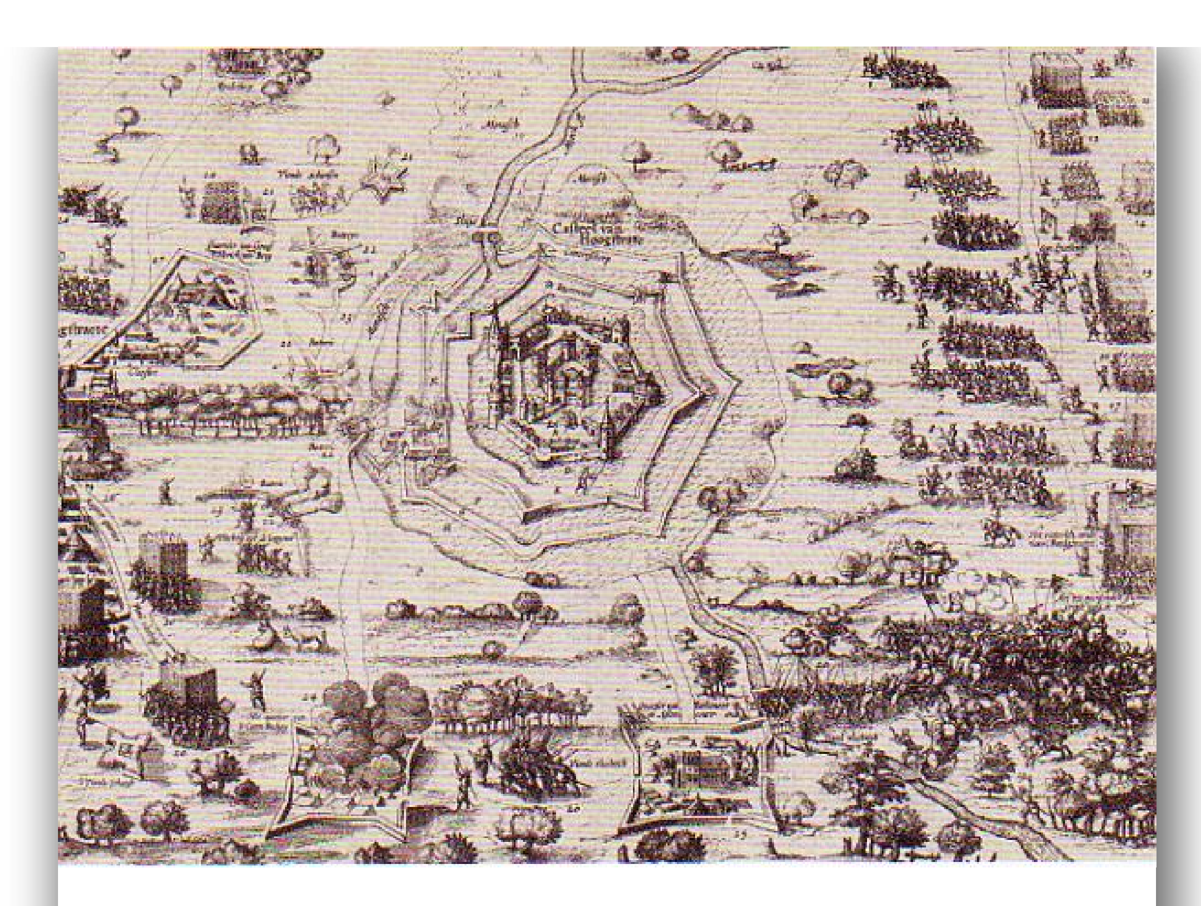
corte de raíz. Asimismo, las autoridades eran conscientes de la injusticia del sistema de sustento. A fin de cuentas, como observó el autor: "se paga solamente á los que se amotinan, y los que no, se dejan en blanco, que por allí llegan á padescer extrema pobreza". Así pues, si el castigo severo e inmediato era tenido por la opción más adecuada y justa, ¿por qué las autoridades negociaban tan a menudo con quienes consideraban rebeldes y se decantaban por una solución que, en palabras de un oficial, era "el mal menor".

Las autoridades de Flandes dependían de Madrid para la obtención de fondos con los que mantenerse al día en el pago de los soldados. Atender las quejas de estos implicaba con frecuencia un coste económico, y por ello Bruselas carecía a menudo de la capacidad de aminorar el descontento con una mejora de las condiciones. Los soldados eran conscientes y, en 1599, apremiaron a Mendoza para que suplicase al archiduque que comunicase a Madrid en sus cartas la carestía que padecían. Sin embargo, los consejos reales recibían a diario peticiones de fondos desde cada rincón de la Monarquía Hispánica. La dolorosa ironía es que, con frecuencia, era necesario un motín en ciernes para persuadir a los consejeros de la gravedad de la situación, de modo que los caudales solicitados llegaban invariablemente mucho después de que pasase la coyuntura en la que hubiera sido posible frenar la escalada. Para castigar a los amotinados, además, los oficiales debían ordenar a sus hombres que empuñasen las armas contra sus propios camaradas, un riesgo que normalmente no tomaron por falta de seguridad. Como indicó en 1599 el general Mendoza: "por lo menos sería imposible hacerlos pelear con los amotinados, porque llegado á esto se guardan grande hermandad". Su temor que los soldados saboteasen la artillería y se negasen a luchar, o, en el peor de los escenarios, que se sumasen a los amotinados. Así pues, cada vez que consideraba aplastar el motín por las armas, lo descartaba con frustración,

“porque por fuerza de armas estoy desengañado (con harto sentimiento mío) que no pueden castigarse, como yo quisiera hacerlo, porque no hay con quien intentarlo que no sea de mayor inconveniente”.

A menudo, sin embargo, la decisión de negociar con los amotinados no se explicaba solamente por la necesidad. Las fuentes dejan patente una simpatía genuina hacia las súplicas de los soldados. Tanto los oficiales como las autoridades civiles eran conscientes de las difíciles condiciones del Ejército de Flandes y de su deber de aliviar los padecimientos de los soldados. En 1606, durante un motín, la infanta Isabel se lamentó:

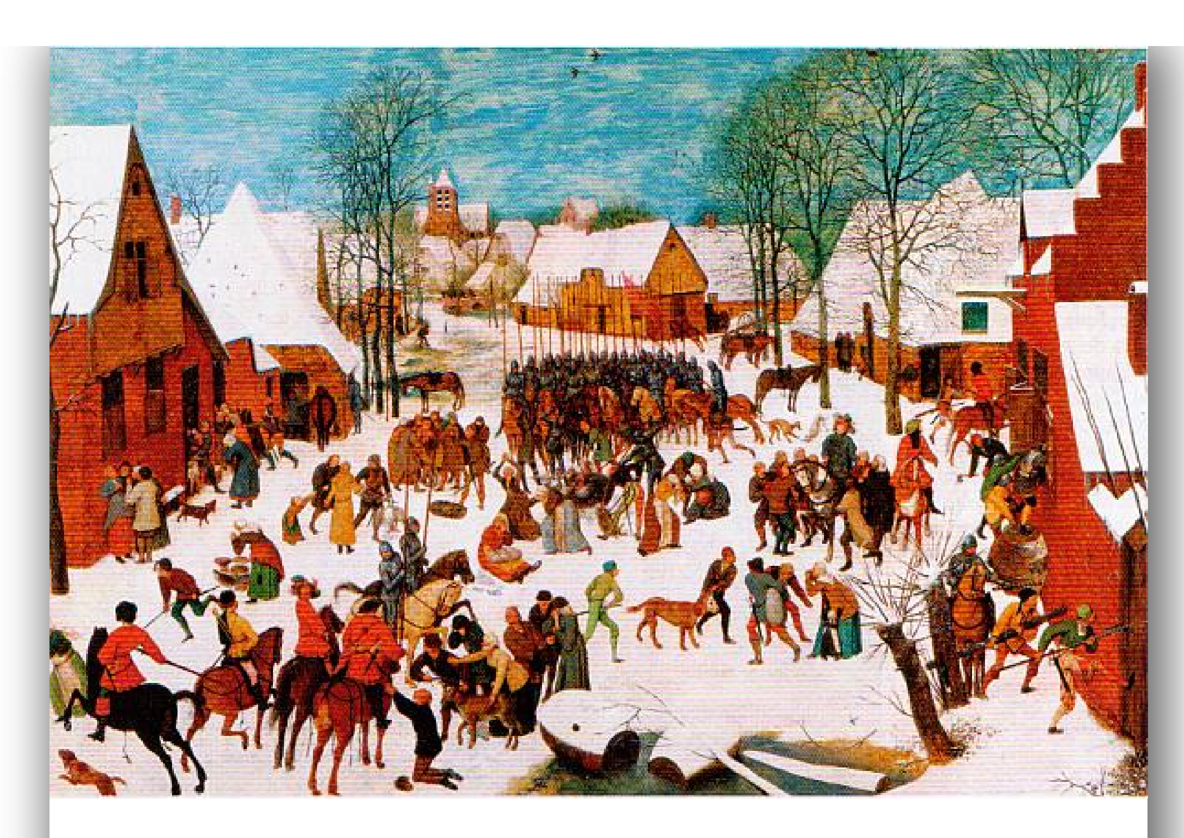
> Ahora lo que nos dá cuidado es este motín, aunque se hace todo cuanto se puede para acomodallo y para que no fuese todo el exército. Sería mucho menester socorrer la gente, que verdaderamente han trabaxado mucho este año por el tiempo que ha hecho, que lo más han andado con el agua á la rodilla, y se les han podrido á muchos los vestidos en el cuerpo de mojados: y tras eso han pasado gran necesidad.



Mauricio de Nassau socorre a los soldados españoles amotinados en el castillo de Hoogstraten (ca. 1603-1605), grabado anónimo, Rijksmuseum, Ámsterdam. Los soldados amotinados del Ejército de Flandes en Hoogstraten, sitiados por las tropas leales en 1603, recurrieron a un extremo hasta entonces inédito: pedir ayuda al enemigo holandés, Mauricio de Nassau, que acudió con el Ejército de las Provincias Unidas y obligó a los católicos leales a levantar el asedio. Ya antes, en el motín de Zichem de 1594, se habían producido duros choques entre soldados leales y amotinados.

Fue quizá en parte por esta consciencia de no haber cumplido con su cometido que el Consejo de Estado, desde Madrid, respondió a los motines del Ejército de Flandes con un pragmatismo inusitado. En sus debates, los consejeros se abstuvieron, por norma general, de alegar un quebranto de la buena fe o una traición, sino que más bien abordaron los motines como un problema financiero. Durante el gran motín de 1599-1601, el consejo recomendó a Felipe III que

priorizase “la conservación y aumento de sus Reynos”, y llegó a considerar el cobro de impuestos especiales en Castilla para el pago del sustento. Cargar a los súbditos leales con el coste del motín podía ser injusto, pero la preservación de la Monarquía contemplaba medidas extraordinarias. Después de todo, los súbditos castellanos tenían el deber de asistir al monarca en tiempos de necesidad. Dicho de otro modo, para el rey y su Consejo de Estado, hallar soluciones al problema de los motines en Flandes estaba ligado a la supervivencia de la Monarquía.



La matanza de los santos inocentes (ca. 1565-1567), óleo sobre lienzo de Pieter Brueghel el Viejo (ca. 1525/1530-1569), Royal Collection, Windsor. Pintado al inicio de la Guerra de Flandes, este cuadro refleja, además de un conocido episodio del Nuevo Testamento, las crecientes tensiones entre el Ejército y la población civil en los Países Bajos. "El dinero es el nervio de la guerra", escribió Cicerón. Sin embargo, Maquiavelo replicó: "no es el oro el nervio de la guerra, sino los buenos soldados". Para el florentino, el dinero era "una necesidad que los buenos soldados saben satisfacer". Es decir, que la razón de Estado obligaba a tolerar hasta cierto punto los abusos soldadescos sobre la población.

Regreso y reconciliación

La solución final de todo motín solía pasar por la llegada de una gran suma de dinero que facilitase el pago de los atrasos y restableciese la obediencia de la tropa.

En el caso del gran motín de 1599-1601, los amotinados recibieron un pago final de 518.000 escudos hacia el 22 de febrero de 1601 y poco después se reintegraron en el

Ejército de Flandes como soldados leales. Durante su estancia de once meses en Diest se les pagó un total de 27.873 escudos en concepto de sustento, sin contar con los forzosos desembolsos adicionales de la ciudad. Con el añadido de la suma final, el gran motín de Diest constituye el más costoso que vivió jamás el Ejército de Flandes.

Cuando llegaba la hora de dilucidar si los soldados debían rendir cuentas por sus acciones al término de un motín, las autoridades de nuevo debían contrapesar sus designios con la realidad. En teoría, el castigo era la opción predilecta, pero, en la práctica, en Consejo de Estado argumentaba con frecuencia en su contra por razones de Estado. El 22 de abril de 1601, el consejo discutió acerca de una serie de cartas de Flandes que incluían una lista completa de los soldados que habían participado en el gran motín de Diest. Los consejeros opinaron que todos ellos eran merecedores de un castigo ejemplar por su ofensa contra el rey y el sufrimiento que habían causado al país. No obstante, el consejo consideró que:

> Aunque en el fuero de la conqienqia abría poco que dudar por la violencia y mal animo de los amotinados por la insolencia y notoria injusticia de muchas de sus pretensiones, y el notable desacato contra el servicio y obediencia que deven a V.M.d como vasallos y a los ministros que en su real nombre los governavan, todavía la razón del Estado pide diferente consideración.

El consejo recomendó al rey que tomase nota de los nombres de los cabecillas para, quizá, castigarlos después conforme a las leyes de sus propios Estados por los crímenes cometidos durante el motín. En algunos casos, las autoridades repartían, entre la cúpula militar y la oficialidad de todos los reinos de la Monarquía, un listado con los nombres de los soldados que habían participado en el motín

para que estos no pudieran volver al servicio del rey y tuvieran que ser desbandados. En cuanto la situación lo permitía, las autoridades retomaban la política del castigo. Tras la pacificación de otro motín en 1607, cuando las fronteras de los Países Bajos eran bastante seguras gracias a un armisticio con las Provincias Unidas, el archiduque Alberto se sintió capacitado para imponer mano dura. Todos los antiguos amotinados fueron expulsados de los territorios habsbúrgicos bajo pena de muerte y jamás pudieron regresar.



La ejecución del guardián de Kufstein (siglo XVIII), grabado de Hans Burgkmair (1473-1531), Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Esta imagen procede de una xilografía elaborada entre 1514 y 1516 para Der Weisskunig ("El rey blanco"), un libro de caballería inspirado en la vida del emperador Maximiliano I, y se identificó, al imprimirse en el siglo XVIII, como la ejecución de varios lansquenetes amotinados. Las autoridades militares y los teóricos políticos convenían en que, cuando fuese posible, debía cortarse de raíz todo conato de motín por medios drásticos.

Los soldados de los tercios, en resumen, recurrieron a los motines como medio con el que presionar al mando del Ejército y las autoridades civiles para que mejorasen sus condiciones y, en especial, que les pagasen sus sueldos. Los motines fueron largos, contaron con una buena organización, costaron grandes sumas de dinero y paralizaron al Ejército. Durante el motín, los soldados dejaban de reconocer toda forma de autoridad que no fuese la suya, a pesar de lo cual mantuvieron su orgullo profesional y su fidelidad a la causa austríaca. En ocasiones, los amotinados acudieron en auxilio del Ejército, pero en sus propios términos y bajo la bandera de su electo.

Los procedimientos empleados durante las negociaciones entre los soldados amotinados, el alto mando y las autoridades civiles, como el uso de emisarios y negociadores distinguidos para mediar e intercambiar mensajes, recuerdan a los procesos pacificadores de las alteraciones civiles. La palabra "motín" se usaba como sinónimo de "alteración" y podía hacer referencia, a su vez, a una revuelta en el ámbito civil. Ambas clases de rebelión fueron equiparadas a enfermedades del cuerpo político, y los motines llegaron a abordarse en tratados de teoría política. Desde la perspectiva de las autoridades, había fuertes paralelismos en la respuesta a las alteraciones soldadescas y civiles, pues ambas generaban un dilema parecido. Un rey o un general debían impartir justicia y, por ende, castigar a los rebeldes y recompensar a los leales, fuesen soldados o civiles. Al mismo tiempo, sin embargo, dependían del apoyo del Ejército y la población civil para preservar su poder y su posición. Las rebeliones generaban una situación de necesidad en la que tanto los gobernantes como el mando militar debían optar, a menudo, por soluciones pragmáticas y de compromiso por encima de lo que dictaba la justicia. Quizá no sea sorprendente, pues, a fin de cuentas, los

soldados de los tercios no eran solo empleados, sino también súbditos juramentados del rey de España. ■

6

De Rávena a Rocroi. La experiencia del combate

Idan Sherer



MOSQUETERO ESPAÑOL, 1640. El aspecto de los soldados hispánicos que combatieron en la batalla de Rocroi no sería muy distinto del de nuestro hombre, que viste camisa, jubón, calzas y medias, y calza botines en lugar de zapatos, una moda que comenzó a extenderse en la década de 1630. No lleva armadura de ningún tipo —solo los piqueros las llevaban entonces— y, aunque porta una espada

con su bandolera, en el combate cuerpo a cuerpo prefiere blandir su mosquete como maza, pues los aceros de los soldados de a pie no siempre eran de calidad.

A principios del siglo XVII, cuando la guerra en los Países Bajos parecía encaminarse a un punto muerto y una tregua, estaba claro ya para muchas personas de entonces que los tercios españoles eran el instrumento militar más eficaz de que disponía la Monarquía Hispánica. Se convenía que, a todos los efectos, los tercios españoles eran "el nervio principal del ejército y sin los cuales ninguna buena facción se ha hecho por lo pasado ni se hará en lo venidero". Ya antes de la creación de los tercios como unidades regimentales individuales en la década de 1530, y sobre todo a partir de ese momento, quedó de manifiesto que la infantería española se había convertido en una de las unidades militares europeas más efectivas y temidas, a la par que más brutales. Desde Túnez y Argel, a través de Italia y Grecia, hasta las estepas de Europa oriental y los Países Bajos, los soldados españoles combatieron en casi todas partes a los enemigos de la Corona española y de la fe católica.

Llegar al campo de batalla

Durante los siglos XVI y XVII se reclutaron anualmente en la península ibérica unos seis mil soldados para combatir en las fronteras de una Monarquía Hispánica en expansión. Mucho antes de que estos hombres experimentasen los sinsabores de la batalla, debieron afrontar otras duras, y a menudo insoportables, condiciones del servicio, tan importantes en la elevada mortalidad entre los soldados de la modernidad temprana como las propias acciones de guerra. Con frecuencia, los combatientes llegaban al campo de batalla en condiciones precarias. El soldado Diego Núñez Alba, que combatió en las filas

imperiales durante la Guerra de Esmalcalda (1536-1547), comentó:

> Porque al desastrado soldado, después de haber sus parientes visto muertos, y escapado, como pescado por malla rota, con la persona toda quebrantada, habiendo trocado los años, que de la vida se le han disminuido, por enfermedades que le acompañen los que le quedan de vivir, todo en servicio del rey, acabada la jornada, piensa el rey, que con pagarle su sueldo no le queda nada a deber, y hecha la cuenta de lo que de él ha podido ahorrar, por diez tanto no arriscarás una sola vez la vida cuanto más tantas cada día. Y como seas soldado privado, todo el mundo se reiría de ti, si algo te viesen demandarle, como si tus carnes no fuesen de carne, para haber sentido tanto el trabajo, como los que pretenden las mercedes, mayormente si acaso has sido criado en tanto regalo como ellos.

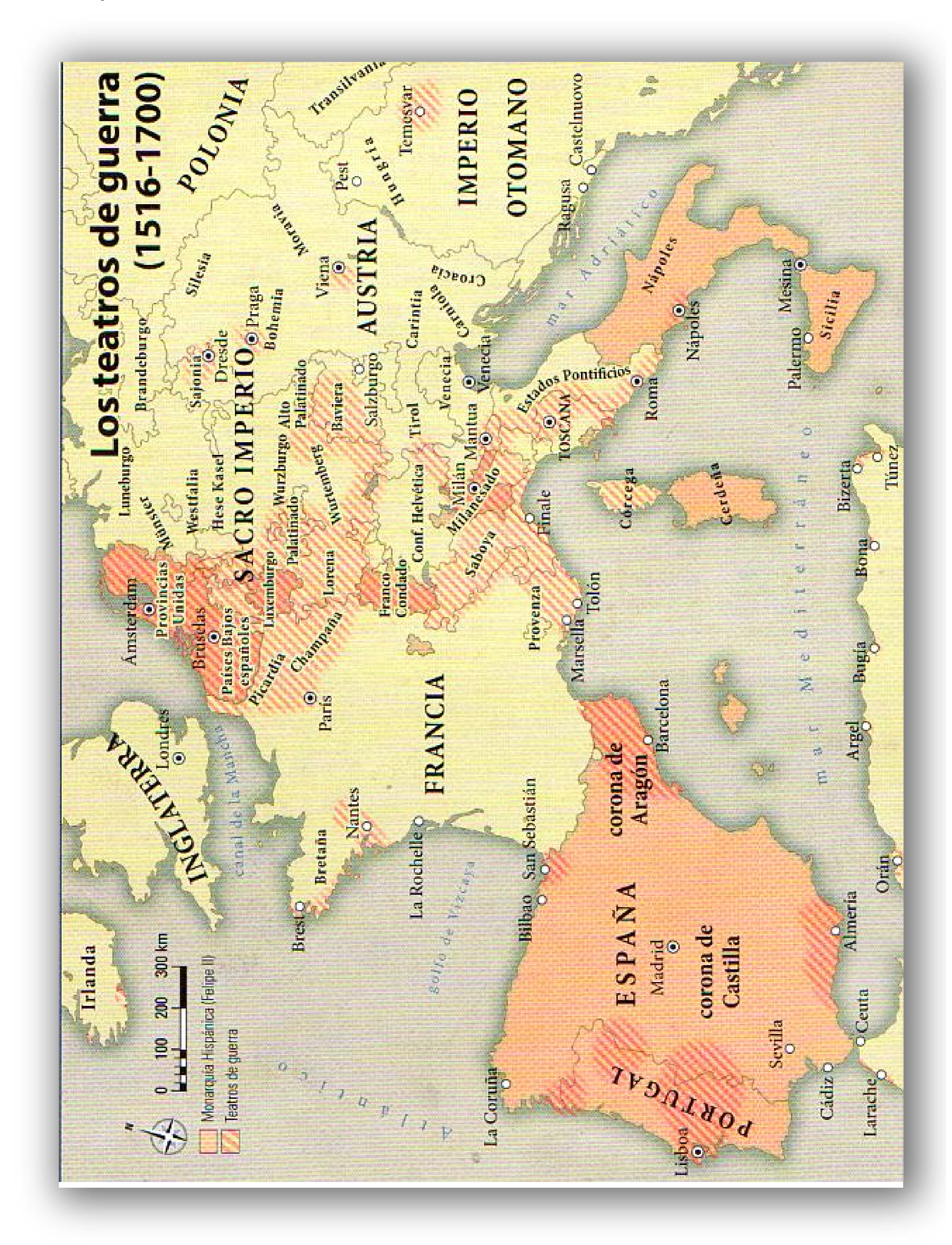
En el *Quijote*, Miguel de Cervantes, él mismo soldado, describe dichas condiciones: “Y a veces su desnudez suele ser tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando al raso, solo con el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza”. En 1587, don Antonio de Zúñiga llegó a Flandes con sus reclutas y el duque de Parma escribió que “no solo vienen desarmados, sino desnudos y maltratados, que es la mayor lástima del mundo, y tanto, que no creo que se haya visto jamás tanta miseria en la nación española”. Esta y otras imágenes similares eran frecuentes y difícilmente sorprenderían a nadie que conociese la realidad de la guerra en la Europa de aquellos tiempos.

La mayor parte de los soldados estaban mal pagados, una deficiencia importante en un ejército de carácter fundamentalmente profesional. Los soldados de los tercios

españoles estaban habituados a esta realidad. Tras la batalla de Pavía (1525), a las treinta y tres compañías españolas del Ejército de Lombardía se les debía la impactante suma de 200.000 ducados; los ocho mil españoles que marcharon sobre Roma en 1527 le exigían 150.000 ducados al duque de Borbón, y entre 1573 y 1607, estallaron cuarenta y cinco motines en Flandes a causa de las pagas atrasadas y las duras condiciones del servicio. Así pues, los soldados españoles que llegaban al campo de batalla padecían casi siempre penurias o alguna suerte de insuficiencia monetaria y, sin lugar a duda, el motín se convirtió en una práctica habitual a lo largo de la historia de los tercios.

Visto lo visto, parece sorprendente que, a pesar de todo, muchos de los combatientes estuviesen muy motivados. Los soldados españoles conformaron y mantuvieron una sólida hermandad guerrera con un elevado *esprit de corps*, aunado con un profundo compromiso nacional y religioso, que les permitió mantener, en términos generales, una eficacia notable. El soldado Bernardino de Mendoza dedicó en 1573 un tratado al rey Felipe II, a quien "Dios le ha enviado al mundo para sembrar las armas y banderas de V. A. por tantas partes de él en aumento de la fe católica". Cuando los españoles tuvieron que dejar los Países Bajos en 1577 para regresar a Italia, parece ser que "dijeron que no tardarían en volver en defensa de la fe católica y la autoridad real". El célebre sargento mayor Francisco de Valdés escribió que "donde no oviere temor de dios, y no fuere el principal fundamento buscar su Gloria y honra, no puede aver cosa buena". Al dirigirse a los españoles amotinados en Amberes en 1574, el capitán general Luis de Requesens les dijo: "Acordaos, señores, que sois españoles, y que vuestro Rey y señor natural es sólo él que hoy defiende la religión católica, que por nuestros pecados está en la mayor parte del mundo tan perseguida y trabajada". Los soldados españoles eran profesionales, pero estaban orgullosos de su nación y su fe,

cosa que contribuyó en buena medida a su éxito en los campos de batalla.

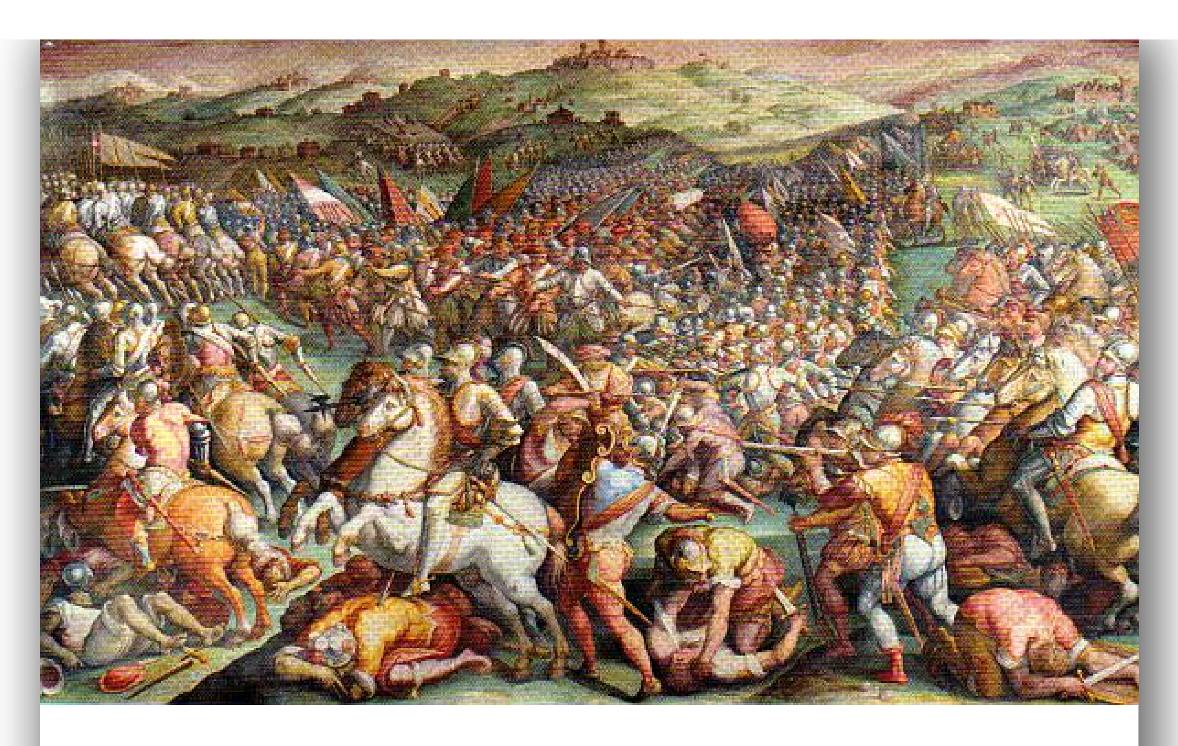


El nuevo arte de la guerra

La guerra estaba cambiando con rapidez y, con ella, los campos de batalla europeos. A comienzos del siglo XVI, la infantería española implemento innovaciones tácticas y tecnológicas que habían comenzado a definirse a mediados del siglo XV. En sus guerras contra los borgoñones, y más tarde contra los Habsburgo, los suizos expandieron el uso a gran escala de larguísimas picas junto con el de armas más tradicionales como la alabarda y el espadón. Formadas en cuadros apretados con picas prominentes de 5 m de longitud, las falanges suizas derrotaron una y otra vez a los caballeros alemanes y pusieron de relieve la decadencia de la caballería medieval y las tácticas que maximizaban las habilidades de esta.

Los suizos, sin embargo, no fueron los únicos heraldos del cambio. A finales del siglo XV, muchos príncipes y generales de toda Europa eran conscientes de la necesidad de implementar la tecnología y el conocimiento de las armas de fuego. Primero a través de sencillos arcabuces y más tarde con los pesados mosquetes, las nuevas tácticas de infantería comenzaron a tomar forma y ser puestas a prueba a principios del siglo XVI en las Guerras de Italia. Cuando se organizaron los tres primeros tercios en 1536, las tropas se componían ya de arcabuceros y piqueros. Estas tácticas dejaron obsoleta la caballería pesada, que tuvo que adaptarse a las nuevas circunstancias. Las nuevas tropas montadas eran más ligeras y ágiles e iban equipadas a menudo con armas de fuego de ligeras. Además, aunque los ejércitos de la Europa moderna se componían principalmente de infantería, el papel de la caballería estaba lejos de haber terminado.

El advenimiento de la artillería fue otra variable importante en la rápida transformación de los campos de batalla. Debemos tener en cuenta que, en el siglo XV, la efectividad y el atractivo de los cañones se reducía sobre todo a los asedios, mientras que su empleo en las batallas campales resultaba controvertido, cuando no manifiestamente ineficaz. A pesar de todo, nuevos desarrollos en la capacidad de desplazar las piezas pesadas y en la fabricación de cañones ligeros más apropiados para el campo abierto hicieron posible que en Rávena (1512), por primera vez en la historia, una batalla comenzase con un intercambio de artillería entre las piezas del ejército hispano-pontificio al mando de Ramón de Cardona y las del ejército francés de Gastón de Foix. Aunque muchos, desde Maquiavelo hasta Blaise de Monluc, se mostraban reacios e impasibles ante el uso de la artillería, los efectos de esta podían revelarse considerables, como la infantería española aprendió en el curso de la batalla. Además, aunque en general la artillería se desplegaba la mayor parte del tiempo contra las inmensas fortalezas que comenzaron a germinar por Europa como respuesta al nuevo desafío, en las mentes de los hombres de la época el arma había quedado profundamente grabada. Las obras de arte de los siglos XVI y XVII reflejan estas dramáticas transformaciones, que algunos autores consideran parte de una "Revolución militar europea" que culminó cuando España estaba enzarzada en guerras en Alemania, Francia y los Países Bajos.



La batalla de Marciano en Val di Chiana (ca. 1570-1571), fresco de Giorgio Vasar! (1511-1574), Palazzo Vecchio, Florencia. Antonio di Montalvo, secretario del gran duque de Toscana, escribió que esta batalla, que enfrentó en 1554 a los ejércitos de Carlos V y Enrique II de Francia, apoyados por sendos aliados itálicos —Florencia y Siena—, fue tan cruenta y enconada que las picas arrancaban chispas de las armaduras como si se tratase de balas de arcabuz. La victoria imperial, seguida de la conquista de Siena, rubricó la hegemonía española en Italia.

Resistencia a ultranza

El crisol de la hegemonía española se encuentra precisamente en las Guerras de Italia. La invasión de Nápoles por parte de Carlos VIII de Francia en 1494 desencadenó una serie de guerras entre España y Francia, centradas en el dominio de Nápoles y Milán, que culminaron en 1559 con ambos bandos exhaustos en términos políticos y financieros. Entre los campos de batalla de estas contiendas se cuentan algunos de los más sangrientos de los albores de la modernidad en Europa, pero que demostraron, a su vez, la

eficacia, la disciplina y la entrega de la infantería española, destinadas a convertirse en sus más preciados emblemas.

Uno de los ejemplos más dramáticos lo hallamos, sin duda, en la batalla de Rávena, en abril de 1512. Los relatos de la época aplauden la capacidad de los españoles de mantenerse en liza durante siete horas bajo un intenso y efectivo fuego artillero enemigo, primero, y luego frente a la infantería y la caballería contrarias, incluso cuando la mayor parte de la caballería propia, incluido el capitán general Ramón de Cardona, había huido y sus cañones habían quedado inservibles. La resistencia española fue tan feroz que la mayoría de los coroneles y capitanes murieron o quedaron heridos de gravedad antes de la retirada. El general francés Pierre du Terrail, caballero de Bayard, presente en la batalla, comentó que "jamás antes se ha visto mejor defensa que la de los españoles, que, sin brazos ni piernas, mordían a sus enemigos". Fue, sin embargo, la disciplinada y ordenada, aunque costosa, retirada de los hispanos, lo que más impresionó a los escritores de la época. El historiador y estadista italiano Francesco Guicciardini escribió que los españoles, "retirándose más que siendo expulsados del campo de batalla", dejando tras de sí unos tres mil muertos y heridos entre el río y un foso, lograron zafarse en orden y sin romper los escuadrones remanentes. Esta gesta extraordinaria llevó a algunos españoles a poner en duda que los franceses pudiesen considerarse victoriosos, pues también ellos habían perdido miles de hombres, incluido su ilustre comandante, Gastón de Foix, muerto por un pequeño destacamento español que trataba de refugiarse en Rávena. Tras esta batalla, la reputación de los infantes españoles comenzó a consolidarse.

La defensa de Castelnuovo (actual Herceg Novi, en Montenegro), aunque no se trató de una batalla campal, constituye un símbolo equiparable al de Rávena de la determinación española. Cuando el almirante otomano

Jeireddín Barbarroja asedió la ciudad en julio de 1539 con su flota y un ejército de cincuenta mil hombres, hacía meses que la guarnición española de cuatro mil soldados al mando del maestre de campo Francisco Sarmiento sufría carestía debido a la incapacidad del almirante genovés Andrea Doria de abastecerlos de dinero, víveres y municiones. Tras dos semanas de intenso bombardeo que demolieron las murallas y torres de la ciudad, e incesantes asaltos de los jenízaros, todos ellos rechazados por los españoles con graves pérdidas, en agosto los otomanos consiguieron penetrar en la ciudad. El sangriento final de los españoles fue relatado por los autores de la época de forma apasionada para enfatizar el simbólico martirio ante los amenazantes infieles. A pesar de las exageraciones, su negativa a rendirse ante las adversidades fue impresionante, en especial si se tienen presentes los prejuicios contra los soldados de la época. Unos doscientos de ellos se refugiaron con sus familias y criados en una de las últimas fortalezas de la ciudad, mientras que los demás, exhaustos y heridos, congregados alrededor de Sarmiento en una de las plazas centrales, lucharon hasta la muerte contra oleadas de infantería y caballería otomanas, lo que convirtió el asalto final de Barbarroja en una sangría. Consciente de que toda resistencia era inútil, uno de los capitanes con vida, cobijado en el castillo, rindió la plaza. Muchos de los supervivientes fueron masacrados o esclavizados por los otomanos. La defensa a ultranza elevó el renombre de los españoles y devino en un símbolo de su resistencia, honor y determinación.

En un sentido general, las batallas de las Guerras de Italia demostraron que la experiencia del soldado en combate estaba cambiando. Ya en Ceriñola (1503), los españoles eran plenamente conscientes de la importancia de las armas de fuego cuando, gobernados por el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, rechazaron los escuadrones de

piqueros suizos, al igual que sucedió en 1522 en la batalla de Bicoca. La lluvia de disparos de los arcabuceros españoles y la artillería de los dos bandos demostró a ojos vista que el arte de la guerra estaba cambiando con rapidez. También en la decisiva batalla de Pavía los arcabuceros españoles tuvieron un papel clave, pues fueron capaces de destruir la caballería pesada francesa y de tomar prisionero al rey Francisco I de Francia. Los españoles aprendieron pronto que las nuevas armas de fuego, a pesar de su imprecisión y su carácter impredecible, eran fáciles de manejar y requerían de una instrucción escasa en comparación con armas a distancia tradicionales como la ballesta.

La capacidad de los soldados españoles de luchar hasta el final halla eco en numerosos ejemplos a lo largo de los siglos XVI y XVII, y la reputación de los tercios no se resintió durante la Guerra de los Ochenta Años y la Guerra de los Treinta Años. La batalla de Rocroi (1643) es recordada sobre todo como una derrota dramática del ejército español en una época de decadencia generalizada, pero también por la resistencia a ultranza de los tercios, que se negaron a rendirse a los franceses, fueran cuales fuesen las consecuencias, y solo lo hicieron cuando se les prometió que podrían abandonar el campo de batalla con sus armas y banderas. Así, aunque la batalla se saldó con una dura derrota, los españoles perseveraron en conservar su honor y entrega como fuerza de combate. El historiador Fernando González de León comentó, al respecto de la resistencia de los españoles, que el liderazgo y las cualidades de los mandos fueron relevantes, pero “la lealtad, la disciplina, el orgullo nacional, la cohesión de las unidades y la entrega hacia el rey de España fueron igualmente importantes”. Parece, pues, que, durante más de un siglo y medio, la efectividad de los tercios españoles se mantuvo como uno de sus principales activos.

Los campos de batalla de los siglos XVI y XVII eran brutales y sangrientos. Los soldados de los tercios se encontraban casi siempre apretados en cuadros de picas y arcabuces o mosquetes y tenían que soportar furiosas cargas de caballería, salvas incesantes de artillería y el fuego de las armas individuales para tratar de sobrevivir al embate final y emerger victoriosos. La implementación de una disciplina estricta, de ejercicios militares y la estandarización de los ejércitos europeos, que comenzaron en la joven República de las Provincias Unidas en la década de 1590 y culminaron con las reformas de Gustavo Adolfo de Suecia en las de 1620 y 1630, volvieron más eficaces las tácticas de infantería y, aunque más adelante en esa misma centuria el choque entre dos cuerpos de picas y mosquetes se volvió menos frecuente, casi siempre producía unos efectos devastadores. Diez mil soldados murieron en Rávena en 1512, otros tantos en Pavía en 1525 y tantos como doce mil en Ceriñola en 1544. Las batallas campales de la Guerra de los Ochenta Años fueron más pequeñas en comparación, pero la ratio de bajas de los tercios podía seguir siendo elevada. En la batalla de Nieuwpoort (1600), por ejemplo, murieron o fueron apresados dos mil quinientos de los nueve mil soldados católicos, incluidos numerosos oficiales. A pesar de que muchos de ellos podían padecer sufrimientos o incluso morir a causa de las duras condiciones del servicio mucho antes de llegar al campo de batalla, está claro que en tales escenarios podían amontonarse cantidades ingentes de muertos y heridos en cuestión de horas.



Una batalla (ca. 1615-1650), óleo sobre lienzo de Pieter Snayers (1592-1667), Rijksmuseum, Ámsterdam. Este cuadro representa, aunque no está identificado como tal de manera oficial, la batalla de Fleurus (1622), en la que el ejército al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba y Cardona, descendiente del Gran Capitán, se enfrentó con las huestes mercenarias de Ernst von Mansfeld y Christian de Brunswick. Estos dos empresarios militares protestantes, al servicio hasta hacía poco del elector palatino, lanzaron continuas y masivas cagas de caballería contra los tercios, que lograron rechazarlas merced a su proverbial solidez.

Los interminables asedios

Se suele considerar a las batallas campales más dramáticas e interesantes que otras operaciones, pero no debemos olvidar que los ejércitos pasaban la mayor parte del tiempo en arduos y prolongados asedios. El advenimiento de la artillería conllevó la sustitución de los altos y delgados muros medievales de las plazas estratégicas por muros bajos e increíblemente espesos, rodeados de fosos, parapetos y, lo más importante, de una serie de bastiones que podían convertirse en excelentes puntos de observación y mataderos

de tropas enemigas. Cuando los soldados españoles sitiaron la pequeña ciudad de Prato en 1512, los muros de la ciudad no fueron rivales para las diversas piezas de artillería que abrieron brecha tras días de bombardeo y propiciaron que la ciudad fuese tomada por asalto. El coste de la novedosa técnica de la traza italiana, dirigido a asegurar la integridad de las defensas contra un asedio prolongado, solo estaba al alcance de unos pocos.

Los asedios eran, con frecuencia, procesos largos y en extremo complicados que hacían entrar en juego todas las funciones de los ejércitos de los albores de la Edad Moderna. Además de un elevado número de soldados de infantería para el asalto de los muros o las brechas, los ejércitos empleaban artilleros, ingenieros, zapadores y caballería ligera. El asedio de Florencia por un ejército imperial entre 1529 y 1530 fue un proyecto de gran envergadura, dadas las dimensiones y capacidades de la propia ciudad. Se prolongó durante diez meses y los ocho mil españoles que participaron en él tuvieron que sobrellevar meses de hostigamiento de los defensores, pues los diversos asaltos no concluyeron con éxito. Casi siempre que los sitiadores se enfrentaban a una gran ciudad bien fortificada, no podían hacer más que matar de hambre a los defensores e impedir que recibiesen ayuda del exterior. En efecto, cuando se desvanecieron las esperanzas de socorro, Florencia se rindió para librarse del brutal asalto que se hubiera acabado produciendo.



Vista caballera del asedio de Alkmaar (ca. 1600), óleo sobre lienzo anónimo, Stedelijke Museum, Alkmaar. La primera ciudad de los Países Bajos en resistir con éxito un asedio formal del Ejército de Flandes fue Alkmaar, en 1573. No es difícil adivinar el motivo, pues, como vemos, esta población amurallada del norte de Holanda se asentaba en un terreno pantanoso que obligó a los sitiadores españoles a agudizar su ingenio para aproximarse a los muros.

Las inmensas fortalezas que construyeron los neerlandeses en los Países Bajos se revelaron un obstáculo inesperadamente eficaz para los tercios españoles y sus comandantes. Uno de los episodios mejor conocidos de la Guerra de los Ochenta Años es el exitoso asedio de Breda, entre 1624 y 1625, por el ejército de Ambrosio Spínola, que insistió en tomar esta estratégica fortaleza, símbolo de la resistencia neerlandesa, a pesar de la oposición del propio

Felipe IV. Los sitiados, unos siete mil soldados al mando de Justino de Nassau, se vieron cercados por kilómetros de trincheras, fosos, parapetos y bastiones, tanto para matarlos a ellos de hambre como para impedir la llegada de un ejército de socorro. En el clímax del asedio, las fuerzas españolas consistían en ochenta mil soldados, de los que solo una décima parte eran realmente españoles, y treinta piezas de artillería. El ejército padeció a causa del hambre y la propagación de enfermedades, pero los sitiados, cuyos padecimientos no fueron menores, se rindieron tras diez meses de asedio. La exitosa operación, por masiva e impresionante que fuese, demostró que el único modo de asegurar una gran fortaleza era rendirla por hambre, pues los asaltos resultaban casi imposibles. Los soldados de los siglos XVI y XVII tuvieron que afrontar condiciones en extremo difíciles para conseguir que construcciones tan inmensas se rindiesen sin incurrir en la violencia del asalto.

Las pérdidas humanas durante los asedios podían ser realmente asombrosas. Veinte mil hombres del Ejército de Flandes emprendieron el sitio de Bergen-op-Zoom en 1622; el 40% de ellos murió de hambre o enfermedades, o bien desertó. También los sitiados podían sufrir privaciones extremas. Los soldados españoles asediados en Lecco en 1528 padecieron "muy estrecha necesidad y hambre, comiendo carnes de caballos y ratones y gatos, hasta comer carne de perros". El soldado Martín García Cereceda se sintió obligado a recalcar que "por cierto, yo juro que la comí de otros animales no usados a comerse". Así pues, un asedio podía devenir con facilidad en la experiencia más peligrosa y agonizante con que podían toparse los soldados de los tercios. Constantemente se veían expuestos al fuego enemigo desde las murallas, a incesantes escaramuzas tanto con los defensores como contra las fuerzas de socorro, al temor omnipresente al fuego de artillería y, por supuesto, a las enfermedades y el hambre. Los españoles asediados en

Nápoles en 1528 se salvaron gracias a la propagación de una epidemia de tifus o disentería entre los sitiadores franceses, que perdieron a su general y se vieron reducidos a la mínima expresión. Si tenemos en cuenta que los neerlandeses fueron capaces de erigir numerosas fortalezas de grandes dimensiones, las campañas en los Países Bajos se convirtieron a menudo en una guerra de desgaste entre grandes ejércitos sitiadores y pequeñas pero capaces guarniciones rodeadas de fortificaciones impenetrables que podían detener durante muchos meses a los ejércitos españoles, que se debilitaban progresivamente.



La Furia española, el ayuntamiento en llamas (ca. 1576-1578), grabado de Frans Hogenberg (1535-1590), Rijksmuseum, Ámsterdam. Episodios tan violentos como el saco de Roma o el de Amberes, uno de cuyos momentos más célebres fue la quema del ayuntamiento, llevaron a los soldados a descargar sobre la población civil la tensión acumulada tras meses de penurias. En ambos casos, la situación escapó al control de los mandos, que no pudieron, y en algunos casos no quisieron, poner fin a un saco del que esperaban también beneficiarse.

Cuando rendir por hambre a los sitiados no era posible, o cuando la artillería o el minado abrían brecha, se producía el asalto, que podía involucrar elevadas dosis de brutalidad. Muchos de los soldados preferían aguardar a este momento, dado que, según las leyes no escritas de la guerra, una ciudad que debiese ser tomada por asalto pasaba a ser presa del saqueo de los vencedores. Los defensores de la ciudad o castillo no se quedaban de brazos cruzados y los asaltantes

podían esperar que los recibiesen con una tormenta de fuego de artillería y armas ligeras, así como con obstáculos en forma de contraminas, fosos y parapetos que hacían incierta su llegada a la brecha o la muralla. El historiador italiano Polo Giovio describe como, durante el asalto a Volterra en 1530, los españoles que trataban de penetrar en la plaza fueron alcanzados por incesantes salvas de arcabucería desde los parapetos, si bien "el mayor daño a los españoles que querían entrar lo causaron barriles llenos de piedras que echaron a rodar hacia abajo con gran estruendo". La realidad era tal que, en ocasiones, los asaltantes "debían caminar sobre cuerpos muertos" para seguir avanzando. A menudo, para penetrar en las fortificaciones y doblegar a los defensores, se necesitaba más de un asalto. Sin duda, estas operaciones se consideraban entre las más peligrosas a las que un soldado podía enfrentarse.

La violencia del saco

Por desgracia para amplias capas de la población, la devastación de los asaltos no concluía en las brechas. El propio peligro del ataque, sumado a la desesperación y las privaciones, desembocaban en una orgía de violencia, robo y destrucción. Los soldados de los tercios siguen siendo notorios hoy por su protagonismo en algunos de los actos más violentos acaecidos en la Europa de la temprana modernidad. Muchos historiadores pueden atribuir estos prejuicios a la Leyenda Negra que comenzó a definirse en la segunda mitad del siglo XVI, pero debemos admitir que los soldados españoles participaron realmente en algunos de los hechos más espantosos que se vivieron en las guerras europeas de los siglos XVI y XVII.

Los italianos del siglo XVI se mostraron horrorizados por los actos del saco de Prato en 1512 y los del de Roma en

1527. Uno de los defensores de Prato escribió que "los españoles, que eran más numerosos y estaban mejor adiestrados [que nosotros], entraron con tal furor que comenzamos a ceder terreno". Más adelante atestigua que, de inmediato, los españoles "tomaron la calle mayor y luego se precipitaron hacia la plaza y las iglesias, y mataron a cuantos se habían refugiado en ellas [...]. La gente era masacrada por doquier; los que llegaron a la plaza y la calle mayor fueron todos masacrados con ferocidad". Otro testigo afirma que los españoles "se esparcieron por la ciudad sin misericordia y mataron a mujeres y hombres, ya fuesen grandes o pequeños; o viejos o jóvenes, y también a sacerdotes y frailes, y toda suerte de personas; y los muertos estaban por todas partes". Los florentinos quedaron asombrados y horrorizados cuando los soldados españoles trataron de vender el botín en las calles de Florencia.

Los acontecimientos del saco de Roma de 1527 resultaron especialmente horrendos para muchos europeos, dado que el papa Clemente VII permaneció encerrado en el castillo de Sant'Angelo y los soldados alemanes y españoles arrasaron la ciudad durante días. Giovanni Bartolomeo Gattinara, hermano de uno de los consejeros más cercanos de Carlos V, Mercurino Gattinara, escribió al emperador que "después de que nuestras tropas entrasen [en la ciudad], saquearon el Burgo, y mataron a casi toda la gente que encontraron, tomando solo unos pocos prisioneros". El artista Benvenuto Cellini, supuesto autor del disparo que mató al capitán general del ejército imperial, el duque de Borbón, observó desde el castillo de Sant'Angelo cómo los españoles avanzaban en enjambres, sembrando a su paso la muerte y la destrucción: "aquellos que estaban en lugares distintos del castillo no podían ver ni imaginar [el panorama]". Los soldados españoles, famélicos, mal pagados y furiosos contra el papa por su enemistad con el emperador —rey de Castilla como Carlos I—, esperaban desde hacía meses la ocasión de

cosechar los frutos de lo que, desde su punto de vista, habían ganado con su padecimiento sin fin. Como siempre, fue la población local quien tuvo que cargar con la incapacidad de los gobiernos de la época de mantener sus ejércitos.

Uno de los sucesos que más contribuyó a consolidar la resistencia contra la Monarquía Hispánica en los Países Bajos fue el terrible Saco de Amberes de 1576, recordado aún como "Furia española". Los tercios amotinados, que esperaban unas pagas que, eran conscientes, no iban a llegar, decidieron escoger sus propios líderes, como era costumbre entre los soldados españoles amotinados, y marcharon sobre Amberes para hacerse por la fuerza con lo que creían que se les debía. Los tres días de horror se saldaron con veinte mil bajas, civiles incluidos. Un testigo escribió que: "lo que sucedió entonces fue una masacre, no solo de la guardia cívica, sino también de los buenos burgueses y otros habitantes, sin que importase su nacionalidad, que se encontraban en las calles y en sus hogares. Y los soldados españoles entonces prendieron fuego a varias viviendas y otros lugares de la ciudad, destruyendo [...] grandes bloques y vecindarios de ella". El autor añadió que, "como resultado de todo ello, la ciudad más bella de Europa está en ruinas". Al igual que en Roma en 1527, las élites locales y los intelectuales deploraron la inmensa destrucción y la pérdida de vidas que habían sobrevenido a una de las mayores ciudades del continente. El hecho de que los soldados españoles estuviesen desplegados en todos los rincones del imperio se traducía en que los mayores centros financieros y culturales de Europa estaban a merced de la ira de hombres ávidos de toda clase de recompensa económica o material.

Las empresas navales

Muchos soldados españoles se encontraron a menudo embarcados en largas y peligrosas travesías navales que podían resultar tan peligrosas como los viajes por tierra. Las galeras medievales, con sus remeros y sus espolones para la embestida, estaban siendo reemplazadas por los más estilizados galeones y enormes carracas, propulsados por complejos velámenes y capaces de montar numerosos cañones. Surcar los mares seguía siendo, sin embargo, una experiencia potencialmente adversa. Un pasajero poco hecho a tales ocurrencias escribió en 1541:

> Primeramente, el navío es una cárcel estrecha y muy fuerte de donde nadie puede huir aunque no lleve grillos y cadenas, y tan cruel que no hace diferencia entre los presos, igualmente los trata y estrecha a todos. Es grande la estrechura y ahogamiento, y calor [...]. Hay más en el navío mucho vómito y mala disposición [...]. Hay pocas ganas de comer y arróstranse mal las cosas dulces; la sed que se padece es increíble, acreciéntala ser la comida bizcocho y cosas saladas [...]. Hay infinitos piojos que comen a los hombres vivos y la ropa no se puede lavar porque la corta del agua de la mar. Hay mal olor especialmente debajo de cubierta [...]. Estos y otros trabajos son muy comunes en el navío, pero nosotros los sentimos más por ser muy extraños de los que habíamos acostumbrado.

Durante los siglos XVI y XVII, las travesías marítimas siguieron siendo peligrosas e impredecibles, pues las flotas dependían por completo de la meteorología para llegar a buen puerto. Era común que los soldados españoles tomasen parte en las grandes expediciones anfibias de sus monarcas. La campaña de Túnez de 1535, dirigida por Carlos V en persona, fue un éxito poco habitual. Casi cuatrocientas naves de diversos tipos, enviadas por distintas potencias cristianas, se dirigieron a Túnez con cerca de sesenta mil soldados para arrebatar la ciudad de manos del notorio corsario Jeireddín Barbarroja, que la había convertido en una base para los

corsarios otomanos y de otros estados musulmanes que hostigaban las costas italianas, francesas y españolas. El desembarco se llevó a cabo con éxito y los otomanos no recuperaron Túnez hasta 1574.

Confiado en sus capacidades, Carlos V emprendió una nueva campaña para conquistar Argel en 1541, pero la operación culminó de forma desastrosa y demostró hasta qué punto podía ser negativo el saldo en una campaña naval para el bando perdedor. Después de desembarcar sin problemas en las playas de Argel, miles de soldados españoles se vieron atrapados en cuanto el mal tiempo dispersó la flota del emperador y hundió muchos barcos. Los soldados que permanecían en tierra a duras penas pudieron resistir las salidas de las fuerzas musulmanas y muchos resultaron muertos o heridos mientras trataban de embarcar en los buques restantes. Toda la empresa colapso de la noche a la mañana, lo que demuestra, de nuevo, los peligros que involucraban tales campañas marítimas, tanto para los soldados como para los marineros.

El fracaso potencial de esta clase de operaciones no disuadió a Felipe II de llevar a cabo su propia gran empresa en 1588. Molesto por el apoyo inglés a los rebeldes holandeses en la década de 1580, planeó una operación anfibia para conquistar Inglaterra y deponer a la protestante Isabel I. El proyecto consistía en el envío una armada al norte para que recogiese miles de soldados veteranos en los Países Bajos y los desembarcase en las costas de Inglaterra. De la fuerza de ciento treinta buques que zarpó de Lisboa en mayo de 1588, solo veinte eran verdaderos barcos de guerra, mientras que el resto eran mercantes y cargueros equipados para llevar artillería y soldados. El almirante al mando, el duque de Medina Sidonia, no tenía experiencia ni formación en la guerra naval, mientras que sus adversarios, en particular John Hawkins y Francis Drake, se contaban entre los marinos más diestros de la época.



La batalla de Túnez (ca. 1565-1566), tapiz elaborado porWillern de Panne-maker (1512-1581) a partir de diseños de Jan Cornelisz. Vermeyen (ca. 1504-1559) y Pieter Coecke van Aelst (1502-1550), Museum Hof van Busleyden, Malinas. Diseñado por artistas que acompañaron a Carlos V en su empresa africana, este tapiz muestra la complejidad de una operación anfibia del siglo XVI. Los soldados se enfrentaron en Túnez no solo a la inestabilidad de sus naves y al fuego enemigo, sino también a la sed. "En toda esta campaña de Cartago no hallamos otra agua sino fuesen pozos, y no de buena agua, porque la mayor parte de los pozos están salados", escribió Martín García Cereceda.

No es extraño que las tropas de infantería no estuviesen a punto cuando llegó la armada y los ingleses no se demoraron en atacar. En agosto, se lanzaron sobre la armada frente a Gravelinas y, auxiliados por el mal tiempo que afectó a ambos bandos, lograron dispersarla. Algunas de las escenas de combate fueron realmente dramáticas. El galeón *San Felipe*, lleno de agujeros y casi incapaz de seguir combatiendo, trató de acercarse a un buque inglés para

abordarlo. Cuando un marinero inglés se encaramó a un mástil y exigió la rendición del capitán español, don Francisco de Toledo, "un mosquetero, en lugar de respuesta, con un balazo le echó abajo a vista de todos; [...] lo que, por los enemigos visto, se retiraron, y los nuestros llamándoles cobardes, e intimando con palabras seas su poco ánimo, llamándoles de gallinas luteranas y que volviesen a la batalla". A pesar de las heroicas acciones de muchos españoles, después de estos combates la armada dejó de ser una fuerza como tal.



Un ejército en marcha (ca. 1595-1628), grabado de Simón Frisius (1580-1629), Rijksmuseum, Ámsterdam. El primer desafío, para el soldado de los tercios, pasaba por llegar íntegro al campo de batalla. A la peligrosidad de las travesías, donde podían sorprenderlos las tormentas, las armadas inglesas u holandesas o los corsarios berberiscos, cabe sumar la dureza del viaje a pie, a menudo a través de países montañosos donde escaseaban los alimentos. "El año se le pasa sin tener una noche sosegada y el mes sin desnudarse", reflexionó Diego Núñez Alba.

Teniendo en cuenta la adversa coyuntura y las pésimas condiciones meteorológicas, Medina Sidonia decidió circunnavegar las islas británicas en lo que devino en una travesía horrible y desesperanzadora para miles de marineros y soldados españoles, que, al igual que sus naves, no estaban preparados para las condiciones de una navegación tan larga por los mares del norte. Los barcos se dispersaron

y muchos se hundieron o acabaron estrellándose contra las rocas en las costas de Escocia e Irlanda. La mayoría de los soldados y marineros que consiguieron llegar a tierra fueron apresados o masacrados por la población local. Un buque, el *Gran Grifón*, de tripulación alemana y con una dotación de soldados españoles, recaló en septiembre en la isla de Fair, en las Oreadas, en pésimas condiciones. Un testigo escribió:

> Diónos en este tiempo tan grandes golpes de mar, que verdaderamente no se pensó más que acabar las vidas, y así la gente se puso con Dios como es razón y como mejor cada uno pudo, para hacer el camino que tan cierto veíamos, visto que el hacer ya más fuerza con la urca era acabar más breve las vidas y determinamos dejar lo que tanto deseábamos por vivir lo que la urca viviese, y el Señor fue servido de guardárnosla y a los soldados desfallecidos y sin espíritus para poder asistir a las bombas, viendo cuan sin provecho les era su trabajo [...]; a obra de las dos de la tarde vióse fuera de tan repentino remedio, descubrimos una isla por la proa; amollamos sobre ella; reconocióse ser la isla del Faril; llegóse a ella al ponerse del sol, bien consolados aunque vimos habíamos de padecer más, a trueque de no beber agua salada cualquiera cosa se llevara mejor. Dióse fondo en un abrigo que hallamos este día que corrimos este gran peligro, que se contaron 27 de Setiembre, año 1588.

Muchos de los soldados que lograron regresar a España podían contar historias parecidas. Solo sesenta de los ciento treinta buques que habían partido cuatro meses atrás llegaron a Santander con catorce mil de los veintiséis mil soldados y marineros originales. La derrota de la Gran Armada se convirtió, más tarde, en símbolo del declive del imperio y se saldó con la pérdida de las vidas de miles de soldados que jamás desembarcaron en suelo inglés.



Batalla entre naves holandesas y españolas en la laguna de Haarlem (1629), óleo sobre lienzo de Hendrik Cornelisz. Vroom (1566-1640), Rijksmuseum, Ámsterdam. Los peligros de la guerra en el mar eran muy variados. A una alimentación a menudo deficiente, la proliferación de las enfermedades contagiosas como el tifus y la disentería en un espacio reducido e insalubre, y la difícil convivencia, se sumaba en combate la imposibilidad de huir como en una batalla terrestre. En los combates navales de la Guerra de Flandes se sumó a ello, sobre todo en las primeras fases, la escasa disposición de ambos bandos a tomar prisioneros.

Cuando los españoles no tenían previsto desembarcar en costas enemigas, podían encontrarse en medio de alguna de las batallas navales más célebres de la Europa de los albores de la Edad Moderna. La más famosa es, por supuesto, la de Lepanto (1571), en la que la flota de la Santa Liga, organizada por el papa Pío V y financiada por Felipe II, con una importante aportación de naves venecianas y comandada por don Juan de Austria, hijo ilegítimo de Carlos V, se enfrentó a una inmensa flota otomana al mando de

Müezzinzade Alí Pachá. Con sus más de setenta mil soldados, marineros y remeros, además de más de quinientas naves entre ambos bandos, la batalla es célebre por el gran triunfo cristiano, pero también porque fue el último gran combate entre galeras y galeazas mediterráneas, ya en declive. El noble italiano Onorato Caetani, que participó en la batalla, describe con viveza el choque entre barcos, soldados y artillería:

> Una tormenta letal de arcabucería y flechas que parecía que el mar estuviera en llamas por los resplandores y continuos incendios de las trompas y los potes de fuego, y otras armas. Tres galeras enfrentadas a cuatro, cuatro contra seis y seis contra una, tanto cristianas como enemigas, y todo el mundo luchaba de la forma más cruel para arrebatarle la vida al otro. Y ya muchos turcos y cristianos habían abordado las galeras del enemigo y luchaban cuerpo a cuerpo con armas cortas, quedando pocos vivos. Y la muerte llegaba sin fin desde espadones, cimitarras, mazas de hierro, dagas, hachas, espadas, flechas, arcabuces y armas incendiarias. Y además de los muertos de diversa forma, otros que escapaban de las armas de ahogaban lanzándose al mar, que estaba espeso y rojo por la sangre.

La victoria cristiana fue completa, pues los otomanos perdieron casi la mitad de la flota y cuarenta mil de sus combatientes. Las imágenes, sin embargo, eran tan espantosas como las que dejaban las batallas terrestres más sangrientas:

> La batalla fue feroz durante cuatro horas, y tan sangrienta y horrible que el mar y el fuego parecían todo uno; muchas galeras turcas ardieron hasta la obra viva, y la superficie del mar, roja por la sangre, quedó cubierta de jubones, turbantes, aljabas, flechas, arcos, escudos, remos, cajas, paquetes y otros restos de la guerra, y por encima de cualquier otra cosa,

cuerpos de hombres, cristianos y turcos, algunos muertos, otros heridos, otros destrozados, y otros que todavía no se habían resignado a su destino y luchaban agónicamente contra la muerte mientras sus fuerzas les abandonaban al desangrarse por sus heridas, de tal modo que el mar tomó entero el color de la sangre.

La batalla de Lepanto marcó uno de los momentos álgidos del poder español, que, a finales del siglo XVI, sin embargo, comenzaba a resentirse. A mediados del siglo XVII, España había cedido buena parte de su poder naval en Europa y debía competir con nuevos imperios marítimos como el inglés, el francés y el neerlandés.

Conclusiones

Ya fuese en tierra o en el mar, desde los ardientes desiertos de Berbería hasta las gélidas aguas del mar del Norte, contra mercenarios suizos en Italia o frente a rebeldes holandeses en los Países Bajos, durante más de un siglo y medio puede uno toparse con los soldados de los tercios españoles casi en cualquier punto de Europa y el Mediterráneo, siempre consagrados a la defensa o la expansión de las fronteras de la Monarquía Hispánica. Si tenemos en cuenta que algunos llegaron hasta el Nuevo Mundo en busca de oro, tierras y aventuras, podemos comprender fácilmente por qué la sombra del soldado español se cernía sobre todo el mundo conocido. La vida soldadesca ya es dura de por sí, pero los sangrientos campos de batalla de los siglos XVI y XVII constituían su clímax, pues allí podían ganar honores y orgullo mientras se enfrentaban a padecimientos increíbles y a la misma muerte. No es de extrañar que, hasta la actualidad, los soldados de los tercios españoles sigan siendo un ejemplo tan temible como

deslumbrante de violencia y brutalidad, por un lado, y de coraje, destreza y eficacia inigualable por el otro. ■

7

Mujeres en los tercios

Enriqueta Zafra



VIVANDERA EN CAMPAÑA, 1610. Esta joven flamenca, esposa de un

soldado del Ejército de Flandes, acompaña a su marido en campaña y realiza labores de campamento tales como cocinar y lavar la ropa. En esta ocasión, sin embargo, regresa de un forrajeo, es decir, de una misión en la campiña enemiga en busca de víveres. Por las buenas o por las malas, se ha hecho con vegetales frescos y una gallina. También se cuida de las posesiones familiares y, probablemente, de las de los camaradas de su esposo, a juzgar por la ristra de llaves que lleva al cinto.

Según el refrán popular recogido por Gonzalo Correas, "La olla y la mujer reposadas han de ser" (168). Contrario a este mandato, aquellas mujeres que eligieron seguir a los tercios pasaron a formar parte de otra categoría, la de las no reposadas, las sueltas y piedras rodaderas. En este capítulo se exploran los ejemplos de esas piedras rodaderas que siguieron a los tercios y recorrieron la geografía del imperio español en toda su extensión, desde la Italia ocupada bajo el influjo español hasta la tierra llena de posibilidades que prometía el Nuevo Mundo.

En este camino surgen preguntas como: ¿qué calidad de mujeres viajaron con los soldados y cómo se relacionaron con ellos?, ¿eran esposas, amantes, prostitutas o eran también soldados?, ¿cómo regularon los mandos la presencia de las mujeres en el Ejército español?, ¿quiénes fueron algunas de ellas? Para dar respuesta a algunas de estas preguntas, pondremos el foco en algunos ejemplos anónimos y otros concretos como el de la cortesana Isabella de Luna, que, antes de serlo, acompañó a los tercios. También nos centraremos en la forma en la que estas mujeres se relacionaron con los hombres a los que acompañaban y el contacto que se estableció entre los soldados y la población femenina enemiga o extranjera.

Milicia y sexualidad

Antes de seguir adelante, hay que tener en cuenta ciertos factores que influyen a la hora de evaluar la presencia o ausencia de la mujer en los tercios. Una de ellas es su sexualidad. Por lo general, a la mujer en esta época se la describe en torno a su actividad o inactividad sexual. Entre

las vírgenes encontramos a las jóvenes casaderas o las monjas; a las mujeres sexualmente activas dentro de la legitimidad les queda el título de esposas o de putas de mancebías. Obviamente, la realidad era otra, pero si echamos un vistazo a los libros de conducta de la época tipo *Instrucción de la mujer cristiana* (1524) de Juan Luis Vives o *La perfecta casada* (1583) de Fray Luis de León, nos dan la impresión de que las mujeres no se movían de casa y que a las lo hacían no les quedaba más remedio que hacerse puta. O sea, que lo que nos dicen indirectamente estos manuales de conducta es que había necesidad por parte de las instituciones de "meter por verea" a la que se salía del tiesto, esto incluía por necesidad a las mujeres en el Ejército porque, como decía Vives, "¿qué tiene que ver una muchacha con las armas, siendo así que tan sólo el nombrarlas es motivo de vergüenza para ella misma? (66)". En efecto, cuando se analiza este discurso de represión de los manuales de conducta con el discurso de descontrol que describe la presencia de mujeres en los tercios se pueden ver ciertas similitudes con el discurso que acabó con el cierre de los prostíbulos oficiales. De hecho, en un principio, la presencia de estas mujeres, tanto en los prostíbulos como en los tercios, estaba destinada a prevenir males mayores como el rapto y la violación de mujeres honestas, así como la sodomía y las enfermedades de transmisión sexual, como confirma Sancho de Londoño, maestre de campo, en su *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado* (1594):

> [...] por cuidar los inconvenientes, débese permitir que haya al menos ocho mujeres por cien soldados [...] por excusar mayores daños, en ninguna república es tan necesario permitirle, como entre los hombre libres y robustos, que en los pueblos ofenderían a los moradores, procurando sus mujeres, hijas y hermanas, y en campaña sería peligroso no tenerlas,

pero deben ser comunes, y no menos del número dicho, porque se infectarían de ellas los soldados (s. n.).

Sin embargo, más tarde, los moralistas alegarían que estos males no se paliaron con su disponibilidad, sino al contrario. Confirma esta dirección los trabajos de los religiosos que planteaban probar la ineficacia de las casas públicas y, por ende, en los tercios, para mantener el orden, como por ejemplo Gerónimo Velázquez, *Información teológica y jurídica... para que mande quitar de todo el Reino las casa públicas de las malas mujeres*; Gabriel de Maqueda, *Invectiva en forma de discurso contra el uso de las casas públicas* y Alfonso Rubio, *Discurso dirigido al Rey nuestro señor, suplicándole que prohíba las casas públicas de las meretrices*, todos publicados en 1622. De hecho, también podemos ver muchas similitudes entre el discurso de represión de estos tratados y el de descontrol presente en la novela picaresca femenina, como *La lozana andaluza* (1528), *La picara Justina* (1605), *La hija de Celestina* (1612) o *Vida y costumbres de la madre Andrea* (ca. 1650). Si la mujer en el Ejército, como la prostituta en la mancebía, no cumple su cometido original, como mantener el orden sexual, atajar contagios de sífilis y mantener a los soldados satisfechos, sino al contrario, ocasiona peleas, roba e infecta a los soldados, se produce como resultado su expulsión del Ejército. En efecto, lo mismo que se produjo su expulsión de los burdeles y el cierre oficial de las mancebías, la mujer se vio excluida oficialmente del Ejército. De hecho, en paralelo al desorden de la picaresca femenina, donde se muestra a las picaras como mujeres deslenguadas, andariegas y promiscuas, las mujeres en los tercios sufrirán el mismo destino. Serán señaladas como las causantes de reyerta, muertes, robos y engaños y no serán la solución al orden buscado, al contrario, serán a las que se señale como

propagadoras de la sífilis, la sodomía y los desórdenes de todo tipo. Veamos algunos ejemplos.



Alegoría del Tratado de Münster(1650), óleo sobre lienzo anónimo, Rubens-huis, Amberes. Elaborada para celebrar la paz que puso fin a ocho décadas de guerra en los Países Bajos, esta pintura demuestra hasta qué punto la contraposición entre Marte y Venus, entre lo masculino y lo femenino, simbolizaba a ojos de los contemporáneos la antítesis entre guerra y paz. Esta concepción se veía reforzada por el peligro adicional que la guerra suponía para las mujeres, víctimas de los abusos sexuales de la soldadesca.

La cortesana Isabella de Luna

Realidad y ficción se mezclan en la historia de Isabella de Luna, de la que sabemos a través de varias fuentes (dos novelas de Matteo Bandello, su descripción en *Les vies des dames galantes de Pierre Brantôme* y su propio

testamento, que se encuentra en el Archivo Capitolino de Roma), para crear la imagen de una mujer irreverente y contestataria que queda por esta razón finalmente silenciada. También andaluza como Aldonza, la picara de *La lozana*, llega a Italia de manera similar, después de un largo viaje recorriendo los puertos del Mediterráneo, en su caso acompañando a las tropas del emperador Carlos V. Este peregrinaje de prostitutas era una práctica corriente de la época que se tiende a olvidar, pues, como ya hemos señalado, las mujeres eran una parte importante del Ejército y de los famosos tercios españoles. Sin embargo, esta práctica que era común en las tropas españolas no lo era tanto en otras naciones. De hecho, en principio parece que fue el duque de Alba el que, para controlar una epidemia de sífilis, introdujo la regla de que estas prostitutas pasaran un control médico regular para que no infectaran a los soldados. En efecto, sin la cédula de visita, cualquier mujer podía perder sus bienes, recibir doscientos azotes y ser expulsada de los tercios (Parker, 220). Este modelo de inspección médica en el campo de batalla cobró adeptos y fue adoptado más tarde por las mancebías españolas. Por ejemplo, Richard C. Trexler apunta que "en 1532, el cronista Ferrarás Bianchi elogió a los ibéricos por sus muchas prostitutas al referirse a los males que aparecen por su ausencia en otros ejércitos" (52).



Una campesina armada (1616), grabado anónimo, Brown University, Providence. Aunque no formasen parte de la milicia como tal, las mujeres de los siglos XVI y XVII no dudaban en empuñar las armas para contribuir a la defensa de sus ciudades, realidad que destacaron varios soldados y cronistas españoles en sus relatos. Por ejemplo, Alonso Vázquez escribió sobre las flamencas que "son muy varoniles, y tan animosas, que en las defensas de las ciudades y en otras facciones de guerra han trabajado y peleado con mucho valor, excediendo en esto algunas veces a sus maridos".

Algunas de estas mujeres que acompañaban al Ejército eran las esposas de los soldados que seguían a sus maridos. Sin embargo, la mayor parte eran prostitutas a las que también se las conocía como *maletas*. Como bien se puede entender por el nombre, eran, en su mayoría, prostitutas itinerantes que seguían al Ejército para ofrecer sus servicios. Por ejemplo, en los tercios de Flandes y de Italia del siglo XVI se cuentan cinco por cada cien soldados en 1550, seis en 1574 y ocho en 1559 (Parker, 213). Isabella de Luna fue una de estas prostitutas itinerantes, *maleta* o *mujer de bulla*, antes de convertirse en una famosa cortesana en Roma, que incluso se encontró presente en la jornada de Túnez de 1535, donde España y sus aliados arrebataron el control de esta región al almirante otomano Barbarroja. En esta expedición, que contó con la participación del propio emperador Carlos V, los recién creados tercios recuperaron la influencia de la Monarquía Hispánica sobre Túnez y allí, entre ellos:

> Había una, llamada Isabella de Luna, española, que *ha recorrido medio mundo. Marchó a la Goleta y Túnez para socorrer a los soldados bisoños y no dejarlos morir de hambre*; también siguió un tiempo la corte del emperador por Alemania y Flandes, y por otros diversos lugares, sin dejar jamás de prestar su caballo, aunque lo necesitase (Bandello 355, cursiva de la autora).

Isabella de Luna acabó asentándose en Roma, donde se estableció como una de las cortesanas más preciadas de la ciudad. Su testamento, custodiado en el Archivio Capitolino de Roma y escrito en español, es un interesante documento que pone de relieve el poder adquisitivo de mujeres como Isabella de Luna. De hecho, este documento destaca que, frente al castigo textual al que la sume Bandello en su

novella, oportunamente titulado "Castigo dato a Isabella Luna, meretrice, por la inobedientia á li commandamenti del governatore di Roma," Isabella era una de las cortesanas con más éxito de la sociedad romana de la época.



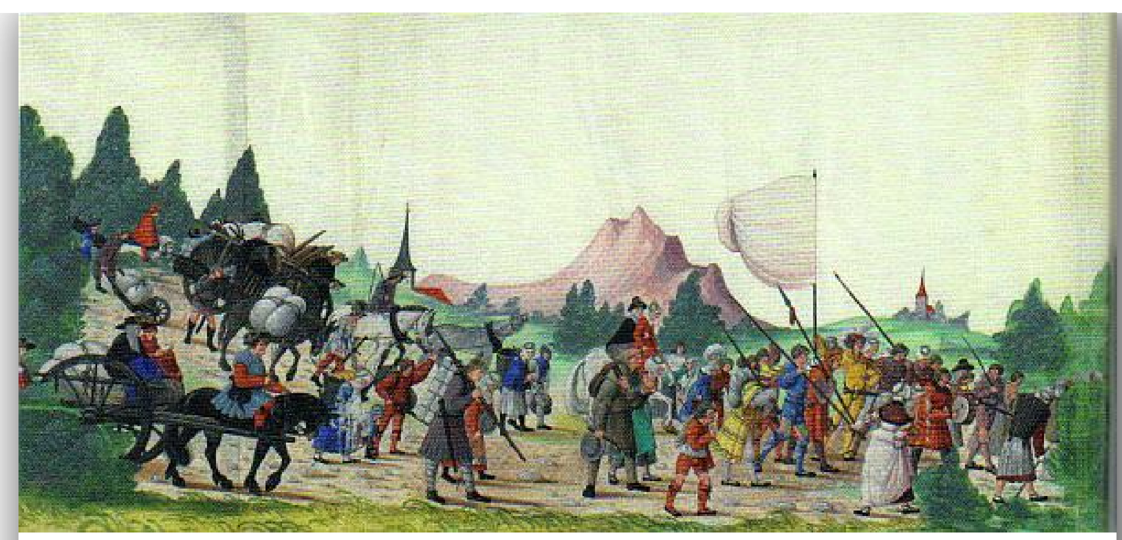
Un soldado orgulloso con su joven esposa (ca. 1585-1602), grabado de Gillis van Breen (1560-1602), a partir de una obra de Karel van Mander (1548-1606), Rijksmuseum, Ámsterdam. "Que ningún soldado tenga en casa mujer sospechosa so pena al que fuere oficial de perder el oficio", aconsejó Sancho de Londoño. Sin embargo, los soldados sí podían llevar consigo a sus esposas, que llevaban a cabo toda clase de actividades, no solo domésticas, pues a menudo colaboraban en las obras de fortificación y el forrajeo.

En efecto, el castigo textual de la antigua prostituta seguidora de los tercios es usado para intentar poner en su sitio, al menos por escrito, a mujeres que, al romper las reglas de moralidad y de comportamiento, no podían ser ejemplo de éxito y mucho menos de comportamiento. Es

también interesante notar cómo esta *novella* documenta el desorden que causaban las prostitutas y las tacha de culpables. Por ejemplo, el "mal menor," tradicionalmente alegado citando a santo Tomás y san Agustín, de que las prostitutas eran como cloacas para una ciudad, que aunque sucias e inmundas por sí, mantenían limpias las ciudades, no se cumple. De esta forma, Bandello resalta con su narración que, a pesar de la presencia de prostitutas como Isabella entre el Ejército, todavía eran comunes los crímenes sexuales perpetrados en las poblaciones por las que este pasaba. En efecto, estos raptos y violaciones no sólo se perpetraron sobre mujeres, sino que también se contaban entre sus víctimas muchachos jóvenes. Según Richard Trextler, aunque el índice de crímenes sexuales bajó debido a la presencia de esposas y prostitutas en las tropas, los muchachos jóvenes eran todavía vulnerables. Por ejemplo, cita el caso ocurrido en 1512 donde el ejército español fue acusado de violar a los muchachos de la ciudad de Prato en el saco que se hizo de esa población, y que, en 1529, los habitantes de la vecina Florencia estaban aterrados ante la posibilidad de sufrir violaciones homosexuales si las tropas españolas invadían la ciudad (53).

A pesar del rebuscado efectismo de esta afirmación, que puede achacarse a la leyenda negra y su propaganda contra España, es verdad que desde la literatura prescriptiva siempre se aboga por el "mal menor" que la prostitución supone frente a la homosexualidad y las violaciones. Sin embargo, este tipo de historias sirven para contradecir estas suposiciones y apuntan a la mujer como causa del desorden. En efecto, Albi de la Cuesta cuenta que "en el periodo final de estas unidades, cuando la disciplina había ya degenerado, fuentes oficiales se lamentaban de que en campaña parecían aduares, y los cuarteles, aldeas llenas de mujeres y de muchachos" (78). La segunda *novella* de Bandello en la que aparece Isabella de Luna comienza con el narrador

recordando el caso de la prostituta Margaritona, traída a colación para hablar de castigos, pues ambas son prostitutas castigadas y seguidoras de ejércitos. En el caso de Margaritona, prostituta itinerante y preciada *mujer de bulla*, acabó condenada a muerte, nada menos que ahorcada y con una hoguera debajo. Bandello no deja muy claro el caso, pero otras fuentes dan a entender que la razón fue el asesinato de varios muchachos jóvenes a los que acusaba de querer quitarle el negocio (Shemek, 170). Lo escabroso de la noticia le asegura mención en las páginas de un autor tan sensacionalista como Bandello, pero es interesante destacar su conexión con el castigo y el descrédito que sufren las mujeres en el Ejército a las que se les acusa no sólo de la decadencia sino también de la falta de disciplina en los contingentes.





El tren de bagajes de un ejército, ilustración de la serie Triunfo del Emperador Maximiliano I (siglos XVI-XVII), anónimo, Biblioteca Nacional de España, Madrid. Muchos soldados iban a la guerra con sus esposas e hijos, a quienes cabe sumar los vivanderos —en su mayoría comerciantes que seguían a los ejércitos— lo que aumentaba el número de bocas que alimentar y hacía de las columnas de marcha hileras interminables de carromatos. A pesar de las voces críticas de tratadistas y oficiales militares, esta realidad no desapareció definitivamente hasta el siglo XIX.

Arrepentimiento y discurso contrarreformista

Pongamos por ejemplo otro caso de arrepentimiento de una prostituta de los tercios que aparece en *Diálogos de la vida del soldado* (1552). Este libro escrito por el veterano Diego Núñez pone de manifiesto en forma de diálogo la dura vida del soldado de los tercios. En uno de esos diálogos, se incluye el encuentro con una romera que va por el Camino de Santiago. Como ya apuntamos, la mujer que viaja es sospechosa, Gonzalo Correas advierte sobre las romeras en sus refranes: "Moza muy santera, o gran romera o gran ramera" (469) o "Muchas van de romeras y paran en rameras" (469). De hecho, Cliterio, uno de los interlocutores, advierte del peligro de estas mujeres que "después de haber vivido toda la vida mal, hartas de vender su sangre, después de la ajena, no hallando al cabo quien les quiera dar de comer, fingen santimonía para mantenerse. Hermana, ¿cuándo viniste de España viniste en romería? Por mi fe que antes creo que en ramería" (196).

El soldado, más comprensivo sin embargo con la romera que su compañero, le da limosna, además de por caridad, "por lo mucho que os parecéis a una gentil mujer enamorada, que yo conocí días ha en el campo llamada Meretricia" (197). De esta forma, el soldado reconoce con agradecimiento el servicio que estas mujeres prestaban al Ejército, pero el texto va más allá y la presenta como ejemplo. ¿Por qué? Porque ahora a la prostituta se la muestra como una arrepentida Magdalena, el ejemplo de las mujeres descarriadas que buscan la redención. Es importante subrayar que esta estrategia coincide con el apogeo que en estos momentos cobran las vidas de santas arrepentidas, además de Magdalena, santa María Egipciaca o santa Tais. En este culto, que tiene mucho que ver con la reforma del clero y sus costumbres, se hace hincapié no en el afecto apasionado o la pena que Magdalena siente por la muerte de Jesús, ni mucho menos en su título como la apóstol de los apóstoles, sino que insiste en el pecado de su lujuria, en la

redención y el arrepentimiento. De este modo, todos esos clérigos amancebados, blanco de las críticas de la contrarreforma, consiguen liberarse de su propia culpabilidad y señalan a la mujer como causante de su decadencia. Así, la antigua Meretricia convertida ahora en arrepentida Magdalena lo confirma: "lo que suplico a mi dios es, que ya que la ropa mal adquirida se ha vuelto a perder, no me lleve tras sí, y que me dé entero conocimiento de cómo con la razón ha permitido, que lo mal ganado mal se perdiese, para que perdiéndose ello, me gane yo ganando mi ánima" (197-198).

De la misma manera que la Iglesia de la contrarreforma se exculpa culpando al "otro," en este caso la prostituta, que ahora por su intercesión se convierte en arrepentida Magdalena, el Ejército, igual que la Iglesia dominada por hombres, también encuentra su chivo expiatorio en la prostituta. En efecto, en *Discorsi di guerra* (1550), su autor, Ascanio Centorio, no duda en culpar a la mujer de la vulnerabilidad del ejército cristiano, al que pone como modelo la temperancia de turcos y moros, los cuales prohíben tener a mujeres entre su ejército. Según Centorio, frente a este ejemplo de moderación, los ejércitos cristianos tienen "infinidad de putas" entre sus filas, no siendo raro que el propio soldado demande tener a la suya al lado hasta en el momento de la lucha armada, lo cual es bastante dañoso (Centorio, 39 y 57). Lo mismo recordaba el padre Juan de Mariana en *Contra los juegos públicos* (1609) con respecto a las diferentes costumbres de cristianos y judíos en cuanto a los prostíbulos, pues estos últimos no las permitían por orden divina. Frente a esta costumbre, Mariana se preguntaba: "¿por ventura tenían ellos más fuerzas para pasar sin deshonestidad que los cristianos, los cuales tienen del cielo tantas ayudas, los sacramentos, la sangre de Cristo, los ejemplos de los santos mártires?" (445). En efecto, de nuevo la decadencia del Ejército y su vulnerabilidad, como antes lo

había hecho el clero en la contrarreforma, pone en el punto de mira de las críticas a la mujer. De esto dan testimonio también las artes, por ejemplo, el cuadro de Tiziano, *Marte, Venus y Cupido* (1530), en el que se representa a Marte, dios de la guerra, consumido por el deseo, totalmente entregado a Venus mientras sus armas yacen abandonadas a sus pies, vulnerable al ataque. De esta forma, como señala Laura McGough, las culpables son ellas, no los soldados, porque según sus más afilados críticos: "las bellas prostitutas no solo traen enfermedades, sino que destruyen ejércitos, armadas y, por extensión, imperios enteros" (61). Si en los siglos XVI y XVII se comprueba que forman parte integral del Ejército, podemos entonces conjeturar que el futuro de la presencia de mujeres en el Ejército durante el siglo XVIII y hasta bien entrado el XX, quedaba abocada al fracaso. En este caso, y a modo de conclusión, podemos decir que el Ejército, en particular la gran maquinaria que supusieron los tercios se convirtió en un ensayo experimental para poner a prueba herramientas de control. El resultado fue la transformación y regularización de la conducta sexual del soldado, que ahora, como la prohibición oficial de las mancebías y, con ella la regularización de la conducta sexual de los ciudadanos civiles, confirmaba la renovación moral de sus miembros. Por lo menos, sobre el papel, que la verdad es otra historia. ■



Una escena de burdel (ca. 1658), óleo sobre lienzo de Frans van Mieris el Viejo (1635-1681), Mauritshuis, La Haya. Tolerada en ocasiones, la prostitución en el ámbito de la milicia fue perseguida en otras. Algunas mujeres, con la connivencia de la tropa, ignoraban la prohibición. El castigo solía consistir en "azotes y destierro", como aplicaba en 1622 el capitán Alvaro de Losada en Alemania. Sin

embargo, Martín García Cereceda recordaría que, en 1532, su maestre de campo ordenó ahorcar a una prostituta: "Yo la vide, y aun se decía estar preñada en días de parir; entre los soldados lo tuvieron por cosa muy fea".

8

Religión, nación y servicio al rey

Mateo Ballester Rodríguez



UN CAPELLÁN MILITAR, 1580. La religión era parte esencial de la vida de

los soldados, de ahí que el Ejército enrolase un capellán en cada compañía —más un capellán mayor para todo el tercio—, con los cometidos de administrar los sacramentos, tomar confesión y velar por las buenas costumbres de las tropas del Rey Católico. El maestre de campo Sancho de Londoño se quejaría de la presencia de "idiotas, e irregulares, como es de creer que lo son los más de los que acuden a servir por tres escudos". Muchos de ellos tenían más de aventureros que de religiosos y no dudaban en arrimar el hombro en la batalla para recibir su parte del botín.

La identificación del soldado con la causa o causas que abandera el ente político por el que combate es fundamental de cara a su motivación y disposición a la lucha y el sacrificio personal. Esta identificación se ha fomentado de forma general por medio de la apelación a diversas identidades colectivas, que vinculan al individuo con lo que se presenta como una empresa común y favorecen su lealtad, implicación y solidaridad con el grupo. Se recurre para este fin a identidades arraigadas en la sociedad de procedencia del soldado y, por tanto, previamente asumidas por este, al tiempo que se produce una labor de adoctrinamiento en valores nuevos o débilmente internalizados hasta entonces.

Por supuesto, no todos los elementos de movilización psicológica apelan a identidades colectivas. Entre los soldados de los tercios las motivaciones individuales, que estimulaban al soldado por los beneficios estrictamente personales que podían obtener, podían ser intensas, variando enormemente en función del individuo y del contexto. Sin abordar aquí la práctica de las levas forzosas, que se hicieron más frecuentes en la segunda mitad del siglo XVII, destacaba entre las motivaciones individuales sin duda la búsqueda de bienes materiales, impulsada a menudo por la más básica necesidad. Esta se concretaba sobre todo en la soldada, pero también en la obtención de botín, particularmente cuando las pagas se retrasaban. A muchos les movía asimismo el deseo de ver mundo y vivir aventuras, así como una genuina atracción por la acción guerrera. Esta última motivación está muy relacionada con el acusado sentimiento de honor que atravesaba la sociedad de la época, por el cual la reputación y el buen nombre estaban por encima de la vida misma. El medio concebido por muchos para obtener y acrecentar ese anhelado honor fue el ingreso en los tercios, donde, para tal

fin, a menudo se mostraban con obstinación empeñados en exhibir coraje y valentía a título individual.

Se considera que este alto concepto del honor estaba en la época desarrollado en particular entre los soldados españoles, que es en quienes se centran estas páginas. Los tercios, como es sabido, fueron conformándose de forma progresiva con individuos de las más variadas procedencias, pero los soldados españoles tuvieron sobre el conjunto una particular ascendencia y una influencia dominante. En las primeras décadas de existencia de los tercios, solo los naturales de territorios hispánicos podían ser reclutados. Aunque esto fue cambiando a lo largo del siglo XVI, de forma que, posteriormente, a menudo los contingentes españoles no eran más que una proporción no mayoritaria de la tropa, se les atribuía el mayor prestigio y eran considerados el núcleo y pilar de los plurales ejércitos en los que estaban integrados. A ellos se encomendaban por lo general las labores consideradas más honorables y de mayor riesgo y responsabilidad.

Con respecto a las identidades colectivas de los soldados españoles, estos combatían movidos por una triple lealtad. Es bien reconocida la importancia en la tropa de la lealtad hacia el monarca y hacia la religión católica; no lo es tanto, sin embargo, su intensa identificación nacional, dirigida en este caso a la nación española. La existencia de identidades nacionales en las sociedades de la Edad Moderna, y la apelación en algunos ejércitos a estas, es probable que reforzándolas como elemento de motivación y movilización, a menudo no es reconocida desde interpretaciones históricas contemporáneas. O bien se niega la existencia de identidades nacionales en ese periodo, o más a menudo se reduce su relevancia a expresar un vago sentimiento de origen, del que no se derivaban intensos vínculos emocionales ni sentimientos de lealtad política. Se podrá ver cómo muchos testimonios de la época muestran lo contrario.

Las tres lealtades señaladas a menudo eran enumeradas de forma conjunta cuando se hacía relación de los ideales por los que luchaba el soldado. En el relato de su vida como soldado, Diego Duque de Estrada resumía su labor en "haber cumplido con la obligación del servicio de Dios, Rey y Patria". Miguel de Cervantes, veterano de conocida experiencia en los tercios, hace decir a uno de los personajes de *El Quijote* que el soldado español lucha "por su fe, por su nación y por su rey". Como se observa, las causas de las tres lealtades aparecen solapadas y se consideran coincidentes. Luchar por una de ellas implica hacerlo también por las otras dos. El orden de prioridad entre ellas podía variar según el individuo, el momento histórico y, particularmente, el enemigo contra el que se combatiese. La lucha contra herejes protestantes o infieles musulmanes activaba la identidad religiosa con intensidad, en mayor grado que cuando el enemigo era también católico. Este era el caso en las luchas contra Francia, en las que podía acentuarse la apelación a la identidad dinástica y nacional, si bien fue habitual el cuestionamiento del genuino catolicismo de Francia y los franceses.

Servicio al rey

Diversos tratadistas y autores recogen la práctica habitual en la tropa de alentar a los soldados a la lealtad y obediencia al monarca. El respeto a la figura regia en la sociedad de la época, hondamente arraigado, es potenciado en el ejército y convertido en voluntad de acción en su servicio. Se mantiene así una mentalidad que apela a una vinculación vasallática de lealtad y servicio al monarca. El soldado Jerónimo de Pasamonte explica en este sentido su ingreso en los tercios como el mantenimiento de una

tradición familiar: “Mis abuelos sirvieron al rey católico Don Fernando y valieron tanto: también puedo yo servir al rey”.

La idea de servicio al rey se extiende a toda la tropa y es asumida por soldados de todos los estratos de la sociedad, lo que genera entre aquellos de extracción humilde la conciencia de elevarse por encima de un destino percibido como banal. El capitán Alonso de Contreras, confrontado con la temprana muerte de su padre, una herencia escasa y la pretensión de su madre de que aprendiera el oficio de platero, le había replicado orgulloso que “no me inclinaba a servir oficio, sino al rey”.

El señalado empeño de la época por mantener y, en lo posible, aumentar el nombre y la reputación propios se proyecta en el ámbito militar a la figura del monarca. Con frecuencia se incita a los soldados a luchar en la batalla por el honor del rey y estos muestran de forma recurrente en sus escritos haber hecho suya esta idea. Esta determinación rebasa en ocasiones el ámbito de la acción estrictamente militar; Diego Duque de Estrada relata cómo, estando en la corte del príncipe de Transilvania, el embajador de Venecia “empezó a decir mal del rey de España”, sin saber que él era español. Este recuerda al respecto que “deben los caballeros defender el honor de sus reyes” y decide en consecuencia retarle a duelo: “si él representa a su república como embajador, yo represento a mi rey como su capitán que soy”.

En definitiva, la reverencia hacia la figura del monarca está por encima de cualquier otra consideración; como han señalado diversos autores, su autoridad no se cuestionaba jamás, ni siquiera en los motines.

Defensa de la religión

Entenderán del capitán [los soldados] que guarden y conserven la cristiandad que en

España han heredado, sin querer entender opiniones de gentes por acá perdidas.

Entenderán del capitán los soldados que vienen a ser defensores y aumen-tadores de la santa fe católica, y guarden los preceptos della como tales

(Marcos de Isaba).

El capitán Marcos de Isaba ilustra en su tratado militar, publicado en 1594, el modo en que los soldados de los tercios son permanentemente incitados a asumir que son un instrumento de la recta fe en la lucha contra los enemigos de esta. Por otro lado, estos son descritos en los términos más denigrantes; el citado autor caracteriza la constelación de doctrinas protestantes en el continente como "rabia pestilencial de luteranos, calvinistas, anabaptistas, husitas y otros mil géneros de malditas opiniones que el diablo ha sembrado en convites, banquetes y borracheras en estas naciones sujetas a la tramontana"; imágenes que, sin duda, favorecían la deshumanización del enemigo y reforzaban la disposición a combatirlo.

Este sentimiento de rechazo de base religiosa, dirigido hacia herejes protestantes e infieles musulmanes, por lo general no se desactivaba de manera significativa en los enfrentamientos contra potencias también católicas. Este es particularmente el caso con relación a Francia, en conflicto intermitente con la Monarquía de España durante todo este periodo y cuya recta religiosidad fue puesta en duda de forma sistemática. Este cuestionamiento se fundamenta en el arraigo del calvinismo de los hugonotes dentro del país y en sus relaciones exteriores en los pactos, primero con el Imperio otomano y después con diversas potencias protestantes. El inquisidor y escritor Adam de la Parra expresa con particular contundencia una idea arraigada: "¿qué convenio es este de Cristo con Belial? ¿A qué viene aliar la fidelidad con la infidelidad? ¿Por qué, digo, unir al

francés con el bávaro, con el sueco, con el danés, sajón, brandeburgués? ¿Por qué la unión con la execrable perversidad, digo con el turco, pasto de los infiernos? El francés, para extender los límites de su reino, no se asustará de ser impío, criminal, ateo”.

Eran habituales entre la tropa los oficios religiosos, sobre todo antes de la batalla, cuando de rodillas se rezaba el *avemaria* o se apelaba a Santiago, patrón de España, en quien se funden las identidades religiosa y nacional. Los soldados de los tercios se percibían como defensores por excelencia de la recta fe; de esa conciencia surge la convicción de contar con el favor divino, que en ocasiones, como en el Milagro de Empel, se considera expresado de forma particularmente evidente. En 1585, en una situación desesperada del Tercio Viejo de Zamora en Flandes, con el ejército cercado, un soldado encontró una imagen de la Virgen de madera y posteriormente se produjo una helada que permitió al tercio avanzar y derrotar a los cercadores. Se entendió confirmado con este hecho que la Divina Providencia se manifestaba en apoyo de los ejércitos españoles y la Inmaculada Concepción se proclamó, desde entonces, patrona de los tercios de Flandes e Italia.



La pesca de almas (1614), óleo sobre lienzo de Adriaen van de Venne (ca. 1589-1662), Rijksmuseum, Ámsterdam. Esta alegoría de la Europa dividida por la fe ilustra la lucha entre católicos y protestantes por hacerse con el mayo número de fieles. Los monarcas de la casa de Austria encabezaban el combate contra la herejía, que se hizo extensivo a sus soldados. Así demonizaba el capitán Diego de Villalobos y Benavides a los holandeses: "están tan llenos de errores, que juntas todas las herejías del mundo se hallan en ellos, habiendo en algunas ciudades de las rebeldes tantas setas [sectas] como son los hijos, criados y padres".

Identificación con la nación

La lealtad dirigida a la nación, en este caso a la nación española, se suma en los soldados a la dinástica y religiosa. Aunque desde diversas perspectivas contemporáneas se ha ignorado o explícitamente negado la existencia e influencia en la época de la identificación con la nación, algunos estudiosos de los tercios han sido muy conscientes de su importancia. Basándose en los testimonios escritos de soldados españoles, Rene Quatrefages comenta, que "resulta sorprendente la modernidad de los conceptos nación y patria que los Tercios tenían entonces". Es obvio que el autor no hace referencia a la nación entendida como titular

de la soberanía, sino a la idea de que existe un ente político que es expresión y representación de la nación propia, y que concibe como natural y deseable que el gobernante comparta esa identificación nacional. Este especialista francés destaca la presencia, en cartas de simples soldados, de expresiones tales como (en este caso dirigiéndose al rey): "siendo como somos en nación como V. M. españoles". El uso de este lenguaje incluso en los niveles jerárquicamente más bajos demuestra, para este autor, la presencia y relevancia de la identidad nacional en todos los niveles de la tropa.

En efecto, la apelación en los tercios a la nación española como un elemento de movilización, generador de cohesión grupal y disposición al combate y al sacrificio, es permanente y se puede detectar desde fechas muy tempranas. Hernán Pérez del Pulgar citaba arengas del Gran Capitán en las que este insistía en que el prestigio y buen nombre de la nación estaban en juego en la batalla: "todos tenemos por presupuesto [...] ensalzar nuestra nación y ganar honra y fama para nosotros y nuestros descendientes, mostrando cuán clara deba ser la nación española entre las otras". Juan de Mena, cronista del Gran Capitán, escribía asimismo que el buen soldado es el que va a la guerra por "defender su patria y servir a su rey". Desde sus inicios, el grito de guerra característico de los tercios apelaba a España y a su patrón Santiago.

Los soldados a menudo especifican su origen y el de sus compañeros como valencianos, aragoneses, mallorquines, castellanos, etc., pero la vinculación que expresan en tierras foráneas, como integrantes de la tropa, es hacia la nación española; muestran un intenso orgullo nacional e identifican su lucha como nación con la causa de la Monarquía de España.

Aunque el componente de españoles en los tercios fue decreciendo con el tiempo, perduró entre ellos la convicción de ser los mejores soldados y el pilar más sólido del ejército.

Marcos de Isaba expresa elocuentemente a finales del siglo XVI esa orgullosa conciencia de superioridad: “vemos por la experiencia que, aunque un campo sea grandísimo, a todos los trabajos y cosas que se ofrecen luego se sacan y llaman los españoles. Y aunque esta banda de gente no es de tanto número como cualquiera de las otras, por su valor está satisfecho y seguro el general. Que aquellos son el nervio y fuerza de tal ejército, y que a las cosas de importancia y reputación se ha de dar con ellos fin y cabo”. La secuela de esta superioridad, que se considera humillante para las demás naciones, es el hecho de ser “odioso y aborrecido de todos el nombre español”. Es recurrente en la época esta percepción de ser objeto de animadversión que, aunque por lo general se atribuye a envidia e impotencia de los otros, en ocasiones se admite que puede deberse a la arrogancia con la que se conducen los soldados españoles, así como a los excesos sobre las poblaciones locales.

El militar Sancho de Londoño hace igualmente un encendido elogio de las cualidades de sus compatriotas en el Ejército: “son españoles que aman más la honra que la vida, y temen menos la muerte que la infamia”. El sentido del honor y de honra, acusados en los españoles en particular, se identifican con virtudes guerreras centrales que explican su superioridad, como comenta el también antiguo soldado Calderón de la Barca en su idealizada caracterización: “estos son españoles, ahora puedo / hablar encareciendo estos soldados / y sin temor, sufren a pie quedo / con un semblante bien o mal pagados. / Nunca la sombra vil vieron del miedo / y aunque soberbios son, son reportados / Todo lo sufren en cualquier asalto, / solo no sufren que les hablen alto”.

Diversos autores y tratadistas de la época advertían no obstante que el intenso honor propio que se atribuye a los españoles, con sus efectos positivos, necesitaba ser encauzado y refrenado para no resultar disfuncional, por su

tendencia a anteponer la acción heroica individual a las normas de disciplina del grupo.

Como se vio en relación con el monarca, la obsesión por el buen nombre y la reputación, además de tener una dimensión propia e individual, puede proyectarse sobre un ente superior. Esto ocurre asimismo con respecto a la nación, en este caso, esta transposición está con más frecuencia vinculada al concepto de honra. Son recurrentes las alusiones a "la honra de la nación" o "la honra de España", de cuya defensa los soldados españoles se consideran responsables y que hacen propia hasta llamativos extremos. El maestre de campo Sancho Dávila, al haber recibido la orden de entregar la ciudadela de Amberes, de la que había sido nombrado gobernador, cedió la labor a su lugarteniente, pues la consideraba "indigna de tantas como había obrado gloriosísimamente la nación española".

La misión providencial que los soldados de los tercios consideran estar llevando a cabo en cuanto católicos se conecta a menudo con la identidad nacional; con la idea de ser los representantes de la nación elegida por Dios para el cumplimiento de sus designios. Esto supone un privilegio para la nación española, favorecida por esta cercanía, pero también una pesada responsabilidad, como recuerda Isaba con solemnidad: "Y pues en esta edad ha hecho Dios nuestro señor tanta merced a los reinos de España y a la gente nacida en ella, en cargar sobre sus brazos y hombros su santa fe católica, justo es que por nuestra parte hagamos lo que de obligación debemos y creamos cierto que nos tiene señalados para defensores suyos y castigo de sus enemigos".

Milicia y nobleza

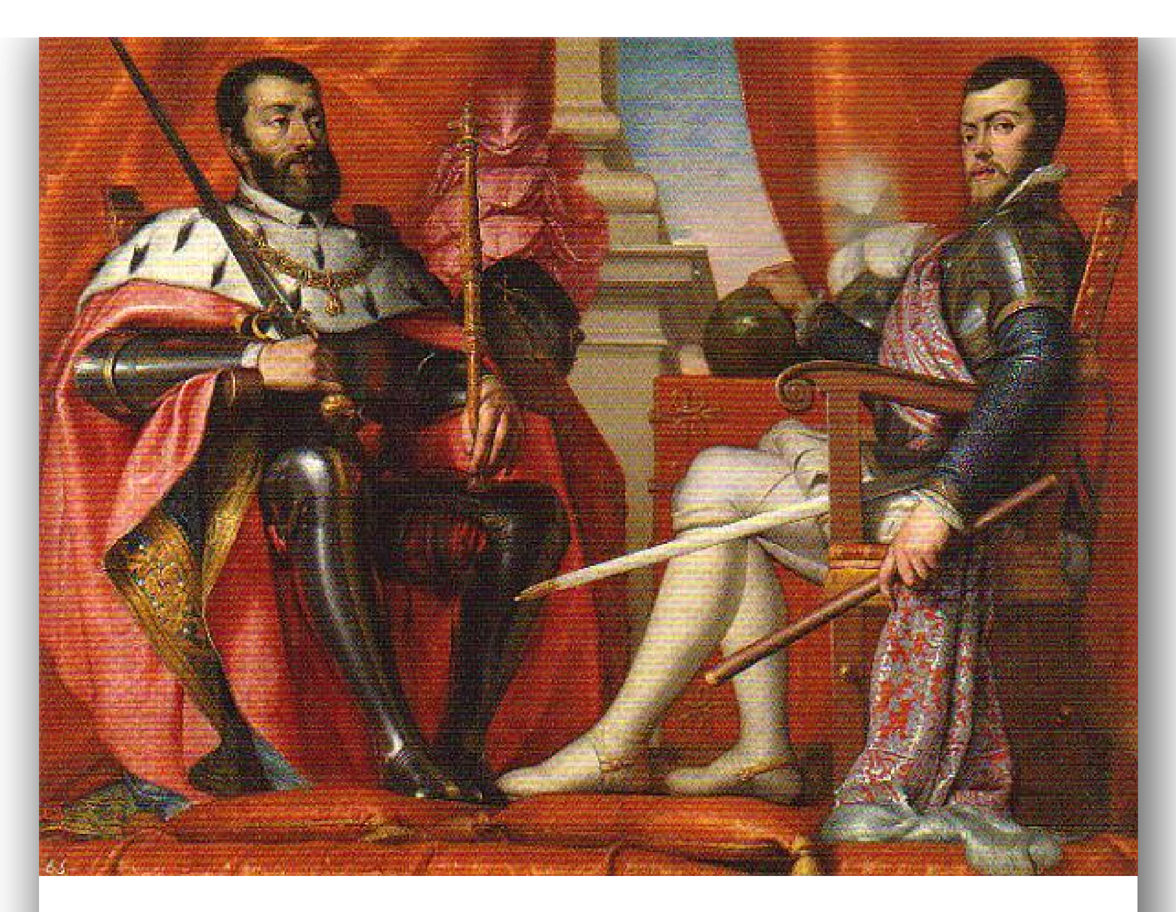
Un elemento adicional reforzaba la cohesión y el sentimiento de grupo en la tropa; en los tercios se

produce un alto grado de igualación de sus integrantes, en forma de elevación colectiva, en el que se combina una asimilación general del vínculo vasallático hacia el rey con una gradación que antepone una nación señora, la propia, a las inferiores naciones rivales. Con el fin de favorecer una nivelación igualitaria en la tropa, los tratadistas incidían en evitar que se impusiesen en el Ejército las jerarquías nobiliarias propias de la vida civil, que habían de ser sustituidas por una consideración y valoración del mérito. Aunque este propósito estuvo lejos de cumplirse plenamente, la integración en la tropa tenía un efecto de hermanamiento en el ejercicio de las armas, que en buena parte difuminaba jerarquías asentadas con firmeza en la sociedad, al tiempo que elevaba al colectivo en su conjunto. Un aspecto adicional favorecedor de esta igualación, destacado por varios autores, fue el hecho de que los tercios habían supuesto la recuperación del papel central de la infantería desde la caída del Imperio romano, algo que, en buena medida, igualaba a la tropa en el campo de batalla.

Aunque para los cargos de la cúspide de la jerarquía militar la cuestión del origen y linaje seguía siendo determinante, un plebeyo podía, a partir de la consideración de su comportamiento, ascender desde las posiciones más subordinadas hasta categorías elevadas como la de maestre de campo. En el último tramo del siglo XVII, defendía esa posibilidad Francisco Ventura de la Sala y Abarca, cuya carrera había sido un ejemplo en ese sentido, con su ascenso gradual de soldado a teniente del maestre de campo general.

Se podía acceder por el ejercicio de las armas a reconocimientos formales de nobleza, particularmente mediante la aceptación en órdenes militares; pero al margen de reconocimientos individuales e institucionalizados, la pertenencia a los tercios y la lucha por el rey ofrecían una suerte de conciencia de nobleza a los españoles que los integraban. Es obvio que la igualación no suponía un

rebajamiento simbólico de los militares de origen noble, quienes seguían viendo en el ejercicio de las armas una digna adecuación a su verdadera naturaleza, así como una posibilidad de aumentar su honor. Por otro lado, entre aquellos que pertenecían a estratos más bajos de la sociedad, la posibilidad de obtener nombre y reputación en la actividad militar funcionaba como un poderoso aliciente. El maestre de campo Vargas Machuca comentaba que "la milicia ennoblece al que viene de baja estirpe, ejercitando las armas en nombre de su rey". Alonso de Contreras ofrece un ejemplo en este sentido; integrado de adolescente en los tercios, y desde el más humilde origen, terminó como capitán levantando una compañía de soldados en Madrid, por encargo personal del conde-duque de Olivares, según relata orgulloso: "salí con ellos a los ojos de toda la corte, en orden, y yo delante. Que este consuelo tuvo mi buena madre de muchos pesares que ha tenido en este mundo de mis trabajos".



Carlos V y Felipe II (ca. 1329-1640), óleo sobre lienzo de Antonio Arias Fernández (1614-1684), Museo del Prado, Madrid. Con los llamados "Austrias mayores" comenzó la tradición de considerar al rey como "padre de los soldados", se tratase de un monarca guerrero, como el emperador, o cortesano, como sus descendientes. El cesar fue particularmente querido por sus soldados, como Martín García Cereceda, que elogió su proceder en la Jornada de Túnez (1535): "el emperador fue capitán general, y sargento, y soldado, llamando a unos hermanos y a otros hijos, diciendo a algunos que se desmandaban para ir a los moros que, por su amor, se metiesen en la ordenanza".

Calderón expresó en algunas de sus comedias una visión idealizada de la primacía del mérito, y del ennoblecimiento colectivo que se producía en los tercios en los que sirvió: "No se ha visto en todo el mundo / tanta nobleza compuesta, / convocada tanta gente, / unida tanta nobleza, / pues puedo decir no hay / un soldado que no sea / por la sangre de las armas / noble ¿Qué más excelencia?". Resulta significativa

esta apelación recurrente a la nobleza del mérito y el valor militar por parte de un escritor que era, de hecho, noble por nacimiento: "que nadie espere / que ser preferido pueda / por la nobleza que hereda / sino por la que él adquiere / porque aquí a la sangre excede / el lugar que uno se hace / y sin mirar cómo nace / se mira como procede".

El ennoblecimiento colectivo se proyecta sobre la nación española; los soldados de este origen se consideran colectivamente por encima de los de las naciones rivales, sea cual sea la extracción social de unos y otros. Hacia 1635, en el contexto de la apertura de hostilidades directas con Francia, el escritor Juan de Jáuregui comenta que ya en la batalla de Pavía, en 1525, los franceses habían admitido la nobleza de la nación española en su conjunto cuando, confirmada la derrota, Francisco I no les dijo a sus militares nobles que "se entregasen a los generales, o a los más ilustres, sino sencillamente a los españoles". Jáuregui subordina la estratificación social tradicional al predominio de una gradación nacional, que hacia el exterior hace de España una nación señora hasta su último hombre: "el más despreciado mochilero español en el aprecio del rey Francisco era digno depositario de la noble juventud francesa, y preferido en este crédito a los príncipes de otras naciones".



La rendición de Breda (1634), óleo sobre lienzo de Diego Velázquez (1599-1660), Museo del Prado, Madrid. Calderón de la Barca pone en boca de Ambrosio Spínola la siguiente alocución en su comedia *El sitio de Breda*: "Mi humilde celo, mi temor piadoso / dichosamente sus aplausos fía / a la fe de Felipo poderoso, / cuarto planeta de la luz del día; / y espero que su intento religioso / ha de asombrar en Flandes la herejía, / dando el sangriento fin alguna hazaña, / alabanzas al cielo, honor a España".

El ensalzamiento colectivo de los soldados de la nación propia, y su identificación con una forma simbólica de nobleza, no era por lo demás un fenómeno exclusivo de España y los tercios, sino un patrón que se encuentra en otros países de Europa. En su obra *Enrique v*, escrita hacia 1599, Shakespeare recrea en vigorosos versos el ataque a Harfleur, durante el cual el rey se dirige a su ejército de soldados de humilde origen como el colectivo más ilustre:

"¡Adelante, adelante, nobilísimos ingleses!". Asimismo, en la arenga previa a la batalla de Agincourt, hacia dentro se abandona toda jerarquía y hacia fuera se sitúa a un ejército de gente común por encima de la nobleza francesa a la que se enfrenta: "nosotros, una banda de hermanos; / Porque el que hoy derrame su sangre conmigo / Será mi hermano; por muy vil que sea, / esta jornada ennoblecerá su condición".

Conclusión: el soldado y la sociedad

En todo momento, los ejércitos han apelado a diversas motivaciones e identificaciones colectivas para aumentar la moral en la tropa, así como la implicación y combatividad del soldado. Se ha podido ver entre los tercios españoles de los siglos XVI y XVII cómo se apeló, fundamentalmente, a la identidad dinástica, religiosa y también nacional, aunque esta última no sea reconocida desde muchas perspectivas contemporáneas sobre ese periodo. Un aspecto adicional de gran importancia en la identificación colectiva de los soldados fue la proyección de una suerte de nobleza universal sobre todos los soldados, idea en la que parecen confluir la vinculación vasallática al monarca con el hermanamiento y ensalzamiento colectivo que emana de la identidad nacional.

Resulta interesante la cuestión de hasta qué punto este cuadro de identidades era específico y exclusivo a los soldados o, por el contrario, el reflejo de identidades arraigadas en segmentos más amplios de la sociedad de la época. La cuestión prioritaria abierta a interpretación es la de la identidad nacional. Parece claro que esta identidad se reforzó por vía de adoctrinamiento en el seno del Ejército, pero hay, en cualquier caso, indicios de que con ella se está asimismo apelando a sentimientos arraigados en la sociedad de origen. Se puede tomar como referencia la literatura de la

época, en especial el mundo de las comedias, dirigido a un amplio público. Muchos de los escritores del Siglo de Oro, algunos de los más importantes con un pasado en el Ejército, proyectan con sus obras una intensa identificación de la labor de los tercios con la defensa del monarca, de la religión católica y también de la nación española. En esta triple identificación se sustenta la expresada convicción de que las luchas de la Monarquía son necesarias, justas y legítimas. Nada muy diferente a lo que ocurría en otros países. Shakespeare, de nuevo, hace decir a Enrique V en el final de su arenga previa a la batalla: "que vuestro grito sea ¡Dios por Enrique, Inglaterra y San Jorge!".

La prioridad de los dramaturgos, en uno y otro país, no era la de presentar valores extraños al público, sino emocionarle apelando a ideas y sentimientos ya arraigados, siguiendo por lo general un gusto popular. Centrándonos en el caso español, encontramos significativamente la apelación a los valores que aquí se han descrito en todo tipo de autores, incluso en aquellos sin una experiencia personal en el Ejército. En cualquier caso, los escritores con un pasado militar parecen expresar estas ideas con mayor énfasis, sobre todo en las comedias de género soldadesco, que parecen remitirles a un pasado vivido y en las que acaso hay un interés personal en favorecer un alto reconocimiento social a la vida militar. Estos autores con experiencia en los tercios debieron de contribuir así a reforzar esas identidades en la sociedad en su conjunto, al proyectar sobre esta el énfasis en estos valores en el seno del ejército. ■

9

Mercenarios bajo otras banderas

Carlos Valenzuela Cordero



MERCENARIO ESPAÑOL EN ITALIA, 1525. Presente en Italia desde que desembarcó allí con el Gran Capitán más de veinte años atrás, este curtido infante, equipado a la ligera y armado con una media pica, ha hecho de la guerra su oficio y ha servido al mejor postor en las muchas contiendas entre

príncipes que han asolado la península desde 1494. Los infantes españoles devinieron, sobre todo tras la batalla de Rávena en 1512, en un bien muy valioso del que procuraron servirse los bandos en liza.

¿Qué son de mil que tenía Pedro de Guevara en el servicio del Rey de Francia en el parco de Pavía, año de mil é quinientos é veinte é cinco, que todos vinieron á este servicio después de la prisión é rota del Rey en el parco de Pavía? (Martín García Cerezeda, *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del Emperador Carlos* v *en Italia, Francia, Austria, Berbería y Grecia desde 1521 hasta 1545*, v. 3, 244).

A captain of Spain, named Antonio de Mora, who served the King at the siege of Montrell and seems a tall and warlike man, says that he means eft-soons to offer to serve the King, and prays Vaughan to write to the lord Privy Seal that he will bring 300 Spaniards, soldaos viegios of the best (Vaughan a Paget, 7 de diciembre de 1544, *Letters and Papers, Foreign and Domestic, of the Reign of Henry* viii, v. 19, t. 2, 432).

Después del tratado de Crepi, el Rey Enrico de Inglaterra recogió vasallos de Vuestra Majestad a su sueldo y no sabía como se podría estorbar ahora a los franceses lo que se consintió entonces al Rey Enrico (Cardenal Granvela a Felipe II, 28 de febrero de 1560, *Archivo Documental Español, Negociaciones con Francia 1559-1560*, Tomo I, 190).

The Spaniard being a brave and a superbe soldate (Dr. Wotton a Cecil, 20 de abril de 1560, *Calendar of the State Papers related to Scotland and Mary, Queen of Scots 1547-1603*, v. 1, 367).

Hasta la emergencia de los ejércitos nacionales tras la Revolución francesa, el soldado de fortuna era el más común de los soldados. Los Estados pequeños, pero con

fuertes recursos económicos, podían permitirse levantar ejércitos con mano de obra foránea, y aun los grandes Estados —Francia, España— debían reclutar súbditos de otras coronas para poder mantener sus campañas.

En el siglo XVI tenemos dos naciones mercenarias por excelencia: suizos y alemanes. En el XVII, dos pequeñas naciones se suman a esta terna: escoceses e irlandeses. Los Estados suizos tenían estructuras para el reclutamiento y la "exportación" de sus tropas. En los otros casos, eran o bien nobles locales o empresarios de guerra quienes se encargaban de reclutar, transportar y dirigir las tropas en batalla y, evidentemente, de negociar los contratos o *conductas* con los príncipes o naciones que requerían de sus servicios. Los soldados acudían a la plaza de muestras con diversas motivaciones: afán de aventura o conocer mundo, escapar de un señor abusivo, huir del hambre o hacerse rico con el botín de guerra.

El mercenariado hispano

¿Por qué en España, una nación, sin duda, también "inclinada al ruido de las armas", no se dio tal mercado mercenario? Las causas son múltiples. En primer lugar, la más evidente es que había impedimentos de tipo legal para ello, pero, sobre todo, más allá del papel, había un control bastante efectivo por parte de la Corona para evitar que cualquiera pudiera en territorios dominados por la Monarquía Hispánica hacer una leva que no fuera bajo la bandera de la cruz de Borgoña. En territorios alemanes del imperio, teóricamente, era el emperador quien había de permitir las levas y, sin embargo, no solo no las pudo impedir, sino que esas levas, hechas no en tabernas sino en "mesas por las calles tocando los tambores", fueron usadas en su

contra, por príncipes protestantes o por la enemiga Corona francesa.

En segundo lugar, había muchas oportunidades de promoción en la milicia española. No hacía falta acabar luchando en Escocia bajo la bandera de Enrique VIII, como hizo sir Julián Romero, para labrarse un porvenir como soldado profesional. En tercer lugar, España era una tierra de muy poca densidad demográfica. Rara vez, como sucedía en otros territorios más prósperos, hubo realmente excedentes de población, con una masa de jóvenes desocupados a los que era mejor embarcar y llevar al corazón del continente a labrarse un porvenir o cavarse una tumba, como sucedía en Irlanda o en Suiza. Además, se sumaba a ello el hecho de existir territorios de ultramar a los que emigrar y hacer fortuna, aunque la emigración a Indias fue siempre relativamente baja.

Por último, se daban, a priori, condicionantes culturales en el seno de la sociedad española que se oponían al servicio armado bajo príncipes no naturales, "por no ser contra su rey [...] por caer en el crimen de ingrato", amén del exacerbado espíritu de la contrarreforma que predisponía en contra del contacto con todo aquello que oliera a heterodoxia. Sumados esos factores, uno podría descartar la hipótesis de una nación española mercenaria y dedicarse a estudiar los casos, mucho más notorios y abundantes, de verdaderas naciones mercenarias como las previamente mencionadas, pero aquí, claro, vamos a hacer justamente el ejercicio contrario.

Mercenarios españoles en las Guerras de Italia

li qual fanti [spagnoli] é homini disposti e valentissimi, usadi in le guerre de Italia dal 1509 in qua (Marco Antonio Venier, sobre el ejército imperial en Lombardía, 4 de noviembre de 1525, *I diarii di Marino Sanuto*, v. 40,424).

Los españoles avezados al oficio de las armas comenzaron a ver mundo mucho antes de acabada la reconquista, si bien fue ese su campo principal de acción hasta el reinado de los Reyes Católicos. Fue, sin embargo, en Italia, en tiempos de Alejandro VI, donde podemos ver un primer nutrido grupo de soldados —entre 2.500 y 2.600— luchando bajo las banderas de César Borgia, si bien, muerto el papa, su padre, y con el dominio de Italia en pugna entre España y Francia, la mayoría abandonó al caído en desgracia para quedar bajo el mando del victorioso Gran Capitán. Desmovilizadas las tropas a partir de 1504, unos pocos miles de soldados quedaron en la península itálica para ganarse la vida como *venturieri* y podemos encontrarlos en contingentes de varios cientos, o incluso de un par de miles, en empresas variopintas, al servicio del rey de Francia, del emperador, de Florencia, de Pisa, de los duques de Ferrara, del Papa, en fin, de cualquier actor que pudiera pagar sus servicios.

Cabe tener en cuenta que en esta época no había ejércitos permanentes. Los contingentes europeos duraban lo que duraba una campaña y solían desmovilizarse, de manera parcial, durante el invierno. De hecho, a muchos soldados se les contrataba por seis meses, que era lo que podía durar una campaña normal centrada en los meses de verano, aunque claro, muchas veces la acción se alargaba y uno podía verse varios años combatiendo o quedar de guarnición en una plaza fuerte durante la hibernada.

Los reyes de España tampoco disponían de recursos ilimitados: los soldados que se pagaban eran aquellos necesarios para mantener los presidios o guarniciones que otorgaban control sobre un territorio y lo defendían de incursiones enemigas. Cuando había necesidad, se hacían nuevas levas en la zona o se enviaban tropas desde otros territorios. Con el tiempo y en el reinado de Carlos V y ante la amenaza francesa y turca se instauraron los tercios de

infantería española en Italia con base en Nápoles, Sicilia y Lombardía, que sí dieron pie a un pequeño ejército permanente, pero, aun así, fue el conflicto casi perenne con Francia primero, y con los rebeldes holandeses después, lo que dio pie a ejércitos prácticamente continuos con una estructura fija, aunque de recursos variables.

En 1510, no obstante, se tuvo noticia de la venida del rey Fernando para la empresa de Berbería y la mayoría de los soldados españoles que habían quedado en Italia ganándose la vida, unos "4.000 hombres de guerra" que se hallaban "por las comarcas de Roma y de Nápoles", así como muchos "que estaban sobre Bolonia en el campo del papa, y otros que estaban con el duque de Ferrara", se fue a servir a Pedro Navarro en la infausta jornada de los Gelves. En octubre de 1511, el Rey Católico se unió a la Liga Santa y la mayoría de los soldados supervivientes tuvo, de nuevo, a un príncipe natural al que servir en tierras italianas.

Finalizado el conflicto, la mayoría permaneció en Italia y siguió su vida como soldado de fortuna. Brescia había quedado en 1512 bajo guarnición hispano-alemana con gobernador español en nombre del emperador. Verana era gobernada por un comisario imperial, Giovanni Spinelli, conde de Cariati, con una guarnición compuesta por infantería alemana, española y suiza, junto con tropas de caballería italiana. Los venecianos aliados a los franceses consiguieron que Brescia se rindiese y pusieron cerco a Verana. Aquí se dio la circunstancia de que no solo los españoles salidos de Brescia, sino hasta 800 que abandonaron Verana, se pusieron al servicio de la señoría de Venecia para asediar la ciudad defendida por sus paisanos. La motivación de estos soldados al servicio de un tal Maldonado no era otra que la económica: 8 pagas por 6 meses de servicio, sumada a la carestía de los alimentos en el interior de la plaza sitiada: de la masa de 35 panes de antaño, ahora se labraban tan solo 40. No solo estos

desertores engrosaron el campo veneciano: también soldados venidos del reino de Nápoles se alistaron en los libros de sueldo de la Señoría. Al final, la diplomacia hizo efecto y, firmada la paz entre las partes en conflicto, el 12 de enero de 1517, la guarnición española comenzó a salir de la plaza para dejarla en manos francesas. En este episodio, detallado casi día a día en la correspondencia recogida por Marín Sanuto, apreciamos la complejidad del ser humano: los soldados españoles que se habían pasado al campo veneciano vendían pan a sus compatriotas cercados leales al emperador.

Cuando todas estas tropas, al servicio de Venecia, o al servicio del emperador, quedaron licenciadas, dispusieron de salvoconducto para pasar a Nápoles, que era lo mejor, desde el punto de vista de los locales, que se podía hacer con los soldados ociosos: hacerlos marchar, cuanto más lejos mejor. Sin embargo, Francesco María della Rovere, antiguo duque de Urbino, al cual los Médici habían usurpado su ducado para enfeudarlo en la persona de Lorenzo, sobrino del papa León X, vio la oportunidad que representaba esta soldadesca veterana para recuperar sus Estados. Aparte de estos españoles recién despedidos, hubo otros 800 en Roma que engrosaron las filas de los Médici para oponerse a Della Rovere, y que integraron un contingente de 1.500 connacionales. De nuevo, en cuestión de semanas, hubo españoles mercenarios sirviendo en bandos opuestos. Las tropas de Francesco atacaron el campo pontificio con "secreta inteligencia entre los españoles" de uno y otro bando. El ataque no fue definitivo y las hostilidades prosiguieron.

En mayo de 1517, Maldonado y otros capitanes españoles fueron pasados por las picas por los de su nación. Los conspiradores habían ofrecido entregar a Su Santidad al viejo duque de Urbino. Los hombres leales al dinero mudan de afecto según se decante el fiel de la balanza. Los

capitanes españoles que quedaron al servicio de Francesco consideraron oportuno negociar con el papa por sí y por sus hombres, y consiguieron 4 ducados, dos pagas, paso franco con vituallas hacia el reino de Nápoles y la absolución papal tras haber servido con mano armada contra el servidor de Dios en el trono de san Pedro. Vemos que los españoles, como mercenarios, se constituyeron en actores directos del conflicto, pues adquirieron voz propia al margen de la de su contratante, que nada pudo hacer mientras se negociaba a sus espaldas. Lorenzo de Médici, el usurpador del ducado de Urbino concluyó con un despectivo "questi spagnoli sono traditori".

En estos dos episodios, el asedio de Verana y la Guerra de Urbino, vemos el claro carácter mercenario de esta tropa española: sirven al mejor postor, defienden siempre sus intereses y tienen voz y voto, convirtiéndose en actores principales de lo que sucede, no solo por su propio peso y valor sino por las acciones que toman. Más que mercenarios, eran una pequeña comunidad de empresarios de guerra.

En 1520, Hugo de Moneada emprendió una jornada para tomar los Gelves. Una vez finalizada la empresa, de los 6.400 infantes, la mayoría fueron embarcados para España, otros quedaron de guarnición en los reinos de Nápoles y Sicilia y unos 1.500, atraídos por la noticia de que el papa asoldaba tropas para luchar contra Francia, acudieron a Roma. Tenían 800 escopetas y 7 falconetes. Pidieron ser reclutados por Su Santidad por seis meses o, al menos, recibir 30 carlines con los que mantenerse. Las tropas de la Iglesia les dieron batalla y mataron a 200 de ellos. Pronto, no obstante, las hostilidades entre el emperador y el nuevo papa de una parte, y el rey de Francia por otra, hizo que, de nuevo, estas tropas "desmandadas", esto es, sin mando, tuvieran ocupación bajo su rey natural, el joven Carlos I de España.

En estas primeras décadas del quinientos vemos un patrón que se repite: tropas al servicio de intereses

dinásticos de los Reyes Católicos son desmovilizadas tras un acuerdo diplomático. Una vez licenciadas, una parte regresa a su patria y otra decide permanecer en Italia, un buen territorio para el oficio de soldado de fortuna, con multitud de actores locales o potencias extranjeras en pugna por un territorio políticamente muy fragmentado y deseosas de tropas fogueadas, "fantaria tutta essercitata nell'armi e molto eletta", con oficiales veteranísimos y conocedores de Italia, muchos de la escuela de César Borgia o de la del Gran Capitán, con gran prestigio personal. No obstante, una vez que su señor natural les ofrecía trabajo en empresas de prestigio, la mayoría retornaba a su servicio. El conflicto casi permanente con la Corona francesa en el siglo XVI que llevó a constituir los tercios de infantería española rompió este patrón.



La batalla de Pavía (ca. 1525), óleo sobre lienzo anónimo, Birmingham Museum of Art. Tras la decisión de los españoles de servir al enemigo contra su rey solía haber una afrenta personal. Tal es el caso de Felipe de Guevara, cuyo servicio a Francisco I en Pavía trata este capítulo, y también el de un general de renombre, Pedro Navarro, que había prestado valiosos servicios a Fernando el Católico en Nápoles y Berbería. Apresado en Rávena (1512), cambió de bando por "la poca cuenta e estima que el rey hacía de él" y "la buena compañía e honra que el rey de Francia le hacía", según una crónica de la época.

Los soldados desarrollaron su labor fuera de la jurisdicción del rey de España con escasa o nula intervención de las autoridades: don Juan Manuel, embajador en Roma, negoció con los desmandados en 1521; don Hugo de Moneada, con las tropas de Della Rovere en 1517. La cuestión de la soldadesca fue, para las autoridades españolas, de orden más bien diplomático. Al fin y al cabo, la mayoría eran gente que, de 10 en 10, de 20 en 20, se marchaba "a la deshilada" a buscarse la vida una vez habían sido despedidos; no se trataba de desertores.

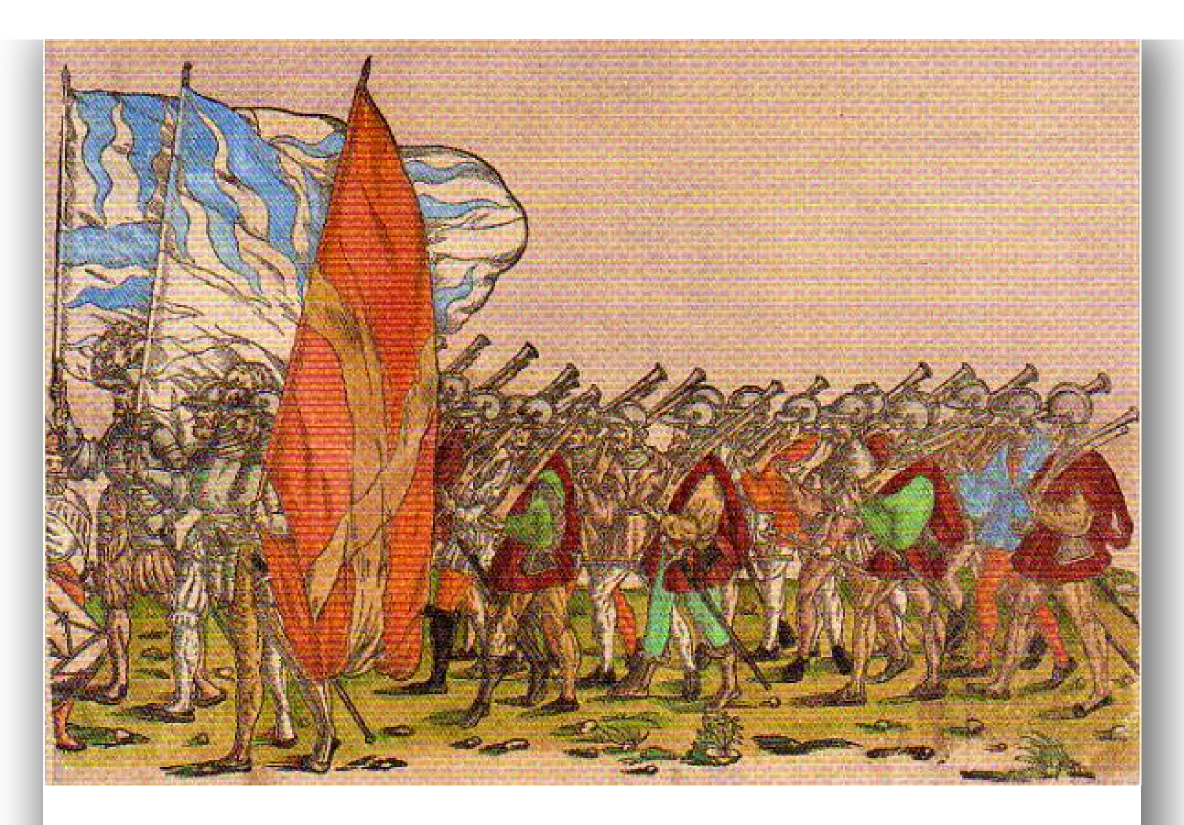
En 1522 llegaron a Italia 2.000 españoles como escoltas de Adriano de Utrecht, mentor del emperador Carlos y futuro papa Adriano VI, pero dichos soldados, a los cuales se pensó enviar a socorrer Rodas ante la amenaza turca, fueron más un detalle de su pupilo Carlos que soldados a los que podamos llamar mercenarios. En 1525, en la batalla de Pavía, había en el campo francés 1.000 españoles mandados por Pedro de Guevara, un capitán, según Oznaya, desdeñado por el emperador al ser despedido por este. Evidentemente, estos soldados eran no solo mercenarios, sino que luchaban en contra de su señor natural y vestían cruces blancas, la insignia francesa en la guerra, sobre su ropa y armas.

Tras esto, hay pocos ejemplos de contingentes significativos. Quizá curioso sea el caso de 1.500 españoles que llegaron a Capodistria [actual Koper, Eslovenia] a cargo de Alonso Zamudio tras haber servido en Flandes. Estos hombres, que habían estado en los Países Bajos en campaña contra el duque de Güeldres, habían atravesado Europa a su propio arbitrio, no a la deshilada, sino en grupo, fueron socorridos en el camino por el archiduque Fernando y acabaron ofreciendo sus servicios a la señoría de Venecia con la voluntad de seguir siendo soldados. Amén del *modus vivendi*, el oficio de soldado hacía de la camaradería y costumbre una verdadera comunidad a la que el hombre, al estar en tierra extraña, convertía en su verdadera patria. El destino soñado por todo soldado español, no obstante, seguía siendo Italia y allí se dirigieron con sus esperanzas.

Españoles en Inglaterra y Escocia

And although these Spanish soldiers said that they were dismissed home, soldiers in want of money would say anything (Embajador Chapuys a María de Hungría, 12 de marzo de 1545, *Letters and Papers, Foreign and Domestic, Henry VIII*, v. 20, parte 1, 156).

En 1543 el propio emperador Carlos emprendió una de tantas campañas en la que deseaba que se hallara presente su propia persona y partió de Italia con los tercios de Luis Pérez de Vargas y Alvaro de Sande. El tercio de don Pedro de Guzmán y el de Vasco de Acuña llegaron en junio y noviembre de ese mismo año por mar. En total, arribaron a los Países Bajos unos 10.000 españoles. Después de tomar el ducado de Güeldres, el ejército hibernó para la campaña siguiente. Cuando se dieron por concluidas las hostilidades con Francia tras firmarse las paces de Crépy (18 de septiembre de 1544), hubo un excedente de tropas. A los de Alvaro de Sande se les envió a Hungría, donde defendieron las fronteras hasta 1546. Al resto de soldados se le dio la "opción" de embarcarse para España con 15 días de socorro, o acudir con los de Sande a la frontera oriental del imperio.



Soldados españoles en la serie de grabados coloreados. *La cavalcata dell'Imperator Cario V nel suo ingresso in Bologna* (1530), de autor desconocido, Albertina Museum, Viena. Más diestros que nadie en el manejo del arcabuz y ágiles en escurrirse entre las picas enemigas, no es extraño que los soldados españoles, sobre todo después de su desempeño sobresaliente en la batalla de Rávena, se convirtieran en mercenarios codiciados por los distintos bandos, en especial cuando los capitaneaban condotieros curtidos como Diego García de Paredes, el Sansón de Extremadura, que sirvió a las órdenes de los papas Alejandro VI y Julio II.

El conflicto que mantenía Carlos V con el rey de Francia concluyó de manera unilateral por parte del emperador, pero había sido emprendido en coalición con Enrique VIII de Inglaterra, el cual, retirado el emperador, siguió en guerra con Francisco I. Mientras duró la coalición, parte de las tropas españolas tuvo la oportunidad de combatir junto con tropas inglesas y establecer contactos significativos, y los servidores de Enrique, nobles, militares y diplomáticos, confirmaron la buena fama que precedía a los soldados

españoles. También, por cierto, los oficiales franceses valoraban a los españoles contra los que habían combatido, y así, como en tantas otras ocasiones a lo largo de la historia cuando finaliza un conflicto, diversos actores se lanzaron al juego de los fichajes. Los que menos experiencia tenían en esta materia, los ingleses, fueron, quizá por la prodigalidad de su rey, los que mejor resultado obtuvieron. Cabe tener en cuenta, no obstante, que los soldados objetos de deseo no fueron meros actores pasivos.

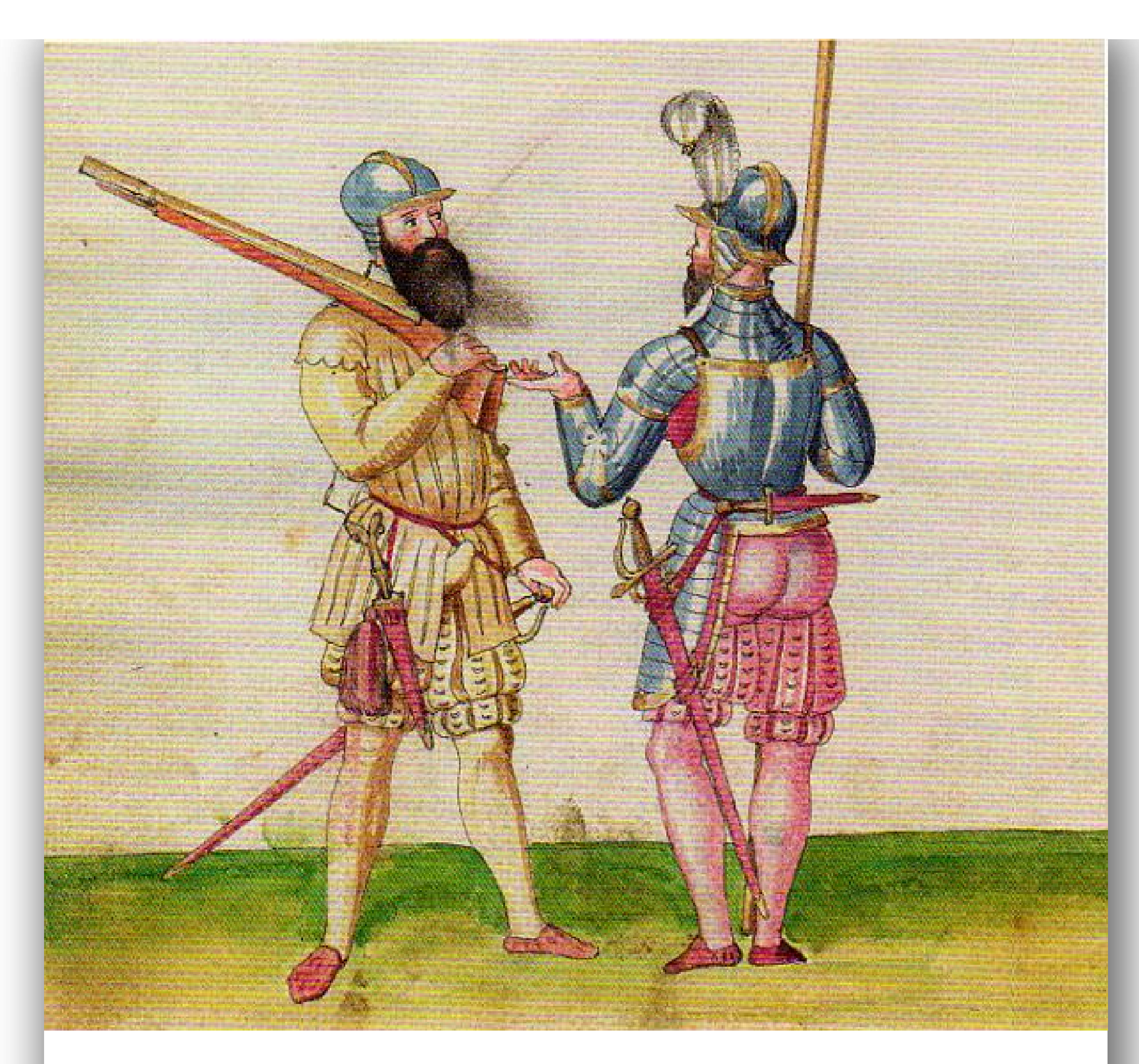
Al serles notificado el envío a España o la alternativa en la inhóspita frontera húngara, varios oficiales movieron ficha: Antonio de Mora, por ejemplo, ofreció entre 400 y 500 españoles, soldados viejos, al embajador Stephen Vaughan. Este capitán, no obstante, tras servir bajo mando inglés, acabó pasándose al servicio del rey de Francia en marzo de 1545 al verse agraviado por el nombramiento de Gamboa como maestre de campo de todos los españoles.

Sin embargo, antes de negociar con los capitanes, los diplomáticos ingleses habían realizado peticiones formales al emperador para poder reclutar soldados españoles; arcabuceros, una escuela de escasa tradición en Inglaterra, más avezada al uso de arcos aun en esta época. El emperador había denegado toda petición, quizá para no enemistarse de nuevo con Francisco I por proveer hombres a su rival. Sea como fuere, Pedro de Gamboa, un capitán español que se hallaba en desgracia con Carlos V por una muerte que había cometido, fue el empresario de guerra que culminó este acuerdo con los diplomáticos ingleses para surtirlos de unos 1.300-1.500 hombres. Unos 500-600 hombres habían entrado al servicio de Francisco I para finales de 1544.

Desconocemos cómo fue el proceso de negociación en detalle, a pesar de la abundante correspondencia de la época, pero el caso es que las tropas que quedaron a cargo de Gamboa fueron embarcadas en ocho urcas en Zelanda

con destino a la costa norte de España por mandato imperial. Por el camino, "casualmente", los patrones de las naos se vieron obligados a recalar en la costa inglesa, en Falmouth, donde un comisario inglés, sir Philip Hoby, acudió con una provisión de dinero para poner los hombres a sueldo del rey Enrique. La mayoría de los soldados fue, posteriormente, trasladada a Newcastle para combatir en las fronteras de Escocia con Pedro de Gamboa con título de maestre de campo al mando, para pasar la campaña siguiente al continente a luchar con Francia.

Allí, dos capitanes fueron protagonistas de una de esas deliciosas e irrepetibles escenas que se dieron en la Edad Moderna, el de dos españoles, uno el mencionado Antonio de Mora y el otro, un joven Julián Romero, cada uno al servicio de un señor no natural, luchando en combate singular por su honor particular, el de su grupo y el de su nación, en lo que dejó de ser un asunto particular para convertirse en un acto público que tuvo como escenario el palacio real de Fontainebleau. Venció, claro, Romero.



Un arcabucero y un piquero español en un anónimo *Códice de Trajes* (ca. 1546-1547) conservado con la signatura Res/285 en la Biblioteca Nacional de España, Madrid. Esta era, con toda probabilidad, la apariencia de los mercenarios españoles que sirvieron en las filas inglesas en la guerra contra Escocia. Para un ejército como el inglés, equipado todavía en gran medida con armas de asta corta —*bills*— y arcos largos, al apoyo de arcabuceros experimentados resultó clave en la victoria de Pinkie sobre un enemigo que gozaba de una clara superioridad numérica.

Fueron varios los oficiales que prosperaron en esta aventura. Muchos de ellos recibieron pensiones y unos pocos obtuvieron el título de sir —Gamboa, Romero y Pedro Negro —, La mayoría de los soldados, no obstante, tras luchar en

Francia, regresó al servicio del emperador en 1546 para luchar en las guerras esmalcáldicas, luego de ser perdonados, eso sí, amén de haber sido confesados y absueltos por el nuncio del papa por haber servido a un rey hereje. Julián Romero, aunque se quedó en Inglaterra y combatió en la batalla de Pinkie en 1547, también acabó regresando al servicio de su señor natural y llegó a ser maestre de campo sin que este periodo mercenario no autorizado pusiera mácula alguna en su expediente. Gamboa murió en Londres, de "malas estocadas", a manos de Carlos de Guevara y tres secuaces.

Desertores y aventureros

Decíamos, en la introducción del capítulo, que uno de los motivos por el cual hubo pocos mercenarios españoles fue el firme control que la Corona tenía sobre su territorio y, por tanto, el impedimento que podían poner las autoridades a la hora de realizar reclutamientos *in situ*. Veamos, no obstante, un ejemplo de lo contrario.

En 1578, el rey Sebastián I de Portugal se empeñó en una de esas empresas africanas que, de haber salido bien, hubieran laureado su reinado, pero que tuvo un desenlace aciago y puso fin a su vida. Acudió en 1577 a pedir ayuda a su tío Felipe II, rey de España, el cual le dio una mezcla de buenos consejos y vanas promesas para, finalmente, negarle toda ayuda y desaconsejarle con firmeza la jornada. Acuciado por la falta de recursos humanos, el joven monarca optó por reclutar soldados viejos en España, en espera de que esos veteranos constituyeran una de las bases en que asentar el éxito de la campaña en Berbería. Felipe II desautorizó cualquier leva. Sin embargo, los capitanes españoles pudieron reclutar en Andalucía unos 2.000 hombres y otros 1.500 quedaron en el Puerto de Santa María

tras mandar el rey a prisión a los capitanes, solo para después liberarlos, lo cual prueba que la leva de estos aventureros se hizo a caballo entre la desautorización oficial y la vista gorda.

También en la historia hay algunos ejemplos de soldados desertores que sirvieron en banderas del enemigo tras haber servido previamente bajo la cruz roja aspada. Un caso singular es el del mulato Alonso de Venegas, un soldado protegido de Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba, que, en la década de 1580, servía en Flandes. Como soldado particular, y bien armado, ocupaba las primeras hileras del escuadrón. Envidiado por muchos, un ayudante de sargento mayor le tomó odio y le quiso perjudicar al quitarle le preeminencia de combatir en primera fila. Venegas retó a duelo al ayudante, pero este se negó al combate singular aludiendo a la raza negra de su contrincante. Como el ayudante pudo eludir el duelo, Venegas se sintió menospreciado y buscó respeto pasándose al servicio de los rebeldes. La persona que dio testimonio de este caso, Alonso Vázquez, célebre autor de *Los sucesos de Flandes en tiempos de Alejandro Farnesio*, a pesar de que asume que el maltrato recibido fue lo que impulsó a Venegas a pasarse al enemigo, apunta también a su raza y al hecho de que es probable que fuera morisco y no "un verdadero español", como si en la propia naturaleza de la persona estuviera la falta, lo cual pone de manifiesto los prejuicios de la época. El propio Vázquez habla de otros desertores que no merecen disculpa, puesto que "por desdeñados o por pendencias y delitos que han cometido, viéndose forzados de sus superiores" dejaban el servicio del rey, y siempre podían ir a servir al emperador u otro príncipe católico que no fuese enemigo del rey de España. El castigo para estos desertores, una vez atrapados, era, inevitablemente, la muerte.

Desertores o soldados de fortuna, las motivaciones para servir a un príncipe o Estado extranjero eran múltiples.

Parece más bien que el desertor tipo lo hiciera motivado por el rencor o el agravio contra sus mandos o compañeros, aunque también había deserciones de índole económica. Algunos soldados, literalmente, se pasaban al enemigo para tener algo que comer. El soldado de fortuna, en cambio, buscaba seguir en el oficio de las armas cuando en el servicio a su príncipe natural no había oportunidades, debido a un periodo de paz más o menos prolongado, o cuando las oportunidades en otros servicios eran más ventajosas. El soldado español era visto por sus coetáneos como abnegado, disciplinado y con lealtad casi perruna, pero puntualmente, claro, podía ser también un traidor o un simple oportunista que "vendía sus armas a querellas ajenas". ■

10

La vida después de la milicia

Agustín Jiménez Moreno



UN VETERANO DE ÉXITO, 1630. Una vida de servicio al rey en los distintos

teatros bélicos de la Monarquía, de Flandes a Berbería, no redundaba, con frecuencia, más que en heridas y pobreza. No es el caso, sin embargo, de nuestro personaje. Este antiguo oficial ha visto premiados sus muchos años de servicio con un hábito en la Orden de Calatrava y la secretaría de uno de los diversos consejos de la Monarquía, de manera que sigue sirviendo al rey desde un puesto seguro en la corte. En consonancia con su estatus, viste unos elegantes ropajes negros de acuerdo con la sobria etiqueta austríaca.

Uno de los aspectos más importantes de la vida militar era precisamente qué ocurría una vez que esta llegaba a su fin, lo que, por lo general, sucedía de dos maneras (siempre y cuando se hubiera tenido la fortuna de sobrevivir a los riesgos inherentes a este oficio). En la primera de ellas, era la Corona quien rompía el contrato que unía a ambas partes, normalmente porque el combatiente, por diversas circunstancias, no era apto para el servicio.

La otra se producía cuando tenía lugar la disolución (*reformación*, según la terminología de la época) de la unidad en la que se prestaba servicio. Esto se llevaba a cabo con una doble finalidad: reorganizar las fuerzas que combatían en un determinado teatro de operaciones y ahorrar costes a las finanzas reales mediante la supresión de salarios de la oficialidad (que eran los más elevados); por lo que se procedía a la eliminación de cierto número de compañías o de tercios, cuyas fuerzas se encontraban muy por debajo de las que debían presentar, y cuyos integrantes pasaban a servir en otras unidades que formaban parte del contingente al que estaban adscritas. También solía darse esa situación a la conclusión de alguna campaña, o cuando finalizaba una contienda y se tomaba la decisión de despedir a parte de las fuerzas que habían participado en ella. En tales supuestos, los oficiales tenían la opción, siempre con el permiso del alto mando, de abandonar el servicio, aunque también podían retomarlo con la condición de reformado en alguna de las formaciones supervivientes.

La principal fuente para conocer la realidad de los soldados una vez finalizado su periodo de servicio son los memoriales que presentaban ante la administración real. En ellos se exponían los servicios del pretendiente, así como la recompensa que se pedía a cambio. Junto con esta tipología

documental se encuentran las propias relaciones de servicios, donde se relataban con más detalle los méritos realizados, que incluían los teatros de operaciones en los que estos se habían producido y los empleos alcanzados. En última instancia, destacan las consultas generadas por la administración a la luz de estas solicitudes, gracias a las cuales se puede conocer la respuesta de la Corona a las mismas, así como las razones que aportó para su concesión o denegación.

A la hora de aproximarnos a esta realidad debemos tener en cuenta que, a pesar de las dificultades, los dirigentes de la Monarquía Hispánica hicieron todo lo posible por gratificar a los militares que formaban parte de sus ejércitos. Pese a tan loable intención, lo cierto es que se trató de una tarea condenada al fracaso, pues era imposible gratificar adecuadamente a todos aquellos que empuñaban las armas en nombre de los monarcas de la casa de Austria. Una de las consecuencias más visibles de todo ello fue la perenne presencia de militares en la Corte a la espera de ver satisfechas sus pretensiones. Se trataba de una situación que perjudicaba gravemente los intereses de la Corona, pues la mayoría de ellos sobrevivía en unas condiciones deplorables y daba un pésimo ejemplo al resto de la población, lo que disuadía de iniciarse en esta profesión a quienes tenían vocación castrense. Del mismo modo, su estancia en la capital era foco de conflictos, pues eran habituales sus choques con la población civil.

Las penurias de los retirados

El ministerio del conde-duque de Olivares se caracterizó por la presentación de multitud de propuestas, en todos los ámbitos, cuyo objetivo final era solucionar los problemas que amenazaban la hegemonía de la casa de Austria, tanto

en Europa como a escala mundial. De tal modo, una cuestión tan importante como la de qué hacer con los militares que se encontraban inactivos también fue tratada por el ministro y sus colaboradores. Como respuesta, entre finales de 1635 y principios de 1636, se constituyó una entidad administrativa (muy influida por los postulados de Cristóbal Pérez de Herrera, fechados a finales del siglo XVI) destinada a atender única y exclusivamente las pretensiones de los profesionales de las armas con la finalidad de que retomaran el servicio lo antes posible. Pese a que su existencia fue efímera, sentó las bases para el establecimiento de una estructura permanente, que pasó a denominarse Junta del Despacho de los Soldados, operativa a mediados del año 1636.

Sin embargo, los dirigentes de la Monarquía se enfrentaban a un problema cuya solución era mucho más compleja y que acarrearía una transformación radical de la relación entre los militares y la Corona, así como de la concepción del servicio militar y lo que este significaba en la sociedad del momento, pues implicaba que sería considerado como un empleo más a cambio de un salario, lo que, a su vez, supondría despojarlo de gran parte de su carga simbólica y honorífica. Con todo, la situación de los profesionales de las armas una vez concluido su periodo de servicio, y más concretamente en el caso de quienes se veían forzados a dejarlo por las heridas recibidas en combate, continuó siendo una de las principales preocupaciones de administración militar hispánica.

Entre la multitud de testimonios que ilustran esta realidad se encuentra una iniciativa surgida a mediados del año 1647 en el seno de la Junta de Guerra de España, motivada por la imposibilidad de garantizar el sustento de los militares con los medios utilizados hasta esos momentos: la concesión de una plaza muerta (aquella que figura entre los efectivos teóricos de una unidad, pero que no está disponible para el servicio activo), un entretenimiento (salario mensual

permanente que percibía un militar por servir en determinado destino, o adscrito al alto mando del Ejército) en alguno de los presidios peninsulares, o la consignación de sus haberes en los servicios de millones de determinada localidad. Ante esa circunstancia, agravada por el creciente número de soldados impedidos que se encontraban en la Corte, la Junta de Guerra de España planteó (de nuevo en una clara alusión a lo bosquejado en su momento por Pérez de Herrera), la constitución de dos instituciones destinadas a velar por el bienestar de los militares imposibilitados para continuar el servicio, que se establecerían en Madrid y en Sevilla, financiadas con las contribuciones de sendos obispos, cada uno de los cuales debía hacerse cargo, en función de sus rentas, de la manutención de un número variable de soldados, para lo cual debía solicitarse el beneplácito del papa.

Aunque se trataba de una buena idea, que permitiría dar un retiro digno a quienes habían arriesgado su vida en defensa de los intereses de la Monarquía, la alta jerarquía eclesiástica no estaba muy por la labor de involucrarse en ella. En cualquier caso, la administración real no se dio por enterada y optó por mantenerla, pues de llevarse a la práctica redundaría positivamente tanto en la propia Monarquía como en los militares que habían quedado incapacitados a consecuencia de las heridas sufridas. Sin embargo, no llegó a ponerse en marcha, pues no he encontrado ninguna evidencia documental que lo confirme. No obstante, se documentan algunos casos de obispos que aceptaron correr con el sustento de militares retirados, como ocurrió con el alférez Diego Hernández, quien, a mediados de agosto de 1662, recibió permiso de D. Juan José de Austria (que en esos instantes era el máximo responsable de las fuerzas encargadas de combatir a los rebeldes portugueses) para dejar su puesto por no encontrarse en condiciones de

continuar sirviendo, y que en marzo de 1664 recibió una pensión con cargo a las rentas del obispado de Osma.

Durante las décadas centrales del siglo XVII vieron la luz numerosos proyectos que profundizaron en esta realidad tan compleja, y que en la mayoría de los casos no salieron adelante por la falta de fondos. Eso no significó que la Corona abandonara a sus militares, sino que ante la dificultad de articular una respuesta colectiva no le quedó más remedio que atenderles de manera individualizada, con todo lo que ello significaba: acudir en auxilio de unos en detrimento de otros. En cuanto a los criterios seguidos para ello, en mi opinión, se reducen a dos: en primer lugar, contar con algún valedor en el incierto mundo cortesano que ayudara a que su pretensión fuera atendida; el segundo supuesto tendría que ver con el estado de las finanzas reales, que, si bien dejaba mucho que desear, en momentos muy puntuales podía ser algo más generoso y atendía peticiones que en otro caso hubiera desechado sin contemplaciones.

Otro buen momento para los militares llegaba cuando las autoridades publicaban, sobre todo en la Corte, un bando en el que se obligaba a todos los soldados presentes en ella, tanto con permiso del alto mando como sin él, a comparecer ante un organismo conocido como la Comisaría General de la Infantería de España, activa desde, al menos, la década de los 40 del siglo XVII, entre cuyas competencias se encontraba la de atender sus peticiones y conseguir que su presencia en Madrid se prolongara lo menos posible en aras de que volvieran al frente cuanto antes. Una de estas comparecencias tuvo lugar en noviembre de 1664 y entre los profesionales de la milicia que cumplieron con su obligación se encontraban varios con graves problemas de salud, lo que les impedía retomar su profesión y los llevó a solicitar a ese organismo diversas mercedes para poder retirarse y garantizar su supervivencia.

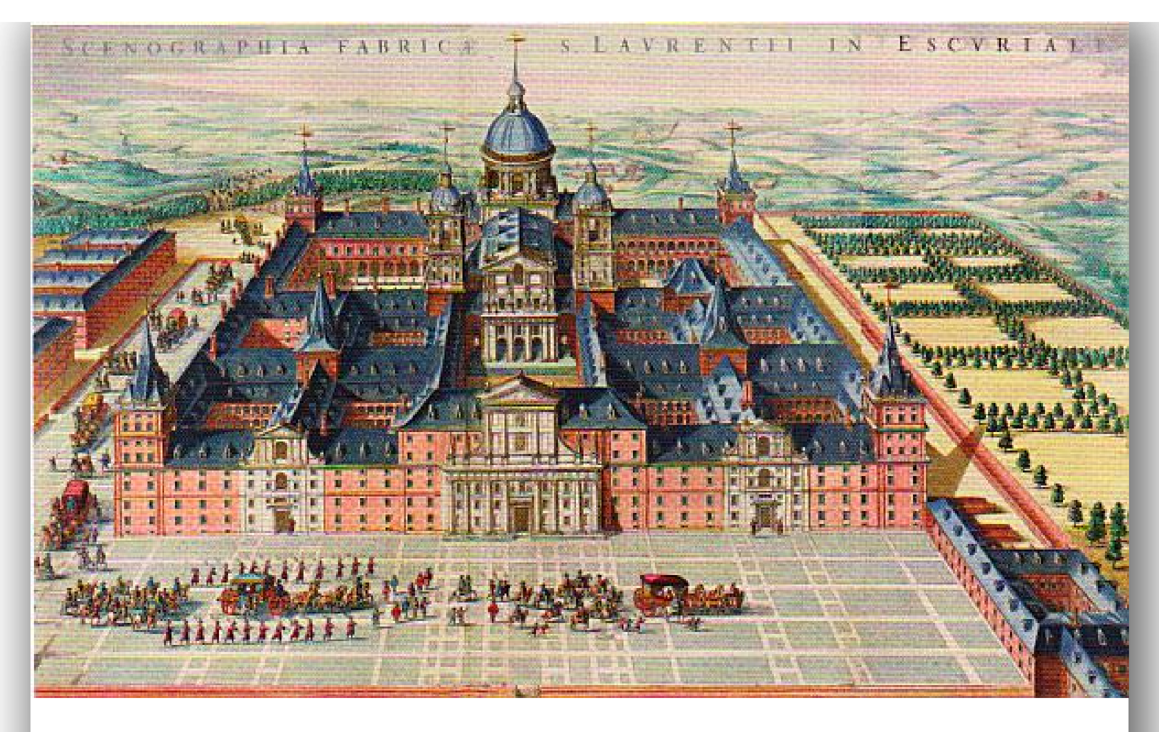


Los siete mendigos (1630), grabado de Jacques Callot (1592-1635) y Wenceslaus Hollar (1607-1677), Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Los omnipresentes soldados tullidos, que no tenían otro medio de subsistencia que la mendicidad, eran un poderoso elemento disuasorio para los potenciales reclutas. "Con las pláticas que inventan, engrandeciendo sus hazañas, culpan a los ministros y hacen espantosa la guerra", advirtió en un memorial de 1612 Alonso de Barros. Recomendaba por ello que se les proporcionase un sustento digno y que permitiese aprovechar su experiencia.

De todos ellos, reseñaré solo algunos ejemplos que ilustran perfectamente la realidad a la que se enfrentaban la mayoría de los militares una vez concluía su paso por el oficio de las armas. Uno fue el alférez Martín de Bárcena, natural de Burgos, que se encontraba en la Corte procedente de Flandes, donde el marqués de Caracena (gobernador de los Países Bajos y capitán general del Ejército de Flandes) le había concedido permiso para regresar a España, pues no podía continuar sirviendo debido a que contaba con sesenta años de edad y había recibido graves heridas. Por todo ello fue gratificado con 16 escudos de ventaja, que solicitó se le hicieran efectivos en su ciudad natal, donde deseaba retirarse. En este caso, la administración real fue sumamente generosa con él, pues fue ascendido a capitán y se le concedió el sueldo correspondiente a capitán reformado, de 25 escudos al mes. A su vez, Benito Rodríguez, cuyo último empleo había sido el de capitán de infantería en el Ejército de Extremadura, solicitó que, por encontrarse impedido y no

poder volver a servir, se le consignara su sueldo en los millones de la ciudad de Soria, de donde era oriundo.

En relación con este asunto, uno de los aspectos que más preocupó a la administración real fue que no arraigara en la "opinión pública" y la intelectualidad de la época una idea: que el servicio en la milicia era sinónimo de pobreza y privaciones, tanto durante los años de servicio como cuando este se abandonaba y se volvía a la vida civil. Como ya he referido, la presencia de militares que, tras prolíficas carreras, se veían obligados a sobrevivir de cualquier manera durante los últimos años de su vida, era una escena muy habitual. Entre la multitud de casos que se pueden bosquejar en la documentación, algunos de ellos fueron especialmente palmarios, lo que obligó a la Corona a remediarlos mediante recursos extraordinarios, pues suponía un agravio no atender a quienes habían unido su suerte a la del monarca y, a cambio, no habían recibido más que sufrimiento, penalidades y heridas.



El palacio de San Lorenzo de El Escorial (1665), grabado coloreado del Atlas Maior de Joan Blaeu (1596-1673), Scheepvaart-museum, Ámsterdam. Este edificio, que Felipe II mandó construir con motivo de su victoria en San Quintín (1557) ilustra un destino poco común para los profesionales de la milicia, el de la reconversión en técnico civil. El diseñador y constructor del palacio, Juan de Herrera de Maliaño, hijo bastardo de un hidalgo cántabro, se enroló en los tercios y combatió en Italia y Flandes antes se convertirse en miembro de la guardia de Carlos V, lo que le abrió las puertas al mundo cortesano, donde se labró una carrera como arquitecto.

Uno de los casos que más llama la atención es el del maestre de campo D. Diego de Aguilera, que tras más de veintiocho años de servicio (desde el año 1620) en Nápoles, Milán, Flandes y Cataluña (primero como soldado y luego por todos los puestos hasta llegar al que ostentaba al final de su carrera), a principios del año 1666 presentó un memorial en el Consejo de Guerra en el que puso de manifiesto su extrema pobreza y su delicado estado de salud, lo que le había llevado a vivir de la caridad. Ante esta situación, dicho organismo sugirió que se le concedieran 300 escudos con los que aliviar en parte su penuria. Este parecer lo compartía la

reina Mariana, que ordenó que se dieran instrucciones al presidente del Consejo de Hacienda para que se le remitiera la suma lo antes posible. No obstante, debido a la multitud de compromisos a los que tenía que hacer frente la Corona, eso no es garantía de que finalmente los cobrara.

Esto fue lo que le ocurrió al también maestre de campo D. Alonso Velázquez de Obando unos meses más tarde, concretamente en el mes de septiembre de ese año. Este militar, en consideración a cuarenta y dos años de servicio, que incluían una destacada labor como reclutador de tropas al servicio de la Corona, había conseguido que se le abonaran los 80 escudos de sueldo al mes que le correspondían como maestre de campo reformado, consignados en los fondos del Consejo de Hacienda, en gran medida por encontrarse enfermo e impedido. Pese al visto bueno del monarca (pues tal premio le fue concedido por Felipe IV, que, como es bien sabido, murió en septiembre de 1665), no llegó a percibir ni un solo maravedí, lo que le llevó a un estado de extrema pobreza. En este caso, tampoco he encontrado ninguna evidencia de que llegara a percibir dichos haberes.

Servicio y recompensa

Por otra parte, se documentan multitud de supuestos que reflejan otra realidad mucho menos incierta, en la cual un importante número de profesionales de la milicia tuvo la suerte de alcanzar un retiro más placentero. En primer lugar, encontramos aquellos casos en los que, tras una dilatada carrera, se conseguía ascender a algún puesto de responsabilidad, tanto en la esfera civil como en la militar (alcaidías, castellanías o gobiernos, sobre todo aquellos situados en demarcaciones fronterizas, donde se hacía necesaria la presencia de una persona con conocimientos

castrenses para garantizar tanto el buen gobierno como su defensa). En esa situación se encontró D. Bernabé Antoniano de Salazar, con veinte años de servicios como soldado, alférez de infantería, teniente de caballería, capitán de infantería, capitán de caballería y teniente coronel del regimiento del conde de Oropesa, que prestó en Italia, Flandes y España y en 1644 fue nombrado castellano de Pamplona, empleo que desempeñó hasta su muerte en 1663. Con ese mismo cargo fue honrado, en 1681, D. José García de Salcedo, que acreditaba treinta y cinco años de servicios (primero como soldado de caballería y posteriormente como teniente de caballería, capitán de infantería, capitán de caballería, maestre de campo y, finalmente, gobernador y capitán general de Nueva Vizcaya), que lo ocupó hasta que falleció en 1686.

En el caso de D. Juan González Salamanqués, uno de los militares más beneméritos del siglo XVII, como lo demuestran sus más de cuarenta años de servicios en los teatros de operaciones peninsulares (que inició en 1636), comenzando como soldado y ascendiendo hasta maestre de campo, gobernador de Olivenza, capitán general de la artillería del ejército de las fronteras de Castilla y gobernador de Puigcerdá, su nombramiento como gobernador de la ciudad de Cartagena en 1672 supuso el colofón a su trayectoria profesional, pues feneció al frente de dicho gobierno en 1676.

También es muy habitual encontrarnos con militares que fueron honrados con algún cargo en el Nuevo Mundo, donde vivieron sus últimos días. Entre ellos puede destacarse al sargento mayor Alejo Alonso González (con aproximadamente treinta años de servicios en Italia, Flandes y España), que fue nombrado alcaide mayor del castillo de San Felipe de Sotomayor de Portobelo y posteriormente del de Santiago (también ubicado en la misma ciudad), donde sirvió hasta su óbito en 1653. Un caso similar es el de

Cebrián de Arévalo y Eguía, que también presentaba tres décadas de servicio a la Corona en Italia, Flandes, España y la escuadra de galeras de España, y que había comenzado también su periplo en este azaroso oficio como soldado y había ascendido hasta el empleo de sargento mayor, y que en 1655 accedió al puesto de alcalde mayor de Huautla de Amilpas, en el virreinato de Nueva España. O el de D. Gonzalo Borrallo, que acreditaba aproximadamente veinticinco años de servicio en el momento de su designación como sargento mayor del Puerto de San Francisco de Campeche, en la provincia de Yucatán, donde murió alrededor del año 1680.

Pero hablamos también de puestos mucho más importantes, como una capitanía general. Entre los agraciados con tal distinción se encuentra D. Esteban de Azcárraga, quien, tras veinticuatro años de servicios en Orán, la Armada del Mar Océano, Italia y España (con plazas de soldado, alférez, capitán de infantería, maestre de campo y gobernador de Fraga y Ager), fue designado gobernador y capitán general de Yucatán, donde sirvió hasta el momento de su defunción en agosto de 1648. Una secuencia de acontecimientos parecida se aprecia en el currículum de D. Juan de Montano Blázquez, que empezó a servir en 1628 como soldado en el Ejército de Flandes y lo hizo posteriormente en el Rosellón, Lombardía, la frontera de Puebla de Sanabria, el Ejército de Cataluña y en el frente portugués, que ascendió a alférez, capitán de infantería, sargento mayor, gobernador de Puebla de Sanabria, maestre de campo y gobernador de Fregenal y que vio coronada su carrera con la promoción, en octubre de 1654, al puesto de gobernador y capitán general de La Habana, donde expiró a mediados de 1656.

De la misma forma, merece destacarse lo acontecido con D. Gaspar de Arteaga, recompensado en 1670 (tras treinta y cinco años de servicios en Milán y España como alférez de

infantería, capitán de infantería, capitán de caballos arcabuceros, capitán de caballos corazas, teniente de comisario general de la infantería de España, gobernador de Bayona y maestre de campo) con el puesto de gobernador y capitán general de Puerto Rico, el cual supuso su último destino, ya que murió a principios de 1674. Un par de años antes (a principios de 1668), D. Manuel de León fue designado gobernador y capitán general de Filipinas y permaneció al frente de esta gobernación hasta su muerte en 1677. Para él, supuso la conclusión a una extensa carrera que había comenzado en 1634 como soldado en el Ejército de Flandes, donde a lo largo de los años ascendió a alférez, capitán de infantería (empleo con el que participó en la mitificada batalla de Rocroi), sargento mayor, y finalmente maestre de campo de uno de los tercios del Ejército de Galicia.



Carlos Coloma de Saa (antes de 1658), grabado de Paulas Pontius (1603-1658) a partir de un diseño de Antón van Dyck (1599-1641), Rijksmuseum, Ámsterdam.

Este noble, oriundo del reino de Valencia, entró en la milicia en su juventud y desarrolló una prolija carrera en Flandes, Cataluña e Italia que lo llevó a los puestos más altos del escalafón. También ejerció como embajador en Inglaterra y, al final de su vida, fue consejero de Guerra de Felipe IV. Toda una vida dedicada al servicio.

Italia fue otro de los destinos donde se encuentran numerosos casos de militares que concluyeron allí sus carreras. Las castellanías situadas en los reinos de Nápoles y Sicilia eran especialmente deseadas. Uno de los agraciados fue el maestre de campo D. Fernando Fernández Majuelo, que presentaba una impresionante hoja de servicios desde el año 1608 en Flandes, Lombardía, la Armada del Mar Océano, el enclave norteafricano de La Mámora, Cataluña y Extremadura. Por todo ello, en 1648 se creyó conveniente concederle el puesto de castellano de San Salvador, en Mesina, que ocupó hasta 1653. Más tarde, en 1657, fue designado para ponerse al frente de la castellanía de Castelamar, en Palermo, que ejerció hasta su fallecimiento en 1660. El también maestre de campo Juan Barbosa finalizó su paso por la milicia de una forma idéntica, pues a principios de la década de los 70 del siglo XVII, tras cerca de cuarenta años de servicio en Brasil, la Armada de la Guarda de la Carrera de Indias, la Armada del Mar Océano, el Ejército de Extremadura y gobierno de Larache (comenzando como soldado y ascendiendo hasta maestre de campo), también accedió a ese cargo, donde pereció en 1679.

El puesto de castellano de Milán fue uno de los más prestigiosos a los que se podía acceder y solía concederse a militares experimentados, ya que se trataba de un enclave sumamente sensible, cuya conservación era fundamental para el mantenimiento de la estructura defensiva de la monarquía española en Europa. Entre quienes ocuparon este cometido, como último servicio a la monarquía, estaba D.

Luis Ferrer, que recibió esa distinción en 1678, tras cuarenta y tres años de servicios en los teatros de operaciones peninsulares, primero en el Ejército de Cataluña y luego en el de Extremadura, donde ocupó los puestos de capitán de infantería, sargento mayor, maestre de campo, gobernador de Olivenza, general de la artillería, maestre de campo general, gobernador de las armas y capitán general de la provincia de Guipúzcoa; y que falleció mientras desempeñaba su último empleo en 1694.

En otras ocasiones el destino era un lugar mucho menos apetecible, como fue el caso de los presidios norteafricanos, entre los que se encontraba Larache (que permaneció bajo dominio de los reyes de España hasta 1689). Este fue el destino de D. Juan de Alvarado Bracamonte, quien, tras servir durante veintitrés años en los ejércitos de Cataluña y Portugal, en primer lugar como soldado de caballería y posteriormente como alférez, teniente, ayudante de comisario, capitán de caballería y teniente de maestre de campo general, fue nombrado, en 1663, gobernador general interino de dicha plaza, al tiempo que se lo ascendió a maestre de campo. Poco después, la designación se convirtió en definitiva y sirvió en el cargo hasta 1668, momento de su muerte.

Empleos cortesanos y religiosos

Otra de las formas de poner fin al servicio activo era a través de la concesión de un empleo cortesano. En esa situación se encontró D. Pedro de Bayona, acreedor de una productiva carrera en el Ejército de la monarquía, desde el rango de soldado hasta los empleos de sargento mayor, gobernador y capitán a guerra de Santiago de Cuba y maestre de campo. Cuando regresó a suelo peninsular, a mediados del mes de mayo de 1670, fue agraciado con los

puestos de caballerizo y ayo de los pajes del rey Carlos II, lo que facilitó su ingreso en la orden de Santiago (1674), y ocupó estos oficios hasta su deceso en 1678.

La obtención de un asiento en alguno de los consejos era una opción atractiva para poner fin a una exitosa trayectoria en el oficio de las armas. En este sentido, la valiosa experiencia adquirida en los campos de batalla podía ser sumamente útil en algunos de los organismos que formaban parte del sistema polisinodial de la Monarquía española, si bien es cierto que se trataba de algo que no estaba al alcance de cualquiera. Entre los ejemplos que se identifican con estas características se encuentra el de D. Carlos Coloma, uno de los militares más afamados de finales del siglo XVI y las primeras décadas del XVII, que, tras una vida dedicada al servicio a la Corona (en Portugal, Sicilia, Flandes y España), en el curso de la cual fue honrado con un título nobiliario (el marquesado del Espinar en 1627) y alcanzó los puestos de maestre de campo general del Ejército de Flandes (1628) y del de Lombardía (1634), a su regreso a España fue nombrado consejero de Estado y Guerra, empleos que conservó hasta su muerte en octubre de 1637.

La obtención del puesto de sargento mayor de milicias era otra de las alternativas al alcance de los militares que deseaban garantizarse una jubilación tranquila, pues se trataba de puestos que no exigían grandes esfuerzos, ya que su principal cometido era supervisar el entrenamiento del contingente que tenían asignado, así como su rápida movilización en caso de necesidad. Son bastante numerosos los ejemplos de esta situación, como por ejemplo el capitán Julián Bravo de Laguna, cuyo último destino fue el Ejército de Extremadura y a quien se concedió permiso para dejar el servicio activo en mayo de 1664 por no ser apto para el mismo. Este militar solicitó que se le concediera el empleo de sargento mayor de las milicias del partido de Almagro, en un principio circunscrito únicamente a los periodos en que el

titular se encontrara enfermo o ausente, y poco después fue atendida su petición. D. Celedonio Gutiérrez Bustillo vio culminados sus años en la milicia con el nombramiento de sargento mayor de uno de los partidos de milicias de las Cuatro Villas de la Costa de la Mar (en la actual comunidad autónoma de Cantabria) y sirvió en el cargo hasta su óbito, que aconteció a mediados de 1681. Fue sucedido por D. Cristóbal de Bustamante, otro profesional de la milicia con más de veinte años de servicios en el Ejército de Extremadura y en Sicilia, que ostentó el puesto hasta su fallecimiento en 1687.

El vínculo con la profesión militar podía romperse de forma mucho más abrupta, probablemente a consecuencia del hastío acumulado durante los años de servicio y la necesidad de alcanzar cierta paz espiritual en el tramo final de la vida, lo que podía conseguirse adquiriendo la condición de religioso. Esto fue lo que le ocurrió a D. Pedro Gómez de Arce, quien, tras una vida dedicada al ministerio de las armas (entre 1636 y 1679), que lo llevó a militar en la Armada del Mar Océano, Cataluña y Galicia, donde alcanzó el empleo de maestre de campo, en 1679 solicitó permiso para abandonar el servicio activo e ingresar como religioso en la Orden de San Juan. En una situación análoga se encontró D. Esteban de Angulo y Velasco, cuya carrera comenzó en torno al año 1640-1641 como alférez de una compañía de caballos destinada en Alemania y luego como capitán de caballería y teniente de maestre de campo general en Milán. Tras su regreso a España, sirvió en el Ejército de Extremadura como entretenido junto a D. Luis de Haro, que en esos instantes comandaba dicho contingente, y poco después fue nombrado (por segunda vez) teniente de maestre de campo general. En mayo de 1659 fue promovido a maestre de campo de uno de los tercios adscritos al Ejército de Cataluña, si bien muy pronto volvió al frente portugués y participó en la batalla de Estremoz (junio 1663), en el curso de la cual fue hecho

prisionero y permaneció en cautividad hasta finales de 1664. Una vez recobró la libertad, a finales de octubre de 1666, se hizo cargo del gobierno de la población extremeña de Jerez de los Caballeros (Badajoz), que ostentó hasta marzo de 1669. En ese momento, una vez concluido su mandato, decidió dar por concluida su carrera militar y hacerse sacerdote.



Don Tiburcio de Redín (ca. 1635), óleo sobre lienzo atribuido a fray Juan Andrés de Rizi (1600-1681), Museo del Prado, Madrid. Soldado desde los catorce años,

Redín combatió en el norte de Italia y sirvió muchos años en la Armada del Mar Océano, en la que fue capitán de mar y guerra de un galeón, antes de regresar a la península, donde alcanzó el rango de maestre de campo. En 1637, tras quedar al borde de la muerte en una trifulca callejera, abandonó el oficio de las armas y tomó el hábito capuchino con el nombre de fray Francisco de Pamplona. Tras ejercer unos años de limosnero, partió para predicar el catolicismo en el Congo.

Por último, una posibilidad diferente podía ser la de sustituir las armas por las letras. Esa fue la decisión tomada por D. Román Montero de Espinosa tras ejercer durante veinticuatro años la profesión de Marte (entre 1636 y 1660), primero en España y más adelante en Sicilia, Nápoles, España, Flandes y Milán, de soldado a teniente de maestre de campo general del Ejército de Lombardía. Cuando regresó a España, en los primeros meses de 1660, se estableció en Madrid y participó en la vida literaria y cultural de la Corte, en la que llegó a alcanzar cierto éxito como dramaturgo, y falleció a principios de 1668. En su caso, es probable que se le hubiera concedido alguna modesta pensión con la que subsistir durante el resto de su vida, aunque también pudo haberse dado la circunstancia de que su nueva actividad le generara los suficientes ingresos para mantenerse con cierta decencia.

Conclusiones

En definitiva, la suerte de los militares una vez finalizado su periodo de servicio (tanto por voluntad propia como motivado por las circunstancias) podía ser muy dispar. A este respecto, y pese a que se intentó establecer alguna normativa acerca de esta materia, la Monarquía Hispánica no contaba con una legislación específica que contemplara la situación de sus soldados tras el fin de la carrera militar. A la postre, todo quedaba en manos del Consejo de Guerra y de

sus organismos dependientes, encargados de recoger y tramitar sus pretensiones (así como las de sus viudas y huérfanos, en caso de que hubieran muerto en acto de servicio), donde desempeñaban un activo papel las recomendaciones, los contactos y las relaciones personales, que suponían la diferencia entre la obtención de una merced o su denegación, con todo lo que ello acarreaba de cara a garantizarse unos últimos años de vida tranquilos, o bien sumidos en la pobreza y la escasez. Se trataba de una vía incierta, caracterizada por la arbitrariedad, que suponía dejar al albur de los funcionarios reales la gratificación de unos servicios que debían ser premiados de forma automática en virtud de los méritos realizados, sin tener en cuenta cualquier otro tipo de consideración, y que no se empezaría a cambiar sino a partir del siglo XVIII. Pero esa es ya otra historia. ■

Bibliografía

FUENTES PRIMARIAS

Álava y Viamont, D. de (1590): *El perfecto capitán, instruido en la disciplina militar, y nueva ciencia de la artillería*. Madrid: Pedro Madrigal.

Bandello, M. (2006): *La prima parte de la novelle del Bandello*, v. 2-4. Farmington Hills, Michigan: Thomson Gale.

Bentivoglio, G. (1631): "Relación del movimiento de las Armas que hubo en Flandes el año de 1614" en *Relaciones del Cardenal Bentivollo*. Nápoles: Ericio Puteano, 1631, v. II, pp. 145-177. Bentivoglio, G.; Glazemaker, J. H. (trad.) (1674): *Historie der Nederlantsche oorlogen, sedert het vertrek van Filippus de Tweede, Koning van Spanje, uit de Nederlanden, tot het twaalfjarig Bestant*. Leeuwarden: Hendrik Rintjes.

Bourdeille, P. de; Lalanne, L.; Galy, E. (eds.) (1882): *Oeuvres completes de Pierre de Bourdeille, seigneur de Brantôme*. París: Société de l'histoire de France.

Brantóme, P. (1960): *Les vies des dames galantes*. París: Garnier Fréres.

Carnero, A. (1625): *Historia de las guerras civiles que ha ávido en los estados de Flandes desde elaño 1559 hasta el de 1609*. Bruselas: Juan de Meerbeque.

Centono, A. (1567): *Discorsi di guerra*. Vinegia: Giolito de'Ferrari.

Cervantes, M. de; Rico, F. (dir.) (1999): *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Instituto Cervantes / Editorial Crítica.

Contreras, A. (1969), *Discurso de mi vida...*, Madrid, Edición de 1969 (manuscrito original del siglo XVII).

Cossío, J. M.ª (ed.) (1956): *Autobiografías de soldados, siglo XVII*. Madrid: Atlas.

Covarrubias, S. de (1611): *El Tesoro de la Lengua Castellana*. Madrid: Luis Sánchez impresor.

Delicado, F. (1969): *La Lozana andaluza*. Madrid: Castalia.

Isaba, M. de (1991): *Cuerpo enfermo de la milicia española*. Madrid: Ministerio de Defensa.

León, L. de (1987): *La perfecta casada*. Madrid: Taurus.

Londoño, S. de (1992): *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Madrid: Ministerio de Defensa.

Moneada y Castro, G. R. de (marqués de Aytona); **Mesa Gallego, E. de** (ed.) (2007), *Discurso militar*. Madrid: Ministerio de Defensa.

Núñez Alba, D. (1890): *Diálogos de la vida del soldado*. Madrid: Librería de los bibliófilos.

Pérez de Herrera, C. (1598): *Discurso décimo y último al rey D. Felipe, nuestro señor, del ejercicio y amparo de la milicia de estos reinos*. Madrid: s. n.

Salas Barbadillo, A. G. (1983): *La hija de Celestina y La ingeniosa Elena*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños.

Sanuto, M. (1881-1894): *I Diarii de Marino Sanuto*, v. 6, 7, 8, 9,10, 22, 23, 24 y 40. Venecia: Visentini.

Scarión, B. (1598): *Doctrina militar*. Lisboa, Pedro Crasbeeck.

Valdés, F. de (1989): *Espejo y disciplina militar*. Madrid: Ministerio de Defensa.

Vargas Machuca, B. de (1599): *Milicia y descripción de las Indias*. Madrid: Pedro Madrigal.

Vives, J. L. (1995): *Instrucción de la mujer cristiana.* Madrid: Universidad Pontificia de Salamanca.

VV. AA. (1842-1879): *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, v. I, 24, 25,40 y 73. Madrid: Real Academia de la Historia. Madrid.

FUENTES SECUNDARIAS

Albi de la Cuesta, J. (2017): *De Pavía a Rocroi: Los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Desperta Ferro Ediciones.

Alvarado Planas, J.; **Pérez Marcos, R. M.** (dirs): *Estudios sobre ejército, política y derecho en España (siglos XII-XX)*. Madrid: Polifemo.

Andújar Castillo, F. (1999): *Ejércitos y Militares en la Época Moderna*. Madrid: Síntesis.

Broek, J. van den (2009): *Voor God en mijn konlng. Het verslag van kolonel Francisco Verdugo over zijn jaren ais legerleider en gouverneur namens Filips II in Stad en Lande van Groningen, Drenthe, Frlesland, Overijsselen Ungen (1581-1595)*. Assen: Koninklijke Van Gorcum.

Cacho, M. T. (1993): "Los moldes de Pygmalión" en M. Zavala, I. (coord.): *Breve historia feminista de la literatura español: Modos de representación desde la Edad Media hasta el siglo XVII*. Barcelona: Anthropos.

Cadenas y Vicent, V. de (1974): *El saco de Roma de 1527 por el ejército de Carlos V* . Madrid: Instituto Salazar y Castro.

Cantero, A de P. (2000):"La infantería de Carlos I. Los tercios grandes viejos: reglamento, organización, historia", en *El emperador Carlos y su tiempo: Actas de las IX jornadas nacionales de historia militar*, Sevilla 24-28 de mayo 1999. Sevilla: Deimos.

Castellano López, A.; Sáez, A. J. (eds.) (2019): *Vidas en armas: biografías militares en la España del Siglo de Oro*. Huelva: Etiópicas.

Chamorro, M. I. (2002): *Tesoro de villanos: lengua de jacarandina*. Barcelona: Herder.

Contreras Gay, J. (1996):"El siglo XVII y su importancia en el cambio de los sistemas de reclutamiento", *Studia Histórica. Historia Moderna*, 14, pp. 141 -154.

Crespo Solana, A. (ed.) (2002): *España y las 17 provincias de los Países Bajos. Una revisión historiográñca, siglos* XVI-XVIII, Vol. I. Córdoba: Editorial Universidad de Córdoba.

Ebben, M.; Lacy-Bruijn, M.; Hóvell tot Westerflier, R. van (eds.) (2016): *Alba, general and servant to the crown*. Rotterdam: Karwansaray.

Espino López, A. (2001): *Guerra y cultura en la época moderna.* Madrid: Ministerio de Defensa.

Esteban Estríngana, A. (ed.) (2012): *Servir al rey en la Monarquía de los Austrias. Medios, fines y logros del servicio al soberano en los siglos* XVI *y* XVII. Madrid: Sílex.

Fagel, R. (1996): *De Hispano-Vlaamse Wereld. De contacten tussen Spanjaarden en Nederlanders, 1496-1555*. Bruxelles: Archives et bibliothéques de Belgique.

Fagel, R. (2009): "La imagen de dos militares españoles decentes en el ejército del Duque de Alba en Flandes: Cristóbal de Mondragón y Gaspar de Robles", en Collard, R; Norbert Ubarri, M.; Rodríguez Pérez, Y. (ed.): *Encuentros de ayer, reencuentros de hoy*. Gante: Academia Press, pp. 73-91.

Fagel, R. (2018): "El mejor soldado español en Flandes: ¿Sanchoo Julián?", en: Pi Corrales, M.; Cepeda Gómez, J. (eds.): *Aspectos de la historiografía moderna. Milicia, iglesia y seguridad. Homenaje al profesor Enrigue Martínez Ruiz*. Madrid: Actas, pp. 469-483.

Fagel, R.; Álvarez Francés, L.; Santiago Belmonte, B. (eds.) (2020): *Early modern war narrativos and the Revolt in the Low Countries*. Manchester: Manchester University Press.

Fortea Pérez, J. L; Gelabert González, J. E.; López Vela, R.; Postigo Castellanos, E. (eds.) (2018): *Monarquías en conflicto. Linajes y nobleza en la articulación de la Monarquía Hispánica*. Madrid y Santander: Fundación Española de Historia Moderna.

Galante Gómez, F. J. (ed.): *Caminos legendarios. Los tercios y el regimiento Soria en la historia y la cultura*. Madrid: Rueda.

García Hernán, E.; Maffi, D. (coords.) (2017): *Estudios sobre guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: guerra*

marítima, estrategia, organización y cultura militar (1500-1700). Valencia: Albatros.

García Hernán, E.; Maffi, D. (eds.) (2006): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, 2. v. Madrid: Fundación Mapfre - Ediciones del Laberinto - CSIC.

Giménez Martín, J. (2004): *Tercios de Flandes*. Madrid: Ediciones Falcata Ibérica.

González de León, F. (2009): *The Road to Rocroi. Class, Culture and Command in the Army of Flanders 1567-1659*. Leiden: Brill.

Gutiérrez Alonso, A. (1989): *Estudio sobre la decadencia de Castilla. La ciudad de Valladolid en el Siglo XVII*. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid.

Hale, J. (1998): *War and Society in Renaissance Europe. 1450-1620*. Montreal: McGill-Queen's University Press.

Henríquez de Villegas, D. (1647): *Levas de gente de guerra: su empleo en todas las facciones militares*. Madrid: Carlos Sánchez Bravo.

Hume, M. (1903): *Españoles e ingleses en el siglo XVI*. Madrid: Victoriano Suárez.

Jiménez Estrella, A. (2011): "El reclutamiento en la primera mitad del siglo XVII y sus posibilidades venales”, en Andújar Castillo, E; Felices de la Fuente, M. (eds.): *El poder del dinero. Ventas de cargos y honores en el Antiguo Régimen*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 169-190.

Jiménez Estrella, A. (2012): "Mérito, calidad y experiencia: criterios volubles en la provisión de cargos militares bajo los Austrias", en Pardo Molero, J. F.; Lomas Cortés, M. (coords.): *Oficiales reales. Los ministros de la Monarquía Católica (siglos XVI-XVII)*. Valencia: Universidad de Valencia, pp. 241-264.

Jiménez Estrella, A. (2016): "Servicio y mérito en el ejército de Felipe IV: la quiebra de la meritocracia en época de Olivares", en Ponce Leiva, P.; Andújar Castillo, F. (eds.): *Mérito, venalidad y corrupción en España y América. Siglos XVII y XVIII*. Valencia: Albatros, pp. 91-113.

Jiménez Estrella, A.; Andújar Castillo, F. (eds.) (2007): *Los nervios de la guerra: estudios sociales sobre el ejército de la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVIII)*. Granada: Gomares.

Jiménez Moreno, A. (2014): "La retribución de los servicios militares en la monarquía española. ¿Un problema irresoluble? (siglos XVI-XVII)". *Revista de Historia Militar*, 115, pp. 55-88.

Kamen, H. (2002): *Spain's Road to Empire: The Making ofa World Power, 1492-1763*. London: Alien Lañe.

Kattenberg, L. (2016): "Military Rebellion and Reason of State. Pacification of Mutinies in the Habsburg Army of Flanders, 1599-1601". *BMGN - LCHR - Low Countrles Histórical Review*, 131, pp. 3-21.

Ladero Quesada, M. A. (2010): *Ejércitos y armadas de los reyes católicos*. Madrid: Real Academia de la Historia.

López de Úbeda, F. (2012): *Libro de entretenimiento de la picara Justina*. Madrid: Cátedra.

Mackay, R. (2007): *Los límites de la autoridad real. Resistencia y obediencia en la castilla del siglo XVII*. Salamanca: Junta de Castilla y León.

Marichalar, A. (1952): *Julián Romero*. Madrid: Espasa Calpe.

Márquez de la Plata y Ferrandiz, V. M. (2006): *Mujeres de acción en el siglo de oro*. Madrid: Castalia.

Martín García, G. (2010): *Sancho Dávila, soldado del Rey*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.

Martínez Ruiz, E. (2008): *Los soldados del rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*. Madrid: Actas.

Martínez Ruiz, E.; Cantera Montenegro, J.; Pi Corrales, M. (coords.) (2016): *La organización de los ejércitos*. Madrid: Ministerio de Defensa - Universidad Complutense de Madrid.

Martínez, M. (2016): *Front Lines. Soldiers' Writing in the Early Modem Hispanic World.* Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Maura, J. F. (2005): *Españolas de ultramar en la historia y en la literatura*. Valencia: Publicacions de la Universitat de Valencia.

McGough, L. (2014): *Gender, Sexuality, and Syphills in Early Modern Venice: The Disease that Came to Stay*. New York: Palgrave McMillan.

Millar, G.J. (1980): *Tudor Mercenarios and Auxiliaries, 1485-1547*. Charlottesville: University Press of Virginia.

Parker, G. (1991): *El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*. Madrid: Alianza.

Pi Corrales, M.; Sanz de Bremond Mayáns, A. (eds) (2019): *Los Habsburgo y Europa: soldados y ejércitos (siglos XVI y XVII)*. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 71-88.

Puddu, R. (1984): *El soldado gentilhombre*. Barcelona: Arcos Vergara.

Pumar Martínez, C. (1988): *Españolas en Indias: Mujeres-soldado, adelantadas y gobernadoras*. Madrid: Biblioteca Iberoamericana.

Quatrefages, R. (1996): *La revolución militar moderna. El crisol español*. Madrid: Ministerio de Defensa.

Quatrefages, R. (1983): *Los tercios*. Madrid: Ministerio de Defensa.

Redlich, F. (1964): *The Germán military enterpriser and his work forcé: a study in european economic and social history*. Wiesbaden: Franz Steiner.

Ribot, L. (1990). "Milán, plaza de Armas de la Monarquía", *Investigaciones Históricas*, 10, pp. 203-238.

Ribot, L. (coord.) (2013): *Historia Militar de España*, III. Edad Moderna II. Escenario Europeo. Madrid: Ministerio de Defensa.

Rodríguez Hernández, A. J. (2011): *Los Tambores de Marte. El reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

Rodríguez Hernández, A. J. (2015): *Breve historia de los Tercios de Flandes*. Madrid: Nowtilus.

Rodríguez Pérez, Y.; Sánchez Jiménez, A. (eds.) (2016): *La Leyenda Negra en el crisol de la comedia. El teatro del Siglo*

de Oro frente a los estereotipos antihispánicos. Madrid y Frankfurt am Main: Iberoamericana Vervuert.

Salcedo Ruiz, A. (1905): *El coronel Cristóbal de Mondragón. Apuntes para su biografía*. Madrid: Marcelino Tabarés.

Santoyo, J. C. (1974): *Sir Pedro de Gamboa. Andanzas, desventuras y muerte de un capitán vasco en Inglaterra (1545-1550)*. Vitoria: Obra Cultural de la Caja de Ahorros Municipal.

Shemek, D. (1998): "From Insult to Injury: Bandello's Tales of Isabella de Luna". *Ladies Errant: Wayward Women and Social Order in Early Modern Italy*. Durham: Duke University Press.

Sherer, I. (2017): *Warriors for a Living: The Experience of the Spanish Infantry in the Italian Wars, 1494-1559*. Leiden: Brill.

Tallett, F. (1995): *War and society in Early-Modern Europe, 1495-1715*. Londres: Routledge.

Thompson, I. A. A. (1981): *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Barcelona: Crítica.

Trexler, Richard C. (1995): *Sex and the Conquest: Gendering Violence, Political Order, and the European Conquest of the Americas*. Ithaca: Cornell University Press.

Vermeir, R.; Ebben, M.; Fagel, R. (eds.) (2011): *Agentes e identidades en movimiento*. *España y los Países Bajos, siglos XV-XVIII*. Madrid: Sílex.

Wymans, G. (1966):"Les mutineries militaires de 1596 a 1606". *Standen en Landen* 39, pp. 105-121.

Zafra, E. (2009): *Prostituidas por el texto: Discurso prostibulario en la picaresca femenina*. West Lafayette, Indiana: Purdue University Press.

Zafra, E. (2014): "El caso de "las mujeres sueltas" Isabella de Luna, prostituta en el ejército imperial/cortesana española en Roma y la Monja Alférez, Catalina de Erauso", *Hispanie Review*, 82,4, pp. 487-504.

Zafra, E. (ed.); Cruz, A. J. (2011): *The life and times of Mother Andrea = Vida y costumbres de la Madre Andrea*.

Woodbridge; Rochester: Tamesis.